

LA MUJER DE LA LIBRETA ROJA

**ANTOINE
LAURAIN**



Sus días de banquero pertenecen al pasado. Ahora, Laurent Letellier es el feliz propietario de una pequeña librería parisina. Cuando una mañana, camino del trabajo, se topa con un bolso de mujer abandonado sobre un cubo de basura, decide llevárselo a la tienda con la noble intención de devolverlo a su dueña. Desaparecidos el billetero y el móvil, su propósito parece casi imposible si no fuera porque, entre diversos objetos femeninos, Laurent encuentra una libreta roja llena de anotaciones, pensamientos y recuerdos. Cediendo a la curiosidad, se sumerge en la jugosa lectura y, como un si de un rompecabezas se tratara, empieza a reconstruir la vida de Laure, amparado por la excusa de hallar alguna pista que le permita localizarla. Sin embargo, para qué engañarse, el diario también es una llave a la intimidad de la enigmática desconocida, lo que ejerce sobre Laurent una irresistible fascinación.

Y mientras él se entrega de lleno a una absorbente labor detectivesca, Laure regresa a casa después de recuperarse en el hospital de las secuelas del atraco. De pronto, los papeles se intercambian, y en un giro sorprendente, Laure se convierte también en investigadora, empeñada en descubrir quién es el misterioso hombre que ha depositado el bolso, con todo supreciado contenido, en el salón de su casa.

Antoine Laurain ha escrito un relato encantador, una historia sencilla pero sofisticada que atrapa desde la primera página y que es, al mismo tiempo, un canto de amor al auténtico espíritu parisino: el de sus rincones recoletos, sus cafés de barrio, sus viejos edificios de patios soleados y sus gentes variopintas. Con un estilo claro y fluido, y un talento incuestionable para engarzar los pequeños detalles y esas extrañas casualidades que constituyen las pinceladas del azar, Laurain ha dado luz a una novela de una sutil y fascinante belleza.



Antoine Laurain

La mujer de la libreta roja

ePub r1.0

orhi 12.08.16

Título original: *La femme au carnet rouge*
Antoine Laurain, 2014
Traducción: Palmira Feixas
Fotografía de cubierta: Mirjan van der Meer

Editor digital: orhi
ePub base r1.2



Sólo lo sublime puede ayudarnos a sobrellevar lo ordinario de la
vida.

ALAIN FOURNIER

El taxi la dejó en la esquina del bulevar. Apenas tenía que recorrer cincuenta metros para llegar a su casa. Las farolas iluminaban la calle y coloreaban las fachadas de una luz naranja, sin embargo, se sentía intranquila, como siempre en plena noche. Se dio la vuelta y no vio a nadie. La luz del hotel de enfrente inundaba la acera entre las dos macetas con arbustos que marcaban la entrada del establecimiento de tres estrellas. Se detuvo frente a la puerta, abrió la cremallera central de su bolso para buscar el manojito de llaves con la tarjeta magnética del vestíbulo, y entonces todo sucedió muy deprisa. Una mano salida de ninguna parte, que pertenecía a un hombre moreno vestido con una cazadora, agarró la correa. El miedo no tardó ni un minuto en recorrerle las venas y subir hasta el corazón para estallar en una lluvia helada. De forma instintiva, se aferró al bolso, el hombre tiró de él y, ante su resistencia, le puso la palma de la mano en el rostro y le empujó la cabeza contra el metal de la puerta. Ella se tambaleó por el golpe, vio que la calle se iluminaba con micropartículas brillantes, parecidas a luciérnagas en suspensión, se estremeció y sus dedos soltaron el bolso. El hombre esbozó una sonrisa mientras la correa trazaba un círculo en el aire, y luego huyó. Ella permaneció apoyada en la puerta, siguiendo con la mirada la silueta que se desvanecía en la noche. El oxígeno le penetraba a intervalos regulares en los pulmones, la garganta le escocía y tenía la boca seca, pero el botellín de agua estaba en el bolso. Alargó un dedo hacia las teclas del código de entrada, empujó suavemente la puerta con la espalda y se deslizó hacia el interior.

La puerta de cristal y de hierro negro puso una barrera de seguridad entre ella y el mundo exterior. Muy despacio, se sentó en los escalones de mármol de la entrada y cerró los ojos, a la espera de que el cerebro se le apaciguara y recobrar su funcionamiento normal. Al igual que el borrado progresivo de las consignas de seguridad en los aviones, los indicadores luminosos —«Me atracan», «Voy a morir», «Me han robado el bolso», «No estoy herida», «Sigo viva»— fueron desapareciendo uno tras otro. Levantó la vista hacia los buzones y leyó su nombre, su apellido y su piso, el quinto izquierda. Como no tenía las llaves y eran casi las dos de la madrugada, no

iba a poder abrir la puerta del quinto izquierda. Aquel hecho tan concreto iba tomando forma en su cabeza: No puedo entrar en casa y me han robado el bolso. Ya no lo tengo, nunca lo recuperaré. Una parte de ella acababa de desaparecer de la manera más brutal. Miraba a su alrededor como si el bolso fuera a materializarse y a anular la secuencia que acababa de producirse. Pero no, el bolso ya no estaba allí. Estaba lejos, en las calles, arrebatado, volando en brazos de aquel hombre que había huido corriendo, que lo abriría y encontraría sus llaves, su documentación y sus recuerdos. Toda su vida. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas ardientes. El miedo, la desesperación y la ira se entremezclaban con el temblor de las manos, que parecía que jamás iba a remitir, hasta que el dolor en la nuca se hizo más intenso. Se la palpó; sangraba y, por supuesto, el paquete de pañuelos estaba en el bolso.

La una y cincuenta y ocho de la madrugada: era inconcebible llamar a la puerta de algún vecino. Ni siquiera a la de aquel tipo tan agradable, cuyo nombre no había retenido, que acababa de mudarse al segundo y que trabajaba en el mundo del cómic. El hotel le pareció la única solución. El temporizador del vestíbulo acababa de pararse, así que buscó el interruptor a tientas. Cuando se encendió la luz, experimentó un ligero vértigo y se apoyó en la pared. Debía serenarse e ir a preguntar si podía dormir en el hotel; tendría que explicar que vivía justo delante y que pagaría al día siguiente. Ojalá el recepcionista nocturno fuera comprensivo, porque no se le ocurría ninguna otra idea. Abrió la pesada puerta del edificio y sintió que un temblor recorría todo su cuerpo, no a causa del frío de la noche, sino de un miedo difuso, como si las fachadas hubieran absorbido parte de lo ocurrido y aquel hombre fuera a salir de una pared como por arte de magia. Laure miró a su alrededor. La calle estaba vacía. El hombre no regresaría, desde luego, pero uno no siempre puede dominar sus miedos, y no resulta fácil distinguir entre lo irracional y lo posible a las dos de la madrugada. Cruzó la calle en dirección al hotel. De forma instintiva, hizo el gesto de apretar el bolso contra ella, pero entre la cadera y el antebrazo no encontró más que el vacío. Entró en la luz del tejadillo y la puerta corredera se deslizó hasta abrirse del todo. Un hombre con el pelo gris, sentado detrás del mostrador, alzó la mirada hacia ella.

El recepcionista aceptó un poco a regañadientes, pero cuando Laure hizo ademán de desabrocharse la correa del reloj de oro para dejárselo en prenda, levantó la mano en señal de rendición. Seguro que aquella joven tan desamparada decía la verdad, parecía seria; en una escala de probabilidades del uno al diez, había nueve de que regresara al día siguiente a pagar la noche de hotel. Había dado su nombre y su apellido, así como su dirección. Desde luego, el hotel había tenido que enfrentarse a problemas de impagos mucho más graves que el de una estancia de una única noche por parte de una mujer sola que decía vivir enfrente desde hacía quince años. Era verdad que podría haber llamado a los amigos en cuya casa había pasado la velada, pero tenía los números en el móvil. Y desde que existían

los teléfonos móviles con sus agendas, Laure ya sólo se sabía de memoria el suyo y el del trabajo. En cuanto a la sugerencia del recepcionista de recurrir a un cerrajero, también hacía agua. Laure había agotado su talonario de cheques y no había encargado otro a tiempo en el banco, así que no podría disponer de él hasta comienzos de la semana siguiente. Aparte de la tarjeta de crédito y de los cuarenta euros en efectivo que llevaba en el monedero, no contaba con otro medio de pago. Era impresionante descubrir que en esa clase de situaciones miles de detalles que una hora antes resultaban insignificantes de pronto parecían aliarse contra uno. Laure lo siguió hasta el ascensor y luego por el pasillo hasta la habitación 52, que daba a la calle. El recepcionista encendió las luces de la estancia, le mostró el baño a toda prisa y a continuación le entregó la llave. Ella le dio las gracias y volvió a prometerle que al día siguiente pasaría por el hotel lo antes posible. Él esbozó una sonrisa benévola, algo cansado de tener que oír la misma promesa por quinta vez: La creo, señorita, buenas noches.

Laure se dirigió a la ventana y descorrió las cortinas; desde allí se divisaba su piso. Había dejado la lámpara de pie del salón encendida y había colocado una silla delante de la ventana entreabierta para que *Belphégor* pudiera mirar afuera. Le resultaba muy extraño ver su piso desde allí. Casi tenía la impresión de que iba a distinguir su propia silueta atravesando la estancia. Abrió la ventana. *Belphégor...* lo llamó a media voz. *Belphégor...* repitió, emitiendo ese bisbiseo que saben hacer todos los que tienen un gato. Unos instantes después, la silueta negra subió de un brinco a la silla y dos ojos amarillos la observaron atónitos. ¿Cómo podía su dueña encontrarse enfrente y no en el piso? Pues sí, aquí estoy... le dijo ella, encogiéndose de hombros. Lo saludó con un breve gesto y decidió acostarse. En el baño, encontró pañuelos de papel y un poco de agua para limpiarse la herida de la cabeza. Cuando se inclinó, volvió a marearse un poco. La única buena noticia era que parecía que ya no sangraba. Cogió una toalla, la colocó sobre la almohada y luego se desnudó. Una vez tumbada, no podía dejar de revivir la escena del robo. Aunque a lo sumo había durado unos segundos, el suceso se alargaba como si fuera una secuencia a cámara lenta. Más elástica que las estéticas escenas a cámara lenta del cine, más larga. Como las de los documentales científicos que muestran maniqués en

accidentes de tráfico reproducidos en el laboratorio. En ellos se ve el interior del vehículo; el parabrisas, que estalla como un charco de agua vertical; la cabeza de los muñecos, que se inclina despacio hacia delante; los airbags, que se hinchan como si fueran chicles, y el capó del coche, que se arruga con delicadeza, como si se hallara bajo el efecto de un calor suave.

Laurent renunció a afeitarse delante del espejo del baño. Al poner en marcha el aparato eléctrico, cuyo zumbido acompañaba todos sus despertares, éste emitió un gruñido mortecino y a continuación se paró, dando paso al silencio. Por mucho que accionara el botón de ON-OFF, que diera golpecitos a la rejilla y que desenchufara y luego enchufara de nuevo la máquina de afeitar, la Braun 860 con tres cuchillas giratorias había entregado ya el alma. Profundamente contrariado, no se decidió a tirarla, al menos no de inmediato. Se apiadó de ella y la dejó en la pila bautismal que había comprado en Grecia diez años antes. La cuchilla Gillette que guardaba en un cajón no le fue de ninguna utilidad, ya que le aguardaba otra sorpresa: cuando abrió el grifo de la bañera, oyó un silbido inesperado. No había agua. El corte general llevaba una semana anunciado en el vestíbulo del edificio, pero lo había olvidado. Laurent se contempló en el espejo. Vio el rostro de un hombre sin afeitar con el pelo muy enmarañado tras haber pasado toda la noche con la cara pegada a la almohada. En el hervidor apenas quedaba agua para preparar un café. Al salir del edificio, echó un vistazo a la persiana metálica de la tienda. Al cabo de un rato la abriría haciendo girar la llave en la caja eléctrica, y luego saludaría con un gesto de la cabeza a su vecino, Jean Martel («Le Temps Perdu, antigüedades, compra y venta»), que estaría sentado a una de las mesas de la terraza del Jean-Bart frente a un cortado. También haría una señal con la mano a la mujer del tintorero («La Blanche Colombe, tintorería de calidad»), que le respondería del mismo modo desde detrás del escaparate, y luego, una vez que hubiera subido la persiana, echaría un vistazo ritual a su propio escaparate, en el que lucían las «Novedades de narrativa», los «Libros de arte» y «Los más vendidos», colocados junto a «Nuestros favoritos» y «Los imprescindibles». A las diez y media en punto llegaría Maryse, seguida por Damien. El equipo estaría al completo y empezaría la jornada, con la apertura de cajas de entregas y la atención a consultas de lo más variadas: Busco un libro del que no sé ni la editorial ni el autor, pero transcurre durante la Segunda Guerra Mundial. Las recomendaciones: Señora Berthier, si lo que busca es algo ligero, para distraerse, esta novela es para usted, se

lo aseguro, tiene que descubrir a este autor. Los pedidos: Buenos días, le llamo de Le Cahier Rouge; necesitaría tres ejemplares del *Don Juan* de Molière en la edición de bolsillo de la colección Biblio Lycée. Las devoluciones: Buenos días, le llamo de Le Cahier Rouge; me veo obligado a devolverle los cuatro ejemplares de *Tristeza de verano*, porque no se venden y debo renovar los expositores. Y la planificación de las firmas: Buenos días, soy Laurent Letellier, de Le Cahier Rouge; dígame, ¿sería posible organizar una presentación y una sesión de firmas con su autor?

Cuando compró la librería, ésta era una cafetería moribunda, Le Celtique, regentada por una pareja mayor que estaba deseando venderla porque quería regresar a Auvernia. Laurent fue para ellos un salvador inesperado. La cafetería tenía la ventaja de contar con un apartamento justo encima. Desde luego, era una ventaja respecto a las distancias, ya que las eliminaba de manera radical, pero también tenía su cruz: nunca se abandonaba el lugar de trabajo.

Laurent rodeó la plaza a la que daba Le Cahier Rouge y subió por la rue de la Pentille. Llevaba en la mano *El cielo como armazón*, la última novela de Frédéric Pichier. El autor acudiría a la librería para firmar ejemplares la semana siguiente, y Laurent tenía previsto releer las anotaciones que había hecho en el propio ejemplar delante de un café doble en la terraza de L'Espérance, un bar al que iba a menudo durante sus paseos matutinos. El libro narraba el destino de una joven campesina durante la Primera Guerra Mundial. Era la cuarta novela del autor, quien se había dado a conocer con *Las lágrimas de la arena*, la historia de un soldado que se enamoraba de una joven autóctona durante la ocupación francesa de Egipto en tiempos de Napoleón. Pichier dominaba el arte de mezclar los tormentos de sus personajes con los grandes momentos de la historia. La crítica literaria no sabía cómo abordar su caso: ¿era sólo un buen narrador o un escritor de los de verdad? La cuestión no estaba zanjada. Fuera como fuese, el libro se vendía muy bien y era de suponer que la sesión de firmas sería un éxito. Mientras caminaba por la calle, Maryse le mandó un SMS. El tren se había detenido entre dos estaciones, y quizá no llegaría a tiempo para encargarse de abrir. Manténme al corriente, Maryse, contestó Laurent antes de doblar por la rue Vivant-Denon. Al llegar al número 6, alzó la mirada para comprobar que la señora Merlier, una de sus clientas, había abierto las ventanas. Gran lectora, la anciana, que sorprendentemente se parecía muchísimo a la actriz Marguerite Moreno, se levantaba al amanecer: Si no he abierto las ventanas, señor Letellier, es porque me he muerto o me estoy muriendo, le había dicho un día. Acordaron que Laurent llamaría a la policía en caso de que los postigos estuvieran cerrados. Pero todo iba bien

en el número 6, pues estaban abiertos. De hecho, eran casi los únicos; la gente aprovechaba el sábado para levantarse tarde y, por la mañana, el barrio estaba desierto. Laurent prosiguió su camino por la rue du Passe-Musette. L'Espérance se encontraba al final de la calle, en la esquina con el bulevar donde montaban el mercado el fin de semana. Delante de las puertas de los garajes había cubos de basura, y al lado, algunos muebles obsoletos a la espera del servicio de recogida. Laurent pasó junto a un cubo, aminoró la marcha —la imagen tardó unos segundos en grabarse en su mente—, luego se dio la vuelta y retrocedió.

Encima de la tapa había un bolso. De cuero color malva y en muy buen estado. Tenía varios bolsillos y cremalleras, dos asas largas, una correa en bandolera y cierres dorados. De forma instintiva, Laurent miró a su alrededor. El gesto era absurdo, ninguna mujer iba a materializarse para recuperar aquel bolso. Por la manera en que la piel se mantenía sobre la base, intuyó que no estaba vacío. De haber estado vacío y estropeado, su propietaria lo habría tirado a la basura en lugar de dejarlo encima de la tapa. Pero, por otra parte, ¿las mujeres tiran los bolsos? Laurent pensó Claire, con quien había compartido su vida durante doce años. No, ella nunca había tirado ninguno de sus bolsos. Tenía varios y los iba cambiando según la estación. Tampoco tiraba los zapatos; de hecho, cuando se le rompían las tapas de los tacones, las llevaba a arreglar al zapatero. No los tiraba ni cuando le decían que ya no podía hacerse nada. Laurent nunca había visto un par de tacones en la basura de la cocina, entre las mondaduras. Desaparecían misteriosamente. A pesar de aquellas reflexiones que lo devolvían a su vida pasada, el hecho de que una mujer se hubiera desprendido de su bolso continuaba siendo una posibilidad. Por otra parte, que aquel bolso en perfecto estado se encontrara encima de un cubo de basura parecía deberse a un acontecimiento más inquietante. Un robo, por ejemplo. Laurent sopesó el bolso. Abrió la cremallera central lo suficiente para comprobar que contenía numerosos «efectos personales», como suele decirse. Se disponía a rebuscar en el interior cuando una mujer joven salió de la puerta de un garaje, arrastrando una maleta con ruedecillas. Pasó por su lado y se volvió hacia él. Cuando Laurent se encontró con su mirada, ella apretó el paso de forma imperceptible y un instante después desapareció por

la esquina de la calle. Laurent se dio cuenta al momento de hasta qué punto la situación podía parecer sospechosa: un hombre solo, mal afeitado y mal peinado, abriendo un bolso de mujer encima de un cubo de basura... Lo cerró enseguida. La cuestión que se planteaba era de orden casi moral: llevárselo o seguir su camino. En algún lugar de la ciudad, una mujer había sufrido el robo de su bien máspreciado y era muy probable que hubiera perdido toda esperanza de recuperarlo. Yo soy el único que sabe dónde está, se dijo Laurent, y si lo dejo aquí, los basureros lo tirarán o alguien lo robará de nuevo. Laurent tomó una decisión: lo agarró y continuó calle abajo. La comisaría estaba a diez minutos andando. Lo dejaría allí, rellenaría uno o dos formularios e iría a sentarse al café.

Una presencia singular. Como la de un animal de compañía que te han confiado y que te sigue a regañadientes. Laurent apretaba la bandolera como si fuera una correa, después de replegarla un poco en la palma de la mano para evitar que el bolso se balanceara en exceso a ojos de todo el mundo. Transportaba un objeto que no le pertenecía, que estaba fuera de lugar en su hombro. Otra mujer apartó la mirada al ver el bolso y, acto seguido, clavó los ojos en Laurent. A medida que recorría el bulevar, su incomodidad iba en aumento. Le parecía que todas las siluetas con las que se cruzaba lo observaban de reojo y captaban en una fracción de segundo lo anómalo de su imagen: un hombre con un bolso. Y, para colmo, de color malva. No se imaginaba que pasear con ese accesorio sería tan embarazoso. Sin embargo, recordó que alguna vez Claire le había dejado su bolso mientras ella subía a buscar cigarrillos o iba al servicio en algún bar. En aquellos momentos, Laurent se había encontrado en plena calle con un complemento de mujer. Era verdad que entonces experimentaba una sensación entre incómoda y divertida, pero no se prolongaba demasiado, ya que Claire aparecía enseguida y recuperaba su bolso. En aquellos raros instantes, Laurent se cruzaba con mujeres que lo sorprendían con el atributo de una de sus hermanas, pero él no percibía recelo en sus ojos, tan sólo un destello de ironía. Era un hombre que estaba de pie en la calle esperando a su mujer. Si hubiera llevado uno de aquellos carteles de hombre anuncio con las palabras «Mi mujer está a punto de volver» habría sido igual de evidente. Un grupo de adolescentes, con vaqueros y zapatillas Converse, se apartó a su paso y luego Laurent oyó un cloqueo seguido de unas risas colectivas. ¿El objeto de aquellas burlas era él? Prefería no saberlo. ¿Acaso la mofa iba a dar paso a la suspicacia? Cruzó a la otra acera y decidió ir a la comisaría por calles secundarias.

La sala de espera, cuyas paredes tenían más de una grieta, estaba iluminada por una ventana de vidrios esmerilados que no se podía abrir. Sillas de plástico, una mesa de fórmica y dos despachos con las puertas abiertas de par en par: el espacio dedicado a las denuncias de robos de efectos personales no parecía sino el limbo de los bolsos femeninos desaparecidos. Cinco mujeres, de edades diversas, estaban sentadas en silencio. En uno de los despachos, una anciana con un bastón y una enorme tiritita en la ceja contaba entre sollozos cómo le habían robado el suyo. El hombre de pelo blanco que la acompañaba, confuso, ya no sabía adónde dirigir la mirada. Laurent se encontraba en uno de los purgatorios de la vida, esos sitios donde uno querría no tener que entrar nunca: urgencias médicas, despachos de aduanas en aeropuertos, centros de rehabilitación... sitios ante cuya fachada uno pasa diciéndose que está mejor donde está, fuera, aunque llueva. De todas formas, nunca recuperaremos el bolso, dijo alzando la voz una mujer morena y menuda que leía la revista *Voici*. Un joven cabo pasó cargado de fotocopias. Disculpe, dijo Laurent... Traigo un bolso. Las cinco mujeres que esperaban armadas de paciencia levantaron la mirada hacia él. Hable con mis compañeros, señor, le dijo en el acto señalando uno de los despachos. Un hombre robusto con el cráneo rapado y unos ojillos hundidos se estaba levantando para acompañar a una señora a la puerta. Miró interrogante a Laurent, que le mostró el bolso malva. Traigo un bolso que acabo de recoger en la calle. Eso sí que es una buena muestra de civismo, dijo el otro. Pronunció la frase con voz viril, añadiendo: Ven a ver, Amélie. Una rubia menuda salió del mismo despacho y se acercó a ellos. Le decía a este señor que eso sí que es una buena muestra de civismo —la fórmula parecía gustarle—, porque nos ha traído un bolso. Ah, sí, eso está muy bien, señor, lo alabó Amélie. Laurent intuyó que la joven cabo sentía respeto por un hombre que dedicaba tiempo a llevar un bolso de mujer. Como puede constatar, prosiguió la voz viril, esta vez con una entonación más hastiada, estas señoras están esperando, así que no podré atenderlo hasta dentro de, pongamos... una hora, dijo mirando el reloj. Una hora larga, rectificó con dulzura Amélie. Su colega asintió con la cabeza en señal de aprobación.

Quizá vuelva mañana por la mañana, sugirió Laurent. Como usted quiera, nuestras oficinas están abiertas de nueve y media a una y de dos a siete, respondió el hombre. También puede ir a objetos perdidos, señor, propuso la agente, en el treinta y seis de la rue des Morillons, en el distrito Quince de París.

Cuando salió de la comisaría, tenía otro SMS de Maryse: el tren acababa de arrancar de nuevo y no llegaría a tiempo para encargarse de abrir. Laurent pasó por L'Espérance sin detenerse, ya releería sus notas sobre Pichier en la librería.

El camión verde estaba delante de los edificios, y dos jóvenes basureros, con un iPod y auriculares en las orejas, cargaban los cubos de basura, que se vaciaban con estrépito en el volquete. Sin lugar a dudas, al cabo de unos minutos, el bolso habría cambiado de manos o habría terminado su existencia en un vertedero a cielo abierto con las gaviotas como únicos testigos. Guardián temporal de los efectos de una desconocida, Laurent subió a su piso, dejó el bolso en el sofá y volvió a bajar para abrir la librería. La jornada podía empezar.

A las doce y media del mediodía, tras haber consultado la nota de su compañero del turno de noche sobre aquella clienta algo especial, los dos recepcionistas que trabajaban de día empezaron a preocuparse. La mujer tendría que haber salido de la habitación hacía rato, haberla dejado libre antes de mediodía. Uno de los recepcionistas se decidió a subir con la llave maestra. Al llegar a la puerta de la 52, apoyó la oreja en la madera para comprobar si se oía el ruido de la ducha. No se entra en la habitación de una mujer que podría estar saliendo desnuda del baño; ya le había ocurrido en una ocasión y no quería volver a meter la pata. Pero de la habitación 52 no salía ningún sonido. Llamó a la puerta varias veces y luego, como no obtenía respuesta alguna, se decidió a utilizar la llave maestra y entrar. Soy el recepcionista, señora, dijo pulsando el interruptor de la luz; como no ha dejado usted la habitación, me he permitido... Se detuvo en seco. Laure estaba tumbada en la cama, con el cuerpo medio desnudo entre la colcha y las sábanas. Tenía los ojos cerrados, parecía dormir. El hombre se acercó a ella. La cabeza de Laure reposaba sobre la almohada. Señorita, dijo alzando la voz, señorita, repitió acercándose a ella. De repente, tuvo la sensación de que ocurría algo grave. ¿Qué pasa aquí?, musitó. Señorita, repitió, convencido de que sólo le respondería el silencio. Se aproximó a ella; en su rostro, del todo inmóvil, los rasgos se veían proporcionados y distendidos. Pese a su creciente contrariedad, se sorprendió a sí mismo pensando que la chica era guapa, pero se contuvo enseguida y se concentró en una cuestión fundamental: ¿respiraba? Le pareció que sí. Le acercó la mano al hombro y la tocó. Ninguna reacción. Empezó a sacudirla con suavidad, señorita... Seguía con los ojos cerrados y el cuerpo no se le movía ni un milímetro. El recepcionista miró con detenimiento los senos desnudos de la joven, al acecho de algún movimiento de la respiración. Sí, menos mal, respiraba. Una paloma que se posó ruidosamente en el balcón lo sobresaltó. De manera instintiva, el recepcionista se acercó a las cortinas y las abrió con un golpe seco, el sol inundó la estancia y el pájaro echó a volar. En el marco de la ventana del edificio de enfrente descubrió un gato negro encaramado a una silla que parecía observarlo con las pupilas dilatadas. El recepcionista

descolgó el teléfono de la mesita de noche y marcó el nueve, el número de la recepción. Julien, dijo, tenemos un problema con la clienta de la cincuenta y dos... Mientras pronunciaba aquellas palabras, su mirada se posó en la almohada. Debajo de la cabeza de Laure, un amasijo de sangre y cabellos se apelotonaba sobre una toalla empapada. Tenemos un problema muy gordo, rectificó, llama a una ambulancia, deprisa.

Media hora más tarde, Laure salía en una camilla plegable con ruedecillas que apenas tuvo que recorrer treinta metros por la acera antes de ser introducida en una ambulancia roja. Se oyeron las palabras «hematoma», «traumatismo craneal» y «coma».

El champú le resbalaba por la cara bajo el agua ardiente de la ducha. Tras haber vendido veintiocho novelas, nueve libros de arte, siete libros juveniles, cinco cómics, cuatro ensayos y tres guías de París y de Francia, y después de haber rellenado cuatro tarjetas de fidelidad y haber hecho catorce pedidos, Laurent terminó al fin su jornada. Pudo cerrar la librería y, al subir a su piso, comprobó que volvía a tener agua corriente. Se había pasado el día excusándose con una sonrisa por su aspecto desaliñado. Uno de sus clientes le había dicho que le recordaba a Chateaubriand, mientras que otro había evocado a Rimbaud en el cuadro *Un rincón de la mesa*, de Fantin-Latour, no sin especificar que sólo se refería al cabello del poeta. Laurent se secó con una toalla y luego sacó la maquinilla del cajón y un bote casi vacío de espuma que había tenido la buena idea de conservar. Después de afeitarse con esmero, se puso unos tejanos limpios, una camisa blanca y un par de mocasines, y se peinó hacia atrás, preparándose para abrir el bolso como un hombre que se arregla antes de ir a un restaurante con una mujer.

Al abrir su correo electrónico aparecieron mensajes de *spam* de lo más diversos. La mayoría le recomendaba cálidamente, llamándolo por su nombre de pila, una nueva mutua o incluso una estancia en algún destino carísimo que, sin embargo, estaba rebajada un cincuenta por ciento. «Márchese sin pensárselo dos veces», anunciaba uno. «Laurent, ya va siendo hora de que te tomes unas vacaciones», le aconsejaba otro con familiaridad digital. También le ofrecían una de esas cosas curiosas que se encuentran a veces anunciadas en internet: paraguas para perros. El *spam* le proponía adquirir cuanto antes aquel accesorio indispensable para «su compañero, que le estará muy agradecido». En aquel bosque informático, no había ningún correo personal. Con todo, había quedado para cenar con su hija al cabo de poco. No dudaba que pronto recibiría algún mensaje suyo, ya que Chloé jamás se olvidaba de sus citas. Sacó las sobras de un pastel de carne de la nevera y luego decidió abrir una de las botellas de vino Fixin que le había regalado un buen cliente. Lo probó; el borgoña era perfecto. Con la copa en la mano, regresó al salón.

El bolso estaba allí, en el sofá. Mientras se acercaba a él, recibió un sms. Dominique: Quizá esta noche, pero muy tarde, día complicado, ya te contaré, sigo en la oficina. La Bolsa está hundiéndose, ¡si escuchas las noticias sabrás en qué ando! Besos. Laurent bebió un sorbo de vino y respondió brevemente: Besos, ya me dirás... Luego se sentó con las piernas cruzadas en el parquet, dejó la copa en el suelo y cogió el bolso con cuidado. Era bonito, con aquellas dos texturas de cuero malva, los cierres dorados y los bolsillos exteriores de distintos tamaños. Los hombres no poseen nada comparable. En el mejor de los casos llevan carteras o maletines cuyas formas estandarizadas han sido diseñadas con el único fin de contener dosieres. Bebió otro sorbo de vino con la impresión de que iba a cometer un acto prohibido. Una transgresión. Un hombre no hurga en el bolso de una mujer; hasta las tribus más primitivas debían de obedecer esa regla ancestral. Seguro que los maridos en taparrabos no estaban autorizados a buscar una flecha envenenada o una raíz que mordisquear en el bolso de piel curtida de sus esposas. Laurent nunca había abierto el bolso de una mujer. Ni el de Claire, ni el de su madre cuando era niño. Como mucho alguna vez había oído: Coge las llaves de mi bolso. O: Hay un paquete de pañuelos en mi bolso, sácalo. Tan sólo había metido la mano en un bolso con la correspondiente autorización, una autorización que más bien parecía una orden y que únicamente era válida durante un tiempo muy limitado: si Laurent no encontraba las llaves o el paquete de pañuelos en menos de diez segundos y empezaba a remover el contenido del bolso, su propietaria lo recuperaba al instante. Ese gesto siempre iba acompañado de una frasecilla exasperada en imperativo: ¡Dame eso!, y enseguida aparecían las llaves o el paquete de pañuelos.

Tiró con suavidad de la cremallera dorada hasta el extremo opuesto. El bolso exhaló un olor a cuero caliente y a perfume femenino.

De hecho, necesitaría a una amiga como yo, estoy segura de que yo sería mi mejor amiga.

El sueño de esta noche: *Belphégor* era un hombre, cosa que en parte me sorprendía mucho y en parte no, yo sabía que era él; era un hombre más bien atractivo. Estábamos en un gran palacio y volvíamos a subir a la habitación después de tomar una copa en el bar. Nos dormíamos encima de la cama y luego hacíamos el amor en la terraza (gran placer); entonces me he despertado con su nariz en la mía (en la realidad, no en el sueño).
ACORDARME DE COMPRAR EL PIENSO Virbac Felino de pato.

Me gusta pasear por la orilla del mar a la hora en que la gente se va de la playa.

Me gusta el nombre de cóctel «Americano», aunque prefiero «Mojito».

Me gusta el olor de la menta y de la albahaca.

Me gusta dormir en el tren.

Me gustan los cuadros que representan paisajes sin personas.

Me gusta el olor a incienso en las iglesias.

Me gustan el terciopelo y la pana aterciopelada.

Me gusta comer en un jardín.

Me gusta Erik Satie. COMPRAR LA OBRA COMPLETA DE SATIE.

Me dan miedo los pájaros (especialmente las palomas).

Pensar en escribir otros «me da miedo...».

Cuando entro en un vagón de metro, enseguida echo un vistazo en busca de los hombres «posibles». (Nunca he conocido a ningún hombre en el metro.)

Tengo que romper con Hervé. Hervé es aburrido, es terrible aburrirse con un hombre aburrido.

Me gusta el fuego de la chimenea. Me gusta el olor de la madera quemada. El olor del fuego de leña.

He roto con Hervé. No me gusta romper. Pensar en escribir otros «no me gusta...».

Eran casi las once de la noche. Laurent continuaba sentado en el suelo, rodeado de objetos, sumido en la lectura de la libreta Moleskine roja que contenía los pensamientos de la desconocida a lo largo de decenas de páginas, a veces tachados, subrayados o en mayúsculas. La caligrafía era elegante y ligera. Debía de haberlos escrito por capricho, seguramente en terrazas de cafés o durante trayectos en metro. Laurent estaba fascinado por aquellas reflexiones que se sucedían, aleatorias, conmovedoras, alocadas y sensuales. Había abierto una puerta que conducía al espíritu de la mujer del bolso malva, y aunque no era del todo apropiado leer las páginas de la libreta, no podía soltarla. Se acordó de una cita de Sacha Guitry: «Mirar a alguien que duerme es como leer una carta dirigida a otro.» La botella de vino estaba medio vacía y se había olvidado el pastel de carne en la encimera de la cocina.

El primer objeto que encontró fue un frasco de perfume de cristal negro, Habanita, de Molinard. Al pulverizarlo lo envolvió un olor empolvado a ylang-ylang y jazmín. Luego apareció un manojito de llaves adornado con una placa dorada grabada con jeroglíficos. A continuación, una pequeña agenda con citas rodeadas por un círculo en las horas de los días en cuestión, varios nombres y algunos apellidos. Ninguna dirección ni ningún número de teléfono. Como estaban a principios de enero, sólo había anotaciones en los primeros quince días. Laurent conocía aquel modelo, en la sección de papelería de Le Cahier Rouge vendían otros similares. Su propietaria no se había tomado la molestia de apuntar sus señas en la primera página, destinada al efecto. La última cita databa de la víspera: «20 h, cena Jacques y Sophie + Virginie.» Tampoco había ni dirección ni teléfono. Una única indicación para la semana siguiente, el jueves: «18 h, tintorería (vestido de tirantes).» Luego encontró un neceser de cuero violeta que contenía productos de maquillaje y accesorios, entre los cuales había una gran brocha cuya suavidad probó Laurent en su mejilla. Un mechero dorado; un bolígrafo Montblanc negro que tal vez había usado para escribir en la libreta de pensamientos; una bolsita de caramelos de regaliz, de la que cogió uno, que enseguida añadió una interesante nota de madera al sabor de su copa de Fixin; un botellín de agua Évian; una pinza para el pelo con una flor de tela azul, y un par de dados rojos de plástico. Laurent se los puso en

la palma de la mano y los dejó caer al suelo. Cinco y seis. Buen resultado. Una receta de arroz con ternera arrancada de alguna revista femenina, probablemente de *Elle*. Un paquete de pañuelos. Un cargador de móvil, pero, por supuesto, no había móvil ni cartera. Ningún documento de identidad.

En un sobre doblado había cuatro fotografías en color. La de un hombre de unos sesenta años, con el pelo entre gris y blanco, vestido con un polo rojo y unos pantalones beige. Sonreía, de pie ante un paisaje de pinos. A su lado, una mujer que aparentaba la misma edad, con un vestido violeta, rubia, con gafas negras, tendía la mano hacia la persona que hacía la foto. La imagen parecía haber sido tomada veinte años atrás, treinta tal vez. En la siguiente foto aparecía un hombre mucho más joven, con el pelo castaño corto, de pie también, con los brazos cruzados, delante de un manzano. En la tercera, Laurent descubrió una casa con un jardín y un gran árbol. Nada indicaba dónde se encontraba aquel lugar y en ninguna foto había anotaciones. Se trataba de parientes y de recuerdos que no aportaban ningún indicio y que sólo sería capaz de identificar la propietaria del bolso.

Los objetos parecían incontables. Laurent decidió extraer varios a la vez. Hundió la mano en el bolsillo lateral izquierdo y sacó en desorden un ejemplar de la revista *Pariscope*, un bálsamo labial, un sobrecito de Efferalgan, una pinza para el pelo y un libro: *Accidente nocturno*, de Patrick Modiano. Laurent se detuvo; ¡así que la desconocida era lectora de Modiano! Le pareció que el novelista, tan aficionado al misterio, la memoria y las búsquedas de identidad, le mandaba una señal. ¿Cuándo se había publicado aquel Modiano? Ya no se acordaba, poco después del 2000... Abrió el libro en busca del año de la edición original. «Gallimard, 2003» estaba impreso al pie de la página izquierda, y algo escrito se transparentaba detrás de la derecha. Laurent pasó la página y descubrió dos líneas manuscritas en bolígrafo bajo el título: «Para Laure, en recuerdo de nuestro encuentro bajo la lluvia. Patrick Modiano.» La escritura danzaba ante sus ojos. Modiano, el más huidizo de los escritores franceses, que desde hacía lustros ya no dedicaba sus libros a los lectores y sólo concedía entrevistas muy raramente; Modiano, cuya dicción vacilante, llena de puntos suspensivos, se había vuelto legendaria. Él mismo era una leyenda.

Un enigma que sus lectores seguían de novela en novela desde hacía cuarenta años. Que Modiano te dedicara un libro era más que improbable. Y, sin embargo, ahí estaban aquellas líneas.

El autor de *Calle de las tiendas oscuras* acababa de proporcionarle el nombre de la mujer del bolso malva.

Me dan miedo las hormigas rojas.

Me da miedo consultar la cuenta corriente y seleccionar «saldo disponible».

Me da miedo cuando suena el teléfono en casa muy temprano por la mañana.

Me da miedo entrar en el metro cuando está lleno a rebosar.

Me da miedo el paso del tiempo.

Me dan miedo los ventiladores, pero sé por qué.

Ya iba siendo hora de dejar de leer aquella libreta roja de Laure y de acabar de vaciar el bolso en busca de algún indicio sobre su apellido o su dirección, por ínfimo que fuera. Había más bolsillos, con y sin cremallera. Laurent nunca habría imaginado que un bolso de mujer pudiera tener tantos recovecos. Era más complicado que diseccionar un pulpo en una tabla de cocina. Más de una vez, convencido de haber vaciado por completo uno de los pequeños bolsillos, había acabado dándose cuenta de que quedaba algo áspero que había resultado ser una piedra, sin duda recogida en alguna ocasión muy concreta. Había llegado a descubrir tres, de distintos tamaños, sembradas por todo el bolso. Y una castaña, probablemente recogida de algún parque.

Hizo una pausa, se levantó y abrió la ventana para dejar entrar el frío de la noche. La plaza estaba desierta y se sentía algo mareado. ¿Era por la combinación del vino tinto y el estómago vacío o por el heteróclito batiburrillo que había desfilado ante sus ojos? No habría sabido decirlo. Cuando iba a sumirse de nuevo en su inventario, el móvil lo avisó de la llegada de un sms. Se había olvidado por completo de Dominique: Llego a tu casa dentro de un cuarto de hora, espero que no estés durmiendo... No había acabado, pero se apresuró a guardar todos los objetos en el bolso, no sin experimentar cierto rencor hacia Dominique, que lo obligaba a interrumpir sus recién iniciadas pesquisas. Muy a su pesar, metió el bolso en el armario ropero. Mientras volvía a peinarse delante del espejo, se dijo que podría haber dejado todo el contenido en el suelo y contarle la historia a Dominique, pero la idea no le entusiasmaba. Al margen de los celos

suspicaces de ella, a Laurent no le apetecía compartir su hallazgo. De momento, la Laure de Modiano era un misterio que sólo lo atañía a él.

Aquí ha estado una mujer... ¿Cómo?, respondió Laurent. Dominique le clavaba sus ojos negros; con el pelo corto, que le realzaba sus finos rasgos, parecía un ave de presa. No, aquí no ha estado ninguna mujer, replicó Laurent con todo el aplomo que le quedaba a aquella hora. ¿Cómo demonios podía percibir Dominique que, veinte minutos antes, varios efectos personales femeninos habían estado desperdigados por la habitación? Las mujeres tienen un sexto sentido, decía la expresión popular. En ese caso, era hechicería pura. Dominique dio unas vueltas a su copa de vino y tiró la ceniza de su cigarrillo en un pesado cenicero de cristal. Aquí huele a perfume, dijo en tono de complicidad. El frasco negro del bolso... a Laurent se le había ocurrido apretar el pulverizador, y el olor de Habanita aún flotaba en la estancia. Sin embargo, sólo lo había hecho una vez, y habían pasado más de dos horas. Dominique, como un auténtico sabueso, había percibido aquel resto de efluvios que ningún otro ser humano del sexo opuesto —Laurent estaba convencido de ello— habría distinguido jamás en la atmósfera. Aquí no ha estado ninguna mujer, te lo juro... por mi hija y por mi librería, que me arruine en los próximos meses si una mujer ha estado hoy en este salón. Laurent había escogido con esmero su sentencia; en efecto, podía jurar por todo lo que quisiera, porque lo que decía era verdad: ninguna mujer había estado en su piso. Sólo su bolso había fijado allí su domicilio.

El juramento pareció satisfacer a Dominique. Te creo, le dijo, eres supersticioso, si fuera mentira no dirías algo así. Luego le contó que había estado siguiendo las últimas caídas de las Bolsas y las últimas transacciones de miles de millones en las pantallas del mundo entero —desfase horario incluido—, a fin de escribir su crónica para un famoso periódico en el que dirigía la sección de economía. Dominique también participaba en un programa de radio, y a veces salía en el canal de noticias LCI. A Laurent siempre se le hacía raro ver en la pequeña pantalla a la mujer con quien compartía las noches mientras ésta se enfrentaba con otros periodistas e incluso, en ocasiones, con grandes empresarios. Se habían cruzado en un plató de la cadena; Laurent iba a hablar de un libro que se acababa de

publicar, y Dominique esperaba su turno para el programa sobre economía. Ella había leído la novela, le había gustado y se lo dijo. Y como el autor firmaba la semana siguiente en Le Cahier Rouge, Laurent la invitó. A la hora de cerrar la librería, ella seguía allí. Sus miradas se encontraron en esa fracción de segundo en que, sin decir ni media palabra, un hombre y una mujer que no se conocen se hacen saber el uno al otro que la noche no ha terminado.

Venga, ven, que es tarde, le dijo Dominique dirigiéndose al dormitorio. Cuando Laurent la abrazó en la cama, no pudo evitar girar la cabeza hacia el armario donde había escondido el bolso y, mientras Dominique lo besaba, la frase «Me dan miedo las hormigas rojas» le vino a la cabeza y se le quedó grabada para siempre.

Laurent se dio la vuelta en la cama y comprobó que estaba solo. Miró el despertador: eran las seis. Aunque Dominique se despertara temprano, nunca se iba antes de las siete, y menos sin decirle adiós. Laurent se levantó y la encontró vestida, de pie en la entrada, a punto de marcharse. ¿Te vas? Sí... Me voy. ¿Por qué me miras así?, le preguntó él. Te he dejado una nota en la mesita, respondió Dominique con frialdad mientras se abrochaba el cinturón del abrigo.

Laurent:

Ya que te gusta tanto hacer juramentos, tendrías que preocuparte por tu hija y por las finanzas de tu librería. Esta mañana me he levantado temprano, he ido a tumbarme un momento en el sofá y mira qué he encontrado en la alfombra. Quizá podamos hablar de ello... o no. Tú verás. Yo no daré el primer paso, de eso puedes estar seguro.

Dominique

Dominique había colocado la pinza para el pelo del bolso debajo de su firma. Al guardar precipitadamente todos los objetos, a Laurent se le había caído sobre la alfombra.

Me vas a decir que es de tu hija, por supuesto. No, no es de mi hija, deja que te lo explique, no te vayas, le dijo. Fue a buscar el bolso al armario y lo colocó en medio de la mesita del salón. Esto mejora por momentos..., susurró Dominique, asombrada por la audacia de Laurent. Encima deja las cosas en tu casa. Claro que no, te vas a reír. Pues venga, hazme reír, Laurent. Encontré este bolso en la calle.

Te estás burlando de mí, supongo... El rostro de Dominique se había vuelto impasible de repente, y Laurent experimentó el vértigo del inocente acusado a quien absolutamente nadie cree, ni siquiera su abogado. No, balbució Laurent, no me burlo de ti, lo encontré ayer por la mañana en la calle, en la rue du Passe-Musette, para ser exacto. Dominique asintió despacio con la cabeza, pero su mirada era cada vez más fría. Un bolso

lleno, en la calle... Sí, robado, es un bolso robado, remachó Laurent. ¿Y qué hace este bolso robado en el fondo de tu armario? Laurent abrió la boca para contestar, pero no le dio tiempo. ¿Y por qué ayer no me contaste esta anécdota tan curiosa? Pues porque... ¡Porque no podías saber que yo iba a encontrar la pinza para el pelo en la alfombra!, replicó Dominique levantando la voz. Laurent se quedó mudo. Lo primero que noté al llegar fue su perfume, prosiguió Dominique paseando la mirada por la sala; tendría que habérmelo imaginado, estabas raro... ¡Claro que no!, bueno, sí, de acuerdo, es su perfume, pero lo pulvericé yo, dijo Laurent hurgando en el bolso. ¿Dónde está el frasco? Te lo voy a enseñar, está por aquí, en alguna parte... ¡No hay forma de encontrar nada en vuestros bolsos!, se enervó Laurent. ¡Aquí está!, exclamó de manera triunfal. Apretó el extremo del frasco y una pulverización se esparció a la luz de la mañana. Vaya, comentó Dominique sin inmutarse, ya puedes decirle que no me gusta su perfume. Laurent oyó el portazo y se quedó desconcertado en medio del salón, con el frasco negro de Habanita en la mano.

Se puso unos vaqueros, una camiseta y unos mocasines a toda prisa para salir corriendo detrás de ella, pero Dominique ya había subido a un taxi que doblaba por la esquina de la plaza. La llamó al móvil y saltó el contestador; Laurent no dejó ningún mensaje. Acabó en la barra del Jean-Bart. Jean Martel, el anticuario, ya estaba allí. Regresaba de una venta ambulante matutina y había dispuesto varias pitilleras sobre la barra y las estaba inspeccionando con una lupa de bolsillo. Es como una investigación, dijo el viejo chamarilero, hay que encontrar algún indicio y tirar del hilo. ¿Y cuál es el indicio?, le preguntó Laurent con voz cansada. En ésta hay un blasón medio borrado, creo que de un conde. Si lo identifico, quizá me lleve una buena sorpresa. Laurent asintió con la cabeza, luego pagó el café y subió a su piso. El bolso seguía encima de la mesita, junto a la nota. «Quizá podamos hablar de ello... o no. Tú verás.» Estaba todo visto, volvería a llamarla más tarde, durante el día. Era demasiado injusto, las apariencias estaban en su contra, sin duda, pero de todas formas tenía derecho a defenderse, a explicarse. A decir verdad, era lo que había hecho, aunque Dominique no lo había creído.

Después de tomarse otro café, abrió el correo electrónico. Enseguida apareció más *spam*, y entre los mensajes, muy insistente, el de los paraguas para perros.

De: kloestar@gmail.com

Para: laurent_letellier@hotmail.com

Asunto: Cita conmigo*

Hola, librero friqui:

¿Sigues en pie lo del jueves por la noche? Espérame en Chez François a las seis en punto; es el café con terraza que está cerca del instituto, arriba a mano izquierda, delante del árbol grande y de la estatua, donde comimos el mes pasado. Siéntate a una mesa de la terraza del lado de la calle. Primera fila. Ponte la chaqueta negra y una camisa blanca con los vaqueros 501 azul petróleo que compramos juntos el sábado pasado. Luego cenaremos. ¿Qué vas a preparar? Yo quiero *pot-au-feu*. Besos.

C.

Laurent sonrió. Aquel mensaje era como la invitación conminatoria de una amante autoritaria. Con todo, no había nada parecido detrás de aquellas líneas: era su hija de quince años. De carácter aguerrido, muy bonita y «profundamente manipuladora», según su madre, Chloé se había tomado la separación de sus padres a su manera: Me parece sensato, le había dicho a su padre cuando tenía doce. Pero tampoco querría salir perdiendo. ¿Cómo? ¿A qué te refieres? Quiero el doble de paga. ¿Cómo?, había repetido Laurent. Y, ya que voy a vivir con mamá, quiero un gato. Esa vez Laurent no había contestado con otro «¿cómo?», sino que se había sentado en su butaca de terciopelo y se había quedado contemplando a aquella mujercita que, en principio, había surgido del cruce de sus genes con los de Claire. ¡Cómo cambiaban las cosas! Él jamás había mostrado esa desfachatez de niño, ni su esposa tampoco. En el edificio de al lado dan una gatita blanca, le había anunciado Claire unas semanas después. No, yo no quiero una gatita blanca, yo quiero un macho. Uno grande. Quiero un maine coon. Claire hizo partícipe a Laurent de aquella exigencia, aderezando su discurso

varias veces con un «tu hija». Desde entonces, Chloé vivía en casa de su madre con un maine coon, el felino de compañía más grande que existe. ¿Cómo lo vas a llamar, cielo?, le preguntaron Claire y Laurent. *Putin*, dijo despacio Chloé, con una sonrisa que suavizaba los efectos de su respuesta. ¡Ni hablar!, exclamó Claire, no vas a llamar al gato así... Una batalla perdida. *Putin* no salía de su habitación más que para ir hasta el bol de pienso o hasta su caja, sólo se dejaba acariciar por Chloé, cruzaba el salón con aire desdeñoso para afilarse las uñas en el sofá ante la mirada horrorizada de Claire, y luego regresaba a la habitación a esperar a su dueña.

Laurent tecleó: «Sí, cielo. Allí estaré. Cuenta con el *pot-au-feu*. Y no trates a tu padre de librero friqui, te lo ruego... Besos.» Al cabo de un instante, se preguntó si alguna vez le había respondido «No, cielo». De detrás de la estantería sacó una mesa de juego plegable, la colocó cerca de la ventana y se dispuso a terminar lo que había empezado la víspera. Dejó el bolso sobre el tapete verde y fue vaciándolo, disponiendo los objetos en una combinación absolutamente aleatoria. Introdujo un dedo en un bolsillo diminuto sin cremallera del forro y encontró dos billetes de metro sin utilizar y el resguardo de una tintorería en el que la fecha del jueves estaba marcada con una cruz y la palabra «vestido» rodeada con un círculo. Consultó la agenda. No cabía duda de que era del «vestido de tirantes», pero lo habían arrancado de un bloc cualquiera y no incluía ni el nombre ni la dirección del establecimiento.

¿Cómo sería aquella Laure a quien le gustaba comer en un jardín, le daban miedo las hormigas rojas, soñaba que hacía el amor con su animal de compañía transformado en hombre, llevaba un pintalabios de color coral y tenía un libro dedicado por Modiano? Laurent se encontraba ante una mujer rompecabezas. Una silueta borrosa, como vista a través de un cristal empañado, un rostro parecido a aquellos con los que uno se cruza en sueños y cuyos rasgos se difuminan en cuanto intenta recordarlos.

Si la encuentras, será un callo. La sentencia cayó como una mosca en un bol de leche. Laurent alzó la vista al cielo en un gesto de hastío. Estaba comiendo en el Jean-Bart con su amigo Pascal Masselou, su «mejor amigo», según el título honorífico del que disfrutaba desde su adolescencia. Desde entonces, habían ido transcurriendo los años. ¿Pascal aún se merecía aquel título? Al menos carecía de rivales, aunque, pensándolo bien, los dos hombres tenían pocas cosas en común. Lo único que compartían era su situación familiar y sentimental: divorciados. Por lo demás, todos los cimientos de su amistad se encontraban en un paréntesis que se había cerrado mucho tiempo atrás. Tirar la caña en los bancos de la escuela, fantasear con chicas inalcanzables o supuestamente inalcanzables, reírse como locos y compartir secretos, tomar cervezas en el bar y obtener un título universitario, pero todo aquello ya estaba a años luz de los adultos en los que se habían convertido. Habían prolongado la complicidad de antaño como dos jugadores de póquer que, a altas horas de la noche, continúan poniendo las cartas boca arriba y vaciando vasos cuando todos los demás ya hace rato que se han retirado de la mesa para ir a acostarse. Laurent le había contado la historia del bolso, creyendo por un instante que a su amigo le parecería igual de interesante que a él.

¿Por qué lo dices? Porque no sabes quién es esa mujer y nunca lo sabrás, contestó Pascal masticando su entrecot. Sólo tienes un bolso y un nombre de pila, pero no sabes su dirección y, sobre todo, no tienes una foto suya. Yo, cuando quedo con alguna mujer, sé quién es, todo está claro: he visto fotos, sé su edad, los puntos que tenemos en común, su profesión, color de ojos y de pelo, estatura, peso... Tras su divorcio, Pascal había descubierto las webs de citas en internet. Se había registrado en la mayoría con distintos seudónimos y se recreaba en la jungla virtual de los anuncios por palabras, por eso había intentado convencer muchas veces a Laurent de que hiciera como él. Tras el seudónimo «Cadresup» en Meetic y Atractive World —los sitios para «solteros exigentes»—, y tras los más evocadores y grotescos «Estremecimientos», «Jimmy», «Magnum» y «Thebest», usados en, respectivamente, Adulterio.com, Infieles.com, Ashleymadison.com y

Adoptauntio.com, se ocultaba el mismo hombre: Pascal. Disponible para los achuchones de última hora de la tarde y de fines de semana, también se ofrecía para encuentros «serios», y así no tenía mala conciencia.

Aprovecho, solía decir, aderezando el comentario con una sonrisa satisfecha. A ojos de Laurent, Pascal se había dejado llevar por lo peor de Occidente al gestionar su vida sentimental, por no decir sexual, como si fuera el jefe de producto de una pyme. En una comida anterior, Pascal le había enseñado el fichero en cuestión en su portátil. Con un clic, hizo aparecer tres carpetas distintas llenas de fotos de mujeres: en «Stock» estaban las que ya se habían acostado con él; en la de «En curso», aquellas con las que tenía un lío, y en «Objetivos», aquellas con las que esperaba liarse en breve. Estás de broma, no me digas que te haces carpetas... Pues claro que sí, replicó Pascal, ofendido, todo ha de estar bien organizado, incluso tengo subcarpetas dentro de las carpetas: «Ninfómanas», «Tímidas», «Bordes», «Frígidas»... ¡Por el amor de Dios!, no quiero verlo, protestó Laurent. Pascal se encogió de hombros y cerró el portátil. Bajo su punto de vista, Laurent se había quedado en «el otro mundo», el de los encuentros por azar, las sonrisas en las terrazas de los cafés o las conversaciones que entablaba a propósito de algún libro. Y para Laurent, Pascal se había convertido en «el macarra de sí mismo» al colgar en webs de contactos fotos tuyas dignas de un anuncio de ropa masculina, sonriendo, de cara, de pie, con la camisa abierta y una chaqueta gris al hombro, por no hablar de las fotos en bañador con el torso desnudo, tomadas cinco años antes por su mujer en alguna playa de Córcega. Previamente, Pascal había contestado a preguntas como: «¿Cuáles son, en su opinión, sus tres cualidades principales?» o «¿Busca usted un encuentro: a) serio, b) amistoso, c) sin ataduras?». Su amigo le contó con detalle los últimos acontecimientos reseñables de su vida. Su hijo había tenido un accidente de moto y su hija no le dirigía la palabra desde que la hermana mayor de una de sus amigas le había enseñado la foto del tipo con el que chateaba por internet y que había resultado ser... Pascal. En cuanto a Laurent, había renunciado ya a proponer a su amigo que subiera a su casa para enseñarle el bolso. Sin duda, aquella idea que había tenido antes de la comida era un error. No quería que los ojos de Pascal se pasearan por los

objetos del bolso, y aún le apetecía menos oír comentarios groseros: chorradas de mujeres, estás perdiendo el tiempo, ¿por qué no tiras todo esto a la basura? ¿Quieres tener una aventura? Pues hazte un perfil en una web de contactos.

A propósito, ¿cómo está Dominique? Muy bien, gracias, respondió Laurent midiendo las palabras. La he oído esta mañana en la radio, ¡qué análisis tan agudo! Es inteligente y guapa, tienes muchísima suerte. Estáis hechos el uno para el otro, concluyó Pascal, vaciando de un trago su copa de vino del Bearne. Laurent no dijo nada. La única cosa que podía concederle a su amigo era que, en el fondo, tenía razón: sin documento de identidad ni fotos, la mujer de la libreta roja continuaría siendo un misterio que tenía muchas posibilidades de acabar en el Departamento de Objetos Perdidos.

Un jardín. Un jardín que se parecía mucho al de la casa de su infancia. Aunque no era del todo el mismo. En éste había una especie de rocalla al fondo, cerca del murete de ladrillos. Si se concentraba, Laure casi podía oír el agua que caía sobre las piedras. Tenía la sensación de que un enorme gato siamés dormía al sol apoyado en sus pies descalzos. Pese a que todo aquello se le hacía muy raro, no le cabía ninguna duda, ella se encontraba en aquel jardín. El contacto de la hierba con su piel era tan real... Y aquel gato al que no veía y que dormía a sus pies sólo podía ser *Sarbacane*.

Sus padres también estaban allí. En algún lugar cerca del gran árbol bajo el que colocaban la mesa para comer en verano. Su padre iba al mercado de la plaza y compraba ostras y centollos. Él mismo abría las ostras mientras su madre hervía los centollos en un caldo con hojas de laurel. Los caparzones se ponían muy rojos. Y cuando dejaban caer una gota de limón sobre el manto, la ostra se retorció. Eso demuestra que es muy fresca, decía su padre. Se acercaba la hora de la comida y los relojes se habían detenido en algún punto de comienzos de la década de los ochenta, ninguna aguja se había movido ni un milímetro desde entonces. Los treinta años transcurridos se habían desvanecido. Laure había soñado que era adolescente y luego adulta, que tenía un oficio y un piso cuyos gastos pagaba ella misma. Qué disparate, cuando eres una niña no tienes que pagar los gastos. A esa edad, los únicos problemas a los que te enfrentas están relacionados con las matemáticas y la ortografía de las redacciones (en francés, el participio pasado delante del verbo «tener» concuerda con el complemento directo cuando éste se encuentra delante del verbo). Pero ¿por qué? Porque es así. Ya, pero ¿por qué? Bueno, deja de hacer preguntas tontas, es así y punto, memorízalo y ya está, nos aburres con tus preguntas, Laure. Había soñado con todos los encuentros y todos los atajos que la habían llevado al silencio del taller Gardhier. Había soñado que conocía a Xavier Valadier. Soy reportero de guerra, hago fotos sobre el terreno. Debe de ser muy peligroso... Sí, algunas veces, decía él sonriendo. Aquella sonrisa dulce y triste acompañada al instante de los dos hoyuelos la perturbaron. Al igual que sus ojos, que seguramente habían visto morir a

demasiada gente en todo el mundo. Ella había soñado con aquel *book* que reunía las fotos de las afganas ocultas tras un velo, de los niños en las ruinas de Chechenia y de los combatientes de Hezbolá en el Líbano. Y la foto de Xavier posando junto a Ahmad Sah Masud. Aquel nombre, Ahmad Sah Masud, pronunciado a la manera árabe, con la lengua retorciéndose contra el interior de los incisivos. Todo aquello no había sido más que un sueño. Y la misma sensación había tenido cinco años más tarde, cuando el teléfono del piso había sonado a las siete y veinte de la mañana; en el auricular, la voz de una mujer del Ministerio de Asuntos Exteriores. Aquella voz incómoda y vacilante, en la que el miedo era perceptible. Aquella voz que, como supo en cuanto oyó su entonación, le anunciaría que su vida iba a desmoronarse al cabo de unos segundos. Como las placas de hielo de varias toneladas que se desprenden de los icebergs con los primeros deshielos y se desploman en las aguas heladas de la Antártida. Aquella voz que dijo: Le ha ocurrido algo a su marido en Irak, algo grave, muy grave... Hubo un largo silencio, y luego Laure pronunció las palabras: Está muerto... ¿Es eso? Le siguió un silencio más corto y las palabras: Sí, señora, han caído.

Xavier también se encontraba allí, en el jardín, estaba segura de haber oído su voz a lo lejos, cerca del árbol. Hablaba con su padre. Su madre estaba en la cocina y *Sarbacane* debía de andar dando vueltas entre sus piernas para conseguir un poco de centollo. Todo parecía muy real en aquella tarde de verano, pese a que habían vendido la casa mucho tiempo atrás y pese a que todos estaban muertos. *Sarbacane* estaba enterrado al fondo del jardín, cerca del murete de ladrillos, donde se encontraba ahora la curiosa cascada que nunca había existido. Los padres de Laure reposaban en el cementerio de Montparnasse, y las cenizas de Xavier las habían esparcido una mañana muy temprano, un día de vendaval, en el cabo de la Hogue. De pronto, los sonidos que le llegaron ya no tenían nada que ver con los del jardín. Dos voces femeninas comentaban los últimos episodios de una serie estadounidense. Ambas estaban de acuerdo en el increíble encanto del actor protagonista. Una de ellas se deshacía en elogios sobre su pelo gris y su voz autoritaria. ¡Es un hombre, un hombre de verdad!, exclamaba. No, desde luego, no estamos a comienzos de los ochenta. Las voces se acercaron. Según Baulieu, debería despertar en un máximo de setenta y dos

horas. ¿Su familia ha venido a verla? Un tipo alto y flaco con el pelo corto, teñido de rubio, apareció ayer por la tarde, aterrorizado, contestó la otra voz; un tipo un poco gay, bueno, descaradamente gay. Se quedó hasta que terminó el turno de visitas, dijo que ella era su hermana, pero no tienen el mismo apellido. William, quiso decir Laure. Es William. Pero de su boca no salió ningún sonido. Nada. Y, sin querer, regresó al jardín. Los centollos estaban listos y su madre pedía a lo lejos que alguien se encargara del vino. Laure se levantó del césped y fue hacia la cocina. Sintió el frío de las baldosas bajo sus pies descalzos y, al abrir la nevera, vio que su padre había puesto a enfriar dos botellas de vino blanco de Pouilly-Fuissé.

En aquella época del año, había poca gente en la terraza del café y Laurent eligió una mesa en «primera fila», es decir, una de las que daban directamente a la acera. Se sentó debajo de una de las estufas de gas dispuestas para calentar a los clientes. Chaqueta negra, camisa blanca, vaqueros Levi's y una bufanda azul que le había regalado Claire hacía diez años. Todo como Chloé deseaba. Ya casi eran las seis. Pidió un café y, para matar el tiempo, miró a la gente que estaba a su alrededor. Algunos hombres que habían salido de la oficina antes que de costumbre tomaban una cerveza; tenían cara de cansados, pero se forzaban a reír mientras contaban anécdotas del trabajo. Una mujer sola, sentada unas mesas más allá, parecía absorta en la pantalla de un libro electrónico. Laurentladeó de forma imperceptible su silla y se inclinó hacia ella. Aquel aparato permitía descargar una biblioteca entera y transportarla en un bolso. ¿Resistiría el libro en papel a aquella maravilla tecnológica? A pesar de la buena facturación de Le Cahier Rouge, a veces Laurent tenía sus dudas.

Una mochila negra al hombro, vaqueros descoloridos, un cinturón con tachuelas, botines de ante claro con tacón —que habían sido objeto de discordia con su madre—, su cazadora favorita, azul cielo, y un jersey debajo, esta vez negro, constituían uno de los atuendos habituales de su hija, quien, no obstante, tardaba más de media hora en elegirlo cada mañana, según Claire. Chloé se había adelantado un poco a sus compañeros, que seguían en el otro extremo de la calle, delante de la entrada del instituto, los mayores fumando un cigarrillo. Al llegar a la mesa de Laurent, dejó caer pesadamente la mochila y tomó asiento: ¿Qué, librero, has vendido muchos libros? ¿No me das un beso? Sí, pero más tarde, dijo volviéndose hacia la otra punta de la calle, ahora estoy cansada, vengo de siete horas de clases, no te lo imaginas, es el horror. Tienes razón, no puedo imaginármelo, murmuró Laurent. Y tengo sed, prosiguió, estoy muerta, estoy deshidratada, quiero una clara. Imposible, no sirven alcohol en las terrazas de los cafés. ¿Una limonada? Vale. Señorita, ¿querrá tomar algo?, preguntó el camarero. Sí, una limonada fría, con dos cubitos de hielo y una rodaja de limón, y una pajita, también. A sus órdenes..., respondió el

camarero, intercambiando una mirada irónica con Laurent. Chloé volvió la cabeza un instante hacia el otro extremo de la calle y luego regresó con su padre. ¿Esperas a alguien? Qué va, dijo ella a la defensiva, ¿por qué lo dices? Por nada... He preparado *pot-au-feu*. ¡Genial! Es el mejor *pot-au-feu* del mundo. Bertrand lo hace varias veces en invierno y siempre le sale mal, menudo imbécil. No seas grosera, por favor. Chloé no hizo caso y se volvió otra vez hacia el instituto. Bertrand era el nuevo compañero de Claire. Era fotógrafo y se dedicaba en exclusiva a las imágenes de platos cocinados. Sus clientes iban desde las mejores tiendas de comida preparada hasta la industria de los congelados. Seguro que Bertrand había soñado con ser el nuevo Richard Avedon o Guy Bourdin, y tener celebridades y modelos delante de su objetivo, pero debía contentarse con enfocar rosbifs con mízcalos silvestres, cuando no se trataba de filetes de merluza a la mantequilla blanca. A pesar de todo, había montado su propia empresa, tenía seis empleados y se ganaba muy bien la vida gracias a que monopolizaba el mercado de la fotografía alimentaria de alta gama. No leía nada, ni un ensayo, ni una novela, sólo revistas de fotografía o gastronomía.

Laurent miró a su hija: el maquillaje discreto sobre un perfil impecable, la línea de la nariz, dinámica, sin ser demasiado brusca, los ojos almendrados, las cejas delicadas y la boca perfilada. Se había vuelto muy hermosa. Además, tenía las manos de Claire, finas y largas, con las muñecas tan delgadas que necesitaba dos agujeros de más en la mayoría de las correas de reloj. Llevas pulseras nuevas, observó Laurent. Sí, ¿te has fijado? Son muy bonitas. Son de una nueva marca superchula, molan mucho. Dos chicas rubias con el pelo largo, minifalda, y zapatillas Converse y la mochila a la espalda subían hacia el café. El camarero sirvió ceremoniosamente la limonada, con dos cubitos de hielo, adornada con una rodaja de limón en el borde y una pajita rosa. Genial, exclamó Chloé, y acercó la silla a la de su padre. Qué guay estar aquí juntos, comentó apretándose contra él. Sí, siempre me alegra verte, estoy muy orgulloso, le dijo Laurent con una sonrisa.

Las dos chicas se pararon en seco delante de su mesa. Chloé levantó la vista hacia ellas. Las otras dos se miraron en silencio y luego se volvieron hacia Laurent. La rubia con el pelo más corto se lanzó: Usted es el padre de

Chloé, ¿no?, dijo con una vocecita arrogante. En aquel preciso instante, debajo de la mesa, la punta de un tacón de botín de ante se clavó en el mocasín derecho de Laurent. Él se quedó paralizado antes de que el dolor le llegara al corazón y miró a su hija. La conocía demasiado para ignorar lo que expresaban los ojos que lo observaban fijamente: pánico y súplica. «Sí, soy su padre; hola, señoritas, ¿con quién tengo el honor de hablar?» no era, en absoluto, la respuesta que esperaba ella. En la fracción de segundo que le quedaba para responder, y mientras el tacón se negaba a aflojar la presión, Laurent tuvo tiempo para decirse que no, que su hija no se atrevería a algo así. Y, sin embargo, una voz interior le contestaba: Claro que sí, Laurent, ya la conoces, por supuesto que es eso. ¿Qué quieres que sea?

Entonces se volvió despacio hacia las chicas: ¿A qué viene esa pregunta, señoritas?, les respondió con una sonrisa fría. Pues, eh... a que... balbució la rubia con el pelo más largo. No es mi padre, es mi chico, espetó Chloé orgullosa; ahora podríais dejarnos tranquilos, ¿no?, añadió fingiéndose molesta mientras retiraba al fin su tacón del mocasín de su padre. Las dos chicas dieron un paso atrás sin quitarle los ojos de encima a Laurent. Lo sentimos, susurró la del pelo más largo. Disculpe, prosiguió la otra, lívida, ya nos vamos. Luego cruzaron la calle a toda prisa, una al lado de otra. Laurent las vio alejarse por la acera de enfrente, hablando con agitación. Una empujó con rabia a la otra. ¡No había pasado tanta vergüenza en toda mi vida!, chilló en pleno atardecer. Esas dos cerdas se van a cortar las venas esta noche, comentó Chloé con una sonrisa sardónica.

Hacer pasar a su padre por su novio. Aquello era el colmo. Sin embargo, durante el trayecto en coche, todos los argumentos de Laurent fueron refutados de forma sistemática por su hija: él no se daba cuenta, «en su época» era «diferente». La época de Laurent era la prehistoria: un mundo sin tecnología en el que se llamaba «a casa de los padres», un mundo en el que las chicas guapas hacían que te palpitara el corazón y sobre todo te dejaban paralizado en el acto, un mundo en el que el sùmmum de la transgresión era conseguir las revistas *Lui* o *Playboy* para admirar las fotos a doble página de mujeres desnudas con ligeros y en poses lascivas. La época de su hija no tenía nada que ver con eso: según ella, aparte de su amiga Charlène, en el instituto sólo había zorras creídas que únicamente se preocupaban por los esmaltes de uñas. En cuanto a los chicos, eran una pandilla de psicópatas vírgenes que no hacían más que mirar porno duro en internet y que se pasaban el día proponiéndole poner en práctica aquellas bonitas secuencias. Gracias a la escena del café, Chloé acababa de volverse «intocable», ya nadie se atrevería a acercarse a ella y la dejarían en paz. La información, recién confirmada, de que tenía un amante mucho mayor que ella y más bien atractivo apenas tardaría unos segundos en dar la vuelta al instituto; según ella, era probable que ya estuviera en Facebook.

Sí, le habían preguntado quién era él las veces que había ido a recogerla desde que había empezado el curso. Sí, un día ella había dicho que no era su padre. Sí, le había pedido que se sentara en aquel lugar de la terraza expresamente para que aquellas cerdas la vieran con él. No, no esperaba que las chicas se atrevieran a dirigirles la palabra. Y gracias por haberme seguido el juego, eres un tío genial. Un tío genial, refunfuñó Laurent. Y, acto seguido, cuando oyó: De todas formas, esto es superhalagador para ti, dudó entre darle una bofetada o dejarlo correr. Con el fin de pasar una velada agradable, eligió la segunda opción.

¿Qué es todo esto?... Mientras Laurent iba a la cocina para calentar el *pot-au-feu*, Chloé se acercó a la mesa de juego. Es el contenido de un bolso, respondió él antes de volver al salón con ella. Lo encontré por la calle. Este pintalabios rojo me vuelve loca, pero mamá me lo ha prohibido, murmuró Chloé. Y este espejo es precioso. Es un bolso robado, no hay ningún documento de identidad, sólo cosas personales, todo está aquí... Chloé paseaba las manos por los objetos, rozó las llaves, los dados, la revista *Pariscope*, las piedras y luego abrió la libreta roja al azar.

Me gusta que anochezca tarde en verano.

Me gusta abrir los ojos cuando nado debajo del agua.

Me gustan los nombres Trans-Siberian Express y Trans-Orient Express (nunca los cogeré).

Me gusta el té Lapsang Souchong.

Me gustan los caramelos de fresa Tagada.

Me gusta mirar a los hombres cuando se duermen después de hacer el amor.

Me gusta el cartel «MIND THE GAP» del metro de Londres.

Me gustaría encontrarla, la interrumpió Laurent. La única pista que tengo es esto, dijo enseñándole el resguardo de la tintorería, coincide con una de las citas de su agenda: tiene que ir a buscar un vestido de tirantes un día de éstos, pero el nombre del establecimiento no aparece en el tíquet. Laurent había reflexionado mucho sobre la historia del vestido. Se le había ocurrido que debía delimitar un número de tintorerías en un radio de más o menos un kilómetro. La hipótesis era la siguiente: después de robarle el bolso a Laure, el hombre salió corriendo, se alejó varias calles, hurgó en su interior, cogió el monedero con el dinero, la tarjeta de crédito y la documentación, se apoderó también del móvil, quizá incluso de dos o tres cosas de valor, y luego abandonó el continente en un cubo de basura y se alejó. El hecho de que Laurent lo encontrara por la mañana significaba que el robo había

tenido lugar poco antes, o como mucho durante la noche anterior. Partiendo de ese principio, podían establecerse dos hipótesis: o bien Laure estaba de paso en el barrio, o bien vivía allí. En tal caso, debía de ir a una tintorería relativamente cercana a su domicilio, una tintorería donde tal vez la conocieran por su apellido.

Mira bien los objetos, Chloé, tú eres una mujer, intenta ver lo que yo no veo. Quizá haya algo entre todo esto que pueda llevarnos hasta ella. ¿De verdad no se te ocurre nada? Sé su nombre: Laure. En la cocina, la olla a presión comenzaba a silbar. Ahora vuelvo, dijo, y la dejó frente a la mesa de juego. El *pot-au-feu* empezaba a hervir, al cabo de unos minutos podría echar las verduras que había medio preparado la noche anterior: zanahorias, patatas, puerro, nabos, apio y dos huesos. ¡Está dedicado!, gritó Chloé. Mientras sacaba el plato de las verduras de la nevera, Laurent sonrió. Le había hecho descubrir el placer de la lectura desde la más tierna infancia. De *Los cuentos del gato encaramado*, de Marcel Aymé, pasaron a Harry Potter, siguieron con los relatos de Edgar Allan Poe, después leyeron poesía —Baudelaire, Rimbaud, Prévert, Éluard...—, antes de volver a la novela con Proust, Stendhal, Camus, Céline y otros, hasta abordar al fin textos contemporáneos. Si había hecho algo bueno por la educación de su hija, era eso. A veces Chloé incluso hacía descubrimientos sin que él la guiara; llevaba un tiempo, según sus propias palabras, en un «*trip* Mallarmé», cuyos poemas herméticos describía como algo «más fuerte que Bashung». Laurent probó el caldo con la punta del cucharón, añadió un pellizco de sal y echó las verduras. Veinte minutos a fuego suave y alcanzarían su punto de cocción ideal. Abrió una botella de Fixin y, mientras se servía una copa, recibió un sms. Dominique. No había contestado a su mensaje de la víspera, ni al que le había enviado dos días antes. ¿Esta noche, quizá?... , había escrito. Laurent bebió un sorbo de vino. Ceno con mi hija, respondió, y le dio a la tecla de enviar. No recibió ninguna respuesta en los minutos siguientes.

Chloé apareció en el umbral y se apoyó en la pared. Pruébalo, le dijo Laurent alargándole la copa: un borgoña, Fixin, reserva Monseigneur Alexandre de 2009, regalo de un cliente. Chloé removi6 el vino y lo olió, como él le había enseñado; luego bebió un sorbo e hizo un gesto de

aprobación con un imperceptible movimiento de cabeza, exactamente igual que hacía él en los restaurantes. Por los productos de maquillaje, debe de tener cuarenta años, empezó Chloé, por no hablar del bolso Karzia amazona. Una tía de treinta no lo elegiría, y a una mayor ni siquiera se le pasaría por la cabeza. Deja de utilizar ese lenguaje, no estás en el instituto. Continúa, le dijo Laurent antes de dar otro sorbo al vino. Chloé suspiró y después prosiguió: Está muy atada al pasado, el espejo es antiguo, un recuerdo de familia, de su abuela, quizá; el perfume no es habitual, ya nadie lleva Habanita, y escribe cosas sorprendentes en su libreta; tiene una novela dedicada por un autor al que tú veneras... Es tu mujer ideal, concluyó esbozando una sonrisa irónica. Esperaba conseguir algo mejor enseñándotelo, respondió Laurent con cierta frialdad. Vale, replicó ella, no te precipites, lo de la tintorería no está mal, pero puedes hacer algo mucho mejor. Te escucho, comentó Laurent inclinándose sobre el fuego. Tienes que ir a ver a Modiano. Laurent se encogió de hombros. ¿Me oyes? Lo digo en serio, tienes que preguntarle por ella, es el único que la ha visto, seguro que se acuerda. No conozco a Modiano, Chloé, dijo Laurent bajando el fuego de la olla a presión. Conoces a un montón de escritores, vive en tu misma ciudad, tienes que poder localizarlo, ¿no? Creo que vive cerca de los jardines de Luxemburgo, pero no sé su dirección. Pídesela a su editor. Por supuesto que no, Chloé, no me la darían nunca. Pues arréglatelas, porque es a Modiano a quien tienes que encontrar. Chloé cogió la copa de vino de la mesa y tomó otro sorbo. ¿Estás enamorado?, le preguntó tras un silencio. ¿Enamorado? ¿De quién?, contestó Laurent levantando la tapa de la olla. De la mujer de la libreta roja. Claro que no, simplemente quiero devolverle el bolso; trae los platos. Chloé dejó la copa y colocó los platos sobre la encimera. ¿Qué tal con Dominique?, le preguntó con dulzura. Nos hemos distanciado un poco, respondió Laurent, muy sobrio. ¿Ha visto el bolso?, le preguntó Chloé a continuación. ¿Por qué me lo preguntas? Porque si lo ha visto, se habrá acojonado. Laurent la miró con el cucharón suspendido en el aire. Tendrá miedo de que quieras encontrar a esa mujer, rectificó Chloé con tacto, vocalizando cada sílaba. Laurent sirvió el caldo. Hablemos de otra cosa.

Habían transcurrido dos horas. Chloé le había repetido que su *pot-au-feu* era «el mejor del mundo», y el mensaje que le había enviado a Dominique continuaba sin respuesta. Su hija estaba tumbada en el sofá con una camiseta y unos calcetines. Había encendido el televisor y veía un *reality*. Unas urbanitas en busca de unos campesinos con la intención, un tanto dudosa, de seducirlos y quizá acabar compartiendo la vida con ellos. Entre el descubrimiento de ubres de vaca y paseos bucólicos por el campo, aquellas parejas improbables se confesaban sus sentimientos delante de los cámaras y los técnicos de sonido, que no se perdían ni un detalle. A Laurent se le hacía muy extraño que aquellos hombres, que vivían en aldeas remotas donde no se podía pasar en ciclomotor por delante de la ventana de los vecinos sin ser reconocido enseguida, pudieran entregarse a tentativas de ligue tan impúdicas como torpes ante millones de telespectadores. Lo que quería decir... es que en realidad me gustas mucho, aventuraba con timidez un robusto mozo con el pelo a cepillo. ¿Ah, sí?, se sorprendía la mujer, me halagas, Jean-Claude, pero ¿cómo decirlo...? Preferiría que siguiéramos siendo amigos. ¿Y si nos escribimos?, añadía ella con una falsa jovialidad. El agricultor había encajado el golpe. Contemplaba el horizonte de las colinas de Auvernia y en absoluto parecía poseído por una pulsión epistolar. No estás enfadado, ¿verdad?, se remilgaba la mujer con el tono lastimero de una madre que le niega otro pastelito a su hijo. No, claro que no, se enfurruñaba Jean-Claude. ¿Vas a continuar viendo estas tonterías?, suspiró Laurent. Déjame en paz, me encanta, replicó Chloé. Le sonó el móvil, seguro que su amiga Charlène estaba viendo el mismo programa. ¡Tienes razón, sí, sí, se le parece, es él!, exclamó Chloé antes de desternillarse de risa. Laurent se acordó de las conversaciones con Pascal, en la época del instituto, por el teléfono fijo de sus padres. Si había algo que definía el paréntesis de la adolescencia, eran las risas alocadas. Después, uno ya nunca vuelve a reírse así. La conciencia brutal de que el mundo y la vida son completamente absurdos desencadena esos ataques de risa; la misma idea, veinte años más tarde, apenas despierta un suspiro de resignación.

De: lecahierouge@gmail.com
Para: librairie_pageapage@wanadoo.fr
Asunto: Pregunta

Buenos días, Jean:

Una pregunta sencilla: ¿fuiste tú quien me dijo que te cruzas muy a menudo con Modiano por la mañana en los jardines de Luxemburgo?

Laurent

De: librairie_pageapage@wanadoo.fr
Para: lecahierouge@gmail.com
Asunto: re: Pregunta

Hola, Laurent:

Sí, fui yo. Volví a verlo el lunes. Aprovechando que me has escrito, veo en la base de datos que te queda un *Elogio de la belleza*, de Paul Kavanski. Tengo un muy buen cliente que lo quiere para esta tarde. ¿Puedes apartármelo?

De: lecahierouge@gmail.com
Para: librairie_pageapage@wanadoo.fr
Asunto: RE: RE: Pregunta

Te reservo el Kavanski. ¿Podrías decirme a qué hora ves a Modiano y en qué parte del parque?

De: librairie_pageapage@wanadoo.fr
Para: lecahierouge@gmail.com
Asunto: RE: RE: RE: Pregunta

Te envío al cliente, se llama Marc Desgranchamps. ¡Gracias! En cuanto a Modiano, hacia las nueve de la mañana me lo cruzo a menudo delante de la Orangerie. ¿Qué te propones?

Lo que me pregunta es complicado. La verdad es que no me acuerdo... Bueno, sí... de hecho, un poco. Sí... fue hace dos semanas, quizá algo más... detrás del Odéon, llovía, ella me paró por la calle, para pedirme que... le firmara un libro. Lo sacó de su bolso. Parecía un poco tímida, en fin... incómoda, no, no es eso... en fin, se veía que no era algo que hiciera todos los días, y yo tampoco, desde luego. Estábamos los dos un poco así... No sabíamos exactamente... qué decirle al otro... Fue bastante bonito, había una luz anaranjada, por la tormenta, supongo... debía de tener cuarenta años, llevaba una especie de... gabardina negra, tenía el cabello castaño... hasta los hombros... los ojos muy claros, grises quizá... y la tez pálida, era hermosa; llovía... tenía gotas en la cara... y una sonrisa muy bonita, no era demasiado alta, con un lunar a la derecha del labio superior. Llevaba los labios pintados... rojos, por supuesto, un poco coral, y zapatos de tacón alto con presilla. Sin medias... en fin... es lo que recuerdo.

Hubo un silencio. Laurent lo miraba de hito en hito. Sólo un hombre como Patrick Modiano podía advertirte que no guardaba recuerdo alguno de la mujer que se había encontrado por la calle y, un instante después, darte una descripción que envidiarían todos los cuerpos de la policía del país. Gracias, dijo Laurent a media voz. Modiano seguía observándolo con aquella inquietud sorda que jamás abandonaba sus pupilas. Pero, en fin... su tentativa... Esperarme así aquí... ¿Le ha ocurrido algo a esa mujer?

Laurent prefería no reflexionar demasiado sobre su atrevimiento. De hecho, se había tomado tres cafés en el Rostand y un vino caliente para darse ánimos. Era el segundo día que se escondía en los jardines de Luxemburgo, como los ornitólogos apasionados que practican *birdwatching*, es decir, que observan un «pájaro raro» con los prismáticos, sin fotografiarlo siquiera, pues la visión del animal en sí misma constituye el único acontecimiento excepcional y la recompensa por los largos días, incluso las largas semanas de espera. Para Laurent, el pájaro raro era el premio Goncourt de 1978. El día antes, Modiano no había aparecido por el parque y Laurent había regresado a su distrito a las nueve y media. Aquella mañana se había despertado de madrugada y llevaba de plantón cerca de la

Orangerie desde las siete cuando la larga silueta apareció al cabo de la alameda. Laurent se había levantado del banco, experimentando la exaltación de los apasionados que al fin pueden observar el rarísimo carricero picudo. A decir verdad, fue una sensación incluso más intensa: como si acabara de distinguir un espécimen del mítico dodo, extinguido desde finales del siglo XVIII.

El autor de *Villa triste* deambulaba con las manos en los bolsillos de su impermeable, con la vista aparentemente fija en un punto mucho más allá del horizonte del parque. Se levantó un vientecillo que le alborotó el pelo entre gris y blanco. Laurent aferró con fuerza su ejemplar de *Accidente nocturno* y empezó a aproximarse al escritor. No se le ocurría ninguna frase inteligente para detener la marcha en línea recta de Modiano. Me conformo con retener su mirada, pensó cuando los ojos del escritor se encontraron con los suyos. Laurent le dirigió una sonrisa y Modiano se la devolvió arqueando fugazmente los labios. En aquel instante, las palabras le salieron solas: Buenos días, disculpe, empezó Laurent, mientras Modiano daba un paso atrás de manera imperceptible, como los animales mansos que de repente se asustan cuando intentas acariciarlos y se disponen a huir. Laurent le mostró su ejemplar de *Accidente nocturno* como si se tratara de una placa policial, justo delante de él. No tema, dijo, sólo quiero hacerle una pregunta; me llamo Laurent Letellier, soy librero, pero no tiene nada que ver con mi trabajo. Es que estoy buscando a alguien. Patrick Modiano se alisó el cuello del impermeable y miró a Laurent un tanto desconcertado. Sí... Usted dirá... Le escucho.

Con el corazón palpitante, Laurent le contó la historia del bolso que había encontrado. Ah, sí... un bolso de mujer... Abandonado... de ese modo... La angustia parecía teñir la cara de Modiano, como si aquella historia fuera a perturbarlo hasta el punto de impedirle conciliar el sueño por la noche. Con sus pesquisas de aficionado, Laurent había trastornado la mañana de uno de los más grandes escritores vivos, por lo que se disculpó varias veces mientras cobraba conciencia, a cada segundo que pasaba, de lo absurdo de su tentativa. Hasta que, cuando ya estaba deseando desaparecer, Modiano prosiguió: Lo que me pregunta es complicado. La verdad es que no me acuerdo... Bueno, sí... de hecho, un poco. Caminaban uno al lado

del otro. Sí... habría que... encontrarla, para devolverle el bolso, así... se cerraría el círculo, dijo el autor, pensando en voz alta. Comentaron algunas banalidades sobre el tiempo y el cuidado del parque en invierno. Bueno, me temo que no lo he ayudado demasiado... Claro que sí, me ha ayudado mucho, le dijo Laurent, y gracias, gracias por todos sus libros. Gracias, susurró Modiano mirándolo, y... que tenga suerte con sus pesquisas. Se estrecharon la mano. El escritor añadió, seguramente por pura amabilidad, que tal vez iría algún día por la librería si le iba de paso. Laurent lo observó alejarse, hubo otra ventada, los faldones del impermeable de Modiano se inflaron con un movimiento armonioso, y luego desapareció por la esquina, como absorbido por la verja del parque.

Lo había conseguido. Había superado el reto de su hija. Y llevado por el entusiasmo del momento, Laurent decidió hacer también la ronda de las tintorerías. Era jueves y el vestido de tirantes estaría listo. De vuelta a Le Cahier Rouge, anunció a Maryse y a Damien que se ausentaría unas horas. Encontró nueve tintorerías en un radio aproximado de un kilómetro, imprimió el mapa del distrito de Google Maps, en el que cada establecimiento aparecía convenientemente marcado con una crucecita, y salió a la caza. Algunos trayectos en metro, otros a pie y el juego de pistas estaría resuelto antes de mediodía.

Adelantándose a lo previsto, a las once en punto caminaba por la calle sosteniendo con cuidado una percha sobre la que flotaba al viento un vestido blanco envuelto en el plástico translúcido de la tintorería Aphrodite, «el cuidado de su ropa es cosa nuestra». Había estado en seis tintorerías. En las cuatro primeras le habían dicho que el resguardo no era suyo; en la quinta le habían entregado siete corbatas Hermès planchadas. Aunque la célebre firma fuera sin lugar a dudas una de las joyas de la corona de la peletería, según Laurent, se obstinaba siempre en producir las corbatas más feas del mundo: motivos de zorros, caracoles, caballos y perritos se extendían ante sus ojos sobre un fondo de seda amarillo mostaza o azul. No obstante, el número de resguardo 0765 correspondía al de las corbatas. El malentendido no se deshizo hasta que el propietario comprendió que el papel no procedía de su establecimiento. La señora de la sexta tintorería cogió el resguardo, le entregó el vestido de tirantes sin hacer ningún comentario y le pidió doce euros. La respuesta a la pregunta que a Laurent le quemaba la lengua fue tan simple como decepcionante: No, no se acordaba de la persona que les había llevado aquel vestido. Lo sentía.

Un nombre y, desde hacía poco, un rostro: cabello castaño hasta los hombros, tez pálida, ojos muy claros, grises quizá, una sonrisa muy bonita, no demasiado alta y con un lunar a la derecha del labio superior. Pero seguía sin saber su apellido, nada. Aunque el encuentro con Modiano lo hubiera reactivado y se enorgulleciera de haber salido airoso de la «Operación Tintorería», Laurent tenía que reconocer que ya había jugado

todas sus cartas. De vuelta en su piso, colgó el vestido en la puerta de la biblioteca, se apartó y luego se acercó de nuevo a él y lo descolgó para ponerlo a su lado. Midiendo a ojo la estatura de Laure, lo colocó por debajo de su hombro. La puerta acristalada de la biblioteca le devolvía su reflejo, como un daguerrotipo de antaño en el que la cara y el cuerpo de la mujer se hubieran borrado con el paso del tiempo y únicamente se hubiera conservado la imagen de su vestido. El hombre seguía allí; un hombre y su mujer fantasma. A través del cristal se veían todos los lomos de las novelas que coleccionaba Laurent, libros en rústica antiguos, ediciones originales, obras completas de La Pléyade y novelas dedicadas por los autores que habían ido a firmar a Le Cahier Rouge. Aunque tuviera libros en otros lugares del piso, la biblioteca atesoraba los que más apreciaba. Incluso se cuidaba de no poner juntos a autores que no se entendían. Así, Céline no podía estar al lado de Sartre, ni Houellebecq al lado de Robbe-Grillet. Aquella imagen de sí mismo, posando de pie junto a un vestido vacío, le recordó un título de John Irving: *La novia imaginaria*. El libro no contaba la historia de un librero que encuentra el bolso de una mujer desconocida, sino los recuerdos de la época de estudiante de Irving, sus primeros cursos de literatura y su descubrimiento de la lucha grecorromana. Volvió a colgar el vestido y regresó a la mesa de juego. Las piedrecitas, el espejo, el neceser con el maquillaje, el llavero con jeroglíficos, la revista *Pariscope*, la pequeña libreta de pensamientos, el libro de bolsillo de Modiano, el bolígrafo Montblanc, la pinza para el pelo con la flor azul, la receta de arroz con ternera y la bolsita de caramelos de regaliz. Cogió uno. No lo conseguiría. Las pesquisas terminaban ahí. Sin su apellido, la cosa no llegaría a buen puerto. La idea de tener que guardar todos los objetos uno a uno en el bolso para llevarlo a la rue des Morillons le resultaba tan odiosa como tener que dejar a un animal de compañía en la protectora con el pretexto de que ya no podía cuidarlo. De pronto, Laurent se sintió profundamente abatido. Incluso se planteó la posibilidad de que las posesiones de Laure se quedaran para siempre sobre la mesa, en el salón, a la manera de esos bibelots —recuerdos de familia o de viajes—, que van criando polvo y acaban confundiéndose con la decoración de una casa.

Apagó la luz y bajó de nuevo a Le Cahier Rouge. En la oscuridad, el vestido blanco era una mancha casi fosforescente.

Era una mala idea. Una idea que sólo se le podía ocurrir a Dominique: volver a verse estando con otra gente, en lugar de ir a cenar ellos dos, a solas, y así poder hablar, darse explicaciones y aclarar la historia del bolso y de la pinza para el pelo. Un encuentro neutro en un terreno neutro, eso era lo que había previsto ella. En un bar de vinos, Le Chantemuse, que acababa de abrir una pareja de diseñadores gráficos que se habían reciclado como restauradores. Serían siete comensales: un matrimonio de periodistas, casados por segunda vez, que iban a celebrar sus bodas de madera, es decir, cinco años; un arquitecto; un secretario de Estado; una agregada de prensa, y ellos dos. Cuando Laurent llegó, ya estaban todos sentados a una mesa al fondo del establecimiento, delante de un cóctel de champán verde que resultó ser champán con sirope de albahaca. Le dio un beso fugaz en los labios, saludó al resto de los comensales y se sentó delante de ella. Dominique parecía contenta de volver a verlo. Estamos esperando a Pierre, pero no lo entiendo, no contesta al móvil, anunció el secretario de Estado con el aire contrariado de un hombre que gestiona muchos asuntos y a quien no le gustan los imprevistos. Dominique sugirió que tal vez se hubiera cancelado su vuelo, ya que Pierre volvía de Madrid; la mujer de las bodas de madera deseó en voz alta que no se hubiera producido un accidente; la agregada de prensa se inclinó más bien por una confusión de fechas en su agenda, y Laurent, entonces, se sumó a los demás para brindar por las bodas de madera de aquella pareja a la que no conocía. El arquitecto no se presentó y su silla permaneció vacía durante toda la cena. Laurent se dijo que el tipo habría preferido quedarse en Madrid e ir de tapas con alguna bailaora, pero decidió no compartir su hipótesis con los demás. La conversación giró en torno a las exposiciones del momento y la política. De vez en cuando, sus ojos se encontraban con los de Dominique. Se quedaban así, suspendidos en las pupilas del otro, sin decir palabra, y a continuación volvían la cabeza de nuevo. La complicidad que mostraban en aquellas miradas fugaces parecía más fingida que real; era muy distinta del cruce de miradas que habían intercambiado durante la sesión de firmas en Le Cahier Rouge, cuando se confesaron, casi por telepatía, que nada iba a impedir que

acabaran aquella noche juntos. Eso había ocurrido hacía poco más de un año (bodas de algodón, precisó la pareja de las bodas de madera). ¿Celebrarían las siguientes bodas? A medida que transcurría la cena, Laurent albergaba cada vez más dudas al respecto. Existen amores efímeros, destinados a morir desde el comienzo y en un plazo muy breve, aunque en general no se cobre conciencia de ello hasta el momento en que se acaban.

Después del entrante, un tartar de salmón ecológico con frutos rojos de comercio justo, tomaron unos filetes de pollo al vapor con verduras, todo ecológico, acompañados de una salsa especiada de una antigua receta peruana procedente de un viaje realizado por uno de los dos diseñadores gráficos convertidos en restauradores. Todo muy en consonancia con la época, muy moderno, muy *bobo*. Mientras Dominique hablaba de un extenso reportaje sobre la crisis que estaba preparando para la sección de economía de *Le Monde*, Laurent se puso a soñar con los Relais & Châteaux de provincias en cuyos comedores con chimeneas crepitantes te desean un «buen provecho» a cada plato. ¿Qué ha sido de tu bonito bolso? La pregunta de Dominique había llenado involuntariamente un silencio en la conversación y Laurent tuvo que contar la historia del bolso a los demás comensales. A mí me encantaría que algún hombre me buscara así, declaró la agregada de prensa antes de vaciar su tercera copa de vino, quizá la cosa acabaría con un bonito encuentro secreto. Me aburro tanto, entre Marc y los niños... El comentario creó cierta incomodidad en el grupo. ¿Qué?, prosiguió ella, es la verdad, después de veintidós años de matrimonio, te aburres como una ostra; lo siento, pero es así. Dominique le pidió a su vecino de mesa, el secretario de Estado, que tuviera la bondad de servirle más vino; Laurent alargó el brazo hacia la botella, pero el otro fue más rápido. ¿Jean Echenoz ha firmado alguna vez en tu librería?, se interesó de repente la mujer de las bodas de madera. Sí, contestó Laurent, con *Ravel*. ¿Cómo se titulaba la novela con la que ganó el Goncourt? *Me voy*, respondió Laurent. Dominique me ha dicho que también conoces a Amélie Nothomb. Sí, conozco a Amélie. La agregada de prensa le preguntó si aquella historia que contaba la escritora desde hacía años, que comía fruta podrida, era cierta. A Laurent no se le ocurrió qué contestar. Nunca había

hablado de asuntos de despensa con Amélie Nothomb. Entonces dejaron de hacerle preguntas y la conversación tomó otros derroteros, orientándose hacia la pareja, la familia y los hijos. Las voces de los comensales se iban entremezclando las unas con las otras hasta confundirse en un guirigay que Laurent ya no escuchaba. Su mirada se posó en la silla vacía del arquitecto. Se sirvió más vino y esbozó una sonrisa sin apartar los ojos del lugar vacante. Le daba la sensación de que, si se concentraba un poco, una silueta se dibujaba en el aire. Sí, a medida que iba vaciando la copa, la figura se volvía más precisa. Por obra y gracia de su imaginación, otra persona estaba sentada a la mesa. Él era el único que la veía; tenía el cabello castaño hasta los hombros, la tez pálida, los ojos muy claros, un lunar a la derecha del labio superior y los labios pintados de rojo, tirando a coral. Ella se aburría tanto como él en aquella cena y, de pronto, no cabía duda alguna, le sonreía. Nadie se daba cuenta, su complicidad era absoluta. Si se concentraba un poco más, la vería levantarse y acercarse a él, para susurrarle al oído: Venga, Laurent, nos vamos.

¿Vienes? Laurent se volvió hacia Dominique. Voy a fumar un cigarrillo, ¿me acompañas? El frío del exterior se apoderó de él mientras Dominique encendía un cigarro protegiéndose del viento. Expulsó la primera bocanada. Creo que lo nuestro ya no funciona, dijo tras un silencio. Yo también lo creo, asintió Laurent con sobriedad. Creo que estás con otra. Laurent no replicó. Llevas toda la noche pensando en ella, se nota... Creo que nuestros caminos se separan aquí. Tendría que escribir una lista de «creo», pensó Laurent. Dominique se acercó a él y le pasó la mano por el pelo con una sonrisa desengañada. Que te vaya muy bien, Laurent. No me llames nunca más, añadió glacial. Luego tiró el cigarrillo apenas consumido y entró en el restaurante. Aquello había terminado. ¿Cómo puede uno desaparecer tan fácilmente de la vida de alguien? Quizá con la misma facilidad, a fin de cuentas, con la que se entra en ella. Un hecho azaroso, un breve intercambio de palabras y empezaba una relación. Un hecho azaroso, un breve intercambio de palabras y terminaba esa misma relación.

Laurent entró unos instantes más tarde, a pesar del intenso deseo que sentía de pagar su parte sin más y marcharse. ¿Cuántas cosas nos sentimos obligados a hacer por principios, por conveniencia o por educación, cosas

que nos pesan y no cambian en absoluto el curso de los acontecimientos? Dominique ya no lo miraba. Estaba enfrascada en una acalorada conversación con el secretario de Estado, que le sonreía. Laurent se preguntó si tenía ante sus ojos a su sustituto. Esperó un cuarto de hora que se le hizo eterno, sin que nadie le dirigiera la palabra; no cabía duda, el secretario de Estado progresaba y, con su sonrisa zalamera, Dominique respondía claramente a sus acometidas. El título de la novela con la que Jean Echenoz ganó el Goncourt era una invitación a la que ya no tenía sentido resistirse. Laurent se levantó y dijo: Me voy. Mientras se alejaba hacia la caja, oyó decir a Dominique: No le hagáis caso. Ése también sería un buen título.

Frédéric Pichier llegó a las siete en punto a la librería, donde ya lo esperaban los lectores. Se quitó la bufanda y el plumífero, estrechó la mano de cada miembro del equipo, contestó que estaba «verdaderamente emocionado» por los cumplidos de Laurent sobre su libro y después se dejó conducir hasta la mesita que le habían preparado. Se instaló detrás de unas pilas de *El cielo como armazón* y de algunos de sus libros anteriores. Maryse le llevó un vaso de vino caliente y unas pastitas. Había más de cuarenta personas en la librería y seguía entrando gente. Laurent fue a sentarse al lado de Pichier, sonrió al público, cosa que acalló al instante el ligero bullicio que reinaba en la sala, y luego agradeció al autor que hubiera tenido la inmensa amabilidad de aceptar la invitación de Le Cahier Rouge, y a los clientes, que hubieran acudido pese al frío, y pasó a presentar a Frédéric Pichier: su obra, su vida y su última novela. Acto seguido, el escritor contestó a las preguntas de su anfitrión, que había tomado notas del texto con esmero. La presentación terminó con aplausos y Laurent dejó a Pichier con sus lectores. Damien repartía vasos de vino caliente y los clientes se pusieron con docilidad en fila india delante de la mesita del escritor. Laurent cogió un vaso y se acercó a Maryse. Qué bien, hay muchísima gente..., le susurró. Y siguen llegando, contestó ella, volviéndose hacia la puerta. ¿No va a venir Dominique? Dominique no vendrá más, Maryse, respondió Laurent, mirando la canela en rama que flotaba en su vino. Lo siento, Laurent, no debería habértelo preguntado. Claro que sí, no te preocupes, de verdad, le dijo tomándole la mano. Estoy con otra mujer, añadió, y un segundo después se preguntó por qué había dicho aquello.

Pichier escuchaba con una sonrisa los cumplidos de una lectora llamada Françoise, y respondía a las preguntas habituales: ¿Cómo se le ocurrió la idea? ¿Cuánto tiempo tardó en escribir el libro? Debe de haberse documentado muchísimo. Mientras pulía la dedicatoria, «Para Françoise, mi lectora...», ella le hizo la pregunta de rigor: ¿Está trabajando en su próxima novela? Sí, sí, estoy en ello... contestó Pichier, lacónico.

De hecho, llevaba dos meses y medio estancado en una intriga que él mismo calificaba de «mierdosa» ante sus allegados y que se había guardado de contar a su editor. La historia de una joven criada en torno a 1900. Un gran fresco que mezclaba el mundo rural y la alta burguesía parisina. La pureza de los sentimientos frente a la élite un tanto corrompida de la Belle Époque. Se había atascado en la página cuarenta: Marie, la joven sirvienta, tenía un romance con un aprendiz de carnicero brutal pero romántico, mientras que el hijo de la familia, un esteta tímido que coleccionaba coleópteros, fantaseaba con ella en secreto. A veces, en algún momento de vértigo, Pichier se decía que iba a engendrar un monstruo, que sería el primero en cruzar a Joris-Karl Huysmans con Marc Levy. Algunas tardes se sentía tentado de que su personaje femenino acabara en manos de algún descuartizador del mercado de Les Halles. En cuanto al joven doncel de buena familia, la idea de mandarlo con los trapenses de por vida se le había pasado por la cabeza más de una vez. Embarrancado en su relato, en ocasiones, tras escribir apenas tres páginas, se pasaba el resto del día delante de la pantalla del ordenador navegando por internet, especialmente por eBay, en busca de objetos que, por supuesto, era imposible encontrar allí. Además, tecleaba, como todos sus colegas, su apellido y el título de sus novelas para escudriñar las reseñas publicadas en blogs y webs de literatura, sonriendo ante una buena crítica y echando pestes contra las mediocres que acababan con un insultante «esta novela no me dejará un recuerdo imborrable». Algunas veces, oculto bajo algún seudónimo, las escribía él mismo en Fnac.com o en Amazon.com, se echaba flores y celebraba el inmenso talento de Frédéric Pichier. Hacía poco incluso se había aventurado a escribir en Babelio.com, bajo la identidad de «Mitsi», «Pichier, ¿un futuro premio Goncourt?». Como numerosos escritores, Pichier tenía otro trabajo. Era profesor de literatura francesa de bachillerato en un instituto del extrarradio, el Pablo Neruda, que lindaba con el parvulario Robespierre. Tras veintiún años en la enseñanza, había comenzado a sufrir cierto desgaste. Un desgaste nervioso. Alentado por su editor y sus más allegados, Pichier se había tomado «un año sabático» con el fin de dedicarse por completo a la escritura. Desde que estaba bloqueado con el texto, solo y todo el día en casa, se arrepentía de aquella decisión que lo había privado de

sus alumnos. Por muy revoltosos, astutos y retorcidos que fueran, y a pesar de su incultura a veces abismal, debía reconocer que sus jornadas con ellos estaban infinitamente más llenas de vida que las que pasaba delante de la pantalla. La concepción que sus alumnos tenían de la literatura era a menudo desconcertante. Para ellos, la marquesa de Merteuil era una especie de «tigresa madurita», y Valmont, un «tío megaguay». Durante un mes, habían ido avanzando en la lectura del texto como si fuera una serie de televisión; Pichier lo había dividido en varias partes: primera temporada, segunda temporada... Ya el propio título de *Las amistades peligrosas* les había encantado. Sonaba moderno, con un toque de sexo y subversión, todo lo necesario para despertar la curiosidad de los alumnos. A su manera, habían comprendido el pensamiento del autor del siglo XVIII. Para la mayoría de los chicos, *Madame Bovary* no era más que un «palo» de historia con una «tía que se come la cabeza». Las chicas, por su parte, comprendían mucho mejor los tormentos de Emma. En cuanto al universo minero de *Germinal*, a toda la clase le parecía pura ciencia ficción. *Un amor de Swann*, con aquel final («¡Y pensar que he desperdiciado años de mi vida, he querido morir y he sentido el más alto amor por una mujer que no me gustaba, que no era mi tipo!»), despertaba más interés. Algunos chicos llegaban a tender un puente entre las reflexiones de Proust y la experiencia de sus propios desengaños sentimentales: Finalmente, el protagonista se cuelga de una tía cañón que no está hecha para él. Al final se da cuenta, lo que le hace recapacitar mucho sobre sí mismo y su vida, resumió con brillantez Hugo: 7/10, buena comprensión del texto, pero análisis poco elaborado. Y cuidado con la ortografía, Hugo. Algunos alumnos, en su mayoría chicas, habían leído *El cielo como armazón*. La pequeña Djamilia incluso le pidió que se lo dedicara y le planteó preguntas muy pertinentes sobre la estructura del libro, cosa que lo conmovió y al mismo tiempo lo llenó de optimismo.

El autor firmaba y sonreía con amabilidad a sus lectores mientras iba encadenando vasos de vino caliente. Laurent se acercó a él. ¿Todo bien? Muy bien, muy bien, le dijo Pichier. Ya lleva treinta ejemplares..., le susurró Laurent, y Pichier asintió con la cabeza. Hola, le dijo a otra lectora que se aproximaba. Hola... Nathalie, añadió con una sonrisa cómplice,

clavándole la mirada en el escote. ¿Cómo sabe mi nombre?, exclamó su interlocutora. Pichier esbozó una sonrisa, complacido por la impresión que le había causado. Lo lleva usted alrededor del cuello, dijo entornando los ojos. La mujer se llevó la mano a una placa dorada: ¿Sabe leer jeroglíficos?, le preguntó con admiración. Escribí *Las lágrimas de la arena*, contestó Pichier poniendo la mano sobre uno de los ejemplares, donde hablo mucho de Egipto. Aprendí cuando me documentaba para la historia. Ahora vuelvo, dijo bruscamente Laurent, y se abrió paso entre los clientes hasta la puerta interior de la librería, que daba al vestíbulo del edificio. Subió los escalones de cuatro en cuatro hasta su piso, abrió la puerta, encendió la luz, fue hasta la mesa de juego, agarró el manajo de llaves y miró jadeante la placa con los jeroglíficos. De repente comprendió que jamás había sido un llavero, sino un colgante, parecido al de la clienta, sólo que su propietaria lo había fijado a la anilla de las llaves. Volvió a salir dando un portazo y bajó a toda prisa la escalera.

La lectora le había pedido que le dedicara los dos libros: *Las lágrimas de la arena*, para su marido, y el último, para ella. Pichier repasaba la dedicatoria cuando Laurent se abrió paso hasta él. Tuvo que esperar a que la clienta le contara una pintoresca anécdota familiar que había vivido su bisabuela durante la Primera Guerra Mundial y que se parecía mucho a un suceso narrado en la novela. Al fin se despidió del autor y Laurent se deslizó entre dos clientes. Permítame que le moleste un instante, le dijo a Pichier. ¿Podría usted leer esto? Y colocó el manajo de llaves sobre la cubierta de una de sus obras. Pichier lo cogió, se ajustó las gafas y examinó detenidamente los signos egipcios. Sí..., susurró. Laure...

A continuación le dio la vuelta a la placa. Va... Vala... Valadier.

Laure Valadier.

«El silencio es oro.» La frase inscrita sobre la entrada del taller por el propio Alfred Gardhier (1878-1949) había adquirido para William una resonancia especial. Habían pasado cuatro días y Laure seguía sin despertar. Por mucho que el doctor Baulieu lo hubiera tranquilizado —el escáner de dos días antes no revelaba nada particular—, aquel coma que se prolongaba no presagiaba nada bueno. Levantó la lámina de oro con el cuchillo, la colocó sobre la almohadilla de gamuza fina, sopló con suavidad y la lámina se extendió formando un rectángulo perfecto. Con el filo del cuchillo la separó en dos, se pasó el pincel plano de pelo de marta por la mejilla y atrapó la primera mitad de la fina lámina con un gesto ágil; la electricidad estática hizo que se posara sobre la capa de bol arménico humedecido con agua que recubría la madera. La aplicó con un solo movimiento de muñeca. En una fracción de segundo, el pan de oro se fundió con las partes macizas y huecas de la madera, y se unió a las otras setenta y cinco láminas de oro que había ido colocando desde por la mañana. Dos más y la restauración del espejo ornamentado con el escudo de armas de los condes de Rivaille estaría casi terminada. Después tendría que pulir la superficie con piedra de ágata hasta que el oro brillara con un fulgor semejante al del pasado.

Desde hacía cuatro días, el lugar de Laure en el taller estaba vacío. Cuando no la vio llegar el jueves por la mañana, William supo que algo no iba bien. A las once le dejó un mensaje. A mediodía, otro. A la una la llamó al teléfono fijo. Al volver del almuerzo, en el que la ausencia de Laure había sido el principal tema de conversación con Agathe, Pierre, François, Jeanne y Amandine —los otros compañeros—, acordó con Sébastien Gardhier —cuarta generación en el taller— que lo mejor sería ir a su casa. Soy William otra vez, acabo de salir del taller, pasaré por casa a recoger las llaves de *Belphégor* e iré a la tuya fue el último mensaje que le dejó en el móvil. Así llamaban entre ellos a la copia de las llaves de su piso, que William sólo utilizaba para ir a dar de comer al gato cuando ella se marchaba.

Tras llamar al timbre dos veces sin obtener respuesta, decidió entrar. Al entreabrir la puerta, el felino se escabulló y salió al rellano, como de

costumbre. Miró a William, arqueó el lomo y empezó a desplazarse de lado, con las orejas gachas. «Se pone así cuando tiene miedo, es una posición de ataque.» Se acordó de las palabras de Laure; si el gato tenía miedo, era porque había ocurrido algo. ¿Laure?, llamó, ¿estás aquí? En cuanto puso un pie en el recibidor, experimentó una clara sensación de *déjà-vu*. La escena se superpuso a otra, de repente se acordó de aquella tarde en la que había entrado en casa de su abuela con su copia de las llaves, cuando ella debería haber oído el timbre. Aquella tarde, diez años atrás, en que su abuela no había respondido cuando él le había preguntado, como en ese momento, si estaba allí. Aquella tarde en que fue abriendo las puertas de las habitaciones vacías, hasta llegar a la de la cocina, donde la encontró echada, con la cabeza contra las baldosas. Sin vida. ¡¿Laure?!, gritó al tiempo que abría la puerta de su dormitorio; después abrió la del despacho, la del baño, la del aseo y, por último, la de la cocina, al fondo del pasillo. Esta vez, el piso estaba desierto y William se sentó en el sofá del salón. Recobró el aliento, padecía asma y el insidioso silbido acababa de aparecer otra vez en sus bronquios, acompañado del clásico picor en la espalda. Sacó del bolsillo el Ventolin e inspiró dos dosis. *Belphégor* se deslizó entre sus piernas y lo acarició con la cola. ¿Dónde está Laure, lo sabes?, le preguntó William. Pero el gato permaneció en silencio.

Tras acariciar al animal y comprobar que a priori no había nada extraño en el piso, William llamó una última vez al móvil de Laure, pero volvió a saltar el contestador. Dejó un mensaje breve y, acto seguido, cerró la puerta y bajó por la escalera. Nada fuera de lo normal, desde luego, pero algo había sucedido, algo lo bastante importante como para que Laure no se presentara al trabajo por la mañana ni cogiera el teléfono. Si por la noche no tenía noticias suyas, llamaría a la policía. En el vestíbulo del edificio, alguien había deslizado un sobre blanco por debajo de la puerta principal. Ese sobre no estaba allí cuando había entrado poco antes, de eso estaba seguro; se inclinó y leyó la fina caligrafía: Señorita Laure Valadier y allegados.

*Hotel Paris Bellevue ***p*

Estimado señor/a:

Estamos a su disposición para proporcionarle información respecto a nuestra clienta Laure Valadier, que se alojó en nuestro establecimiento la noche del 16 de enero y se desmayó. Le agradecemos de antemano que se ponga en contacto con la recepción del hotel.

Saludos cordiales,

La dirección

Aquella tarde le permitieron verla desde detrás de un cristal. Estaba tumbada en una habitación con otros pacientes. Su vecino permanecía conectado a un respirador artificial. Laure parecía dormir, con una simple perfusión en el brazo. Al día siguiente regresó y pudo sentarse a su lado. Tenía la cara relajada y los párpados cerrados. Respiraba de forma imperceptible, a intervalos regulares. Una tenue luz eléctrica bañaba la silenciosa estancia. De hecho, había seis camas con mujeres y hombres acostados, todos ellos sumidos en ese sueño profundísimo que se cuenta por días, semanas o años, un sueño en el que, tal vez, la vida acabará apagándose, dejando a los más allegados con un enigma: ¿estaba consciente en el instante en que murió o ya hacía tiempo que se había marchado? Sólo el respirador artificial del vecino emitía un sonido repetido de bomba suave, como si fuera una máquina con vida propia que jamás se detendría. La especie humana se apagaría, los cuerpos se convertirían en polvo, pero aquella bomba continuaría su movimiento perpetuo, subiendo y bajando ligeramente durante toda la eternidad. Soy William, acabó diciendo a media voz, estoy aquí. Parece que la gente que está en coma oye, no sé si es verdad. No sufras, que yo me ocupo de *Belphégor*. Se come el pienso Virbac de pato. Hoy Amandine y Pierre han retomado tu trabajo, van a terminar tu restauración de la Virgen. Posó la mano encima de la de ella. Laure no reaccionó. Tengo que ir tres días a Berlín, el fin de semana, por el techo del alemán, Schmidt o Schmirt, o como se llame, ¿te acuerdas?, es por las molduras doradas de su techo. «Me dan miedo las tormentas.» Encontraré una solución para el gato. Sí, la encontraré, no te preocupes. «Me dan miedo los zoos. Me dan miedo porque los animales están en jaulas.» Tienes que despertarte. Tienes que volver, Laure. «Me da miedo ir en barco.» Todo esto por un bolso. Ya te dije que no te lo compraras, era demasiado bonito.

Me da miedo cuando no entiendo las cosas. No entiendo por qué estoy aquí.

Me da miedo cuando no sé dónde estoy, y ahora no sé dónde estoy. No sé «cuándo» soy.

Me da miedo cuando William me habla y no puedo contestarle.

Los días se sucedieron entre la visita diaria a Laure por la mañana y a *Belphégor* por la tarde. El doctor Baulieu lo recibió. Su hermana... ¿De verdad es su hermana? El médico llevaba el pelo blanco peinado hacia atrás y tenía la cara más bien redonda y los ojos a la vez dulces y risueños. Seguramente hacía falta una buena dosis de desapego y a veces de sentido del humor para pasar el día en semejante servicio, pensó William. ¿Usted qué cree?, le respondió con una sonrisa triste. Yo creo que... no, usted no es su hermano, dijo el médico con una sonrisa cómplice, pero da igual, la cuestión es que está aquí, hace bien viniendo y es mi único interlocutor. William respondió lo mejor que pudo a las preguntas sobre Laure. Sí, él era su único interlocutor, Laure había perdido a su marido, Laure había perdido a sus padres, Laure no tenía hijos, sólo una hermana que vivía lejos, en Moscú, y de la que apenas recibía noticias una o dos veces al año. Pero tiene amigos, matizó William. Como usted, lo interrumpió el médico, que es el mejor, el único que está aquí, añadió. Tiene que hablarle cuando venga, es importante que lo haga, lo oyen. Ya lo hago. Eso está bien, aprobó el médico. Bueno, iré al grano: es un coma de bajo grado, debido al impacto en el cráneo y al hematoma cerebral que se produjo durante la noche. Les ocurre a veces a quienes sufren accidentes de coche; vuelven a casa un poco aturridos y se desploman una hora después. Hoy todo está en orden. No observo signos preocupantes, creo que debería despertarse dentro de dos o cuatro días. Fue un atraco, dijo tras consultar la nota que había colocada sobre su mesa. Le robaron el bolso y debió de defenderse, supongo, contestó William. El médico asintió con la cabeza al tiempo que suspiraba, todo esto por un puñado de euros, y aún he visto casos peores, susurró. A continuación, William respondió a una serie de preguntas sobre Laure: ¿Tenía conocimiento de que se hubiera sometido a alguna operación? ¿Algún tratamiento médico regular? ¿Accidentes anteriores? ¿Alguna adicción particular, alcohol o drogas? También haría falta, en la medida de lo posible, que consiguiera su número de la Seguridad Social y algunos otros datos administrativos. William asintió; sí, podría encontrarlo todo, el taller le proporcionaría los documentos. ¿Profesión?, preguntó el médico.

Doradora. El doctor Baulieu levantó la mirada hacia él. Pan de oro, precisó, sobre madera, metal o yeso, un cuadro antiguo como el de la cúpula de los Inválidos. Trabajan juntos, supongo. Supone bien, murmuró William. Es un oficio muy bonito; ¿cuántas láminas de oro hay en la cúpula de los Inválidos?, preguntó el médico sin alzar la vista de las notas que tomaba. Quinientas cincuenta y cinco mil.

William paseaba la mirada por el consultorio. Como de costumbre, había algunos «objetos personales» que habían sido elegidos por el médico, no se sabía muy bien por qué razón, para acompañarlo en su consulta. Objetos a menudo neutros, siempre con connotaciones vagamente artísticas: pisapapeles, estatuillas, tinteros antiguos, morteros... William se detuvo ante una cabeza de mármol blanco con un pedestal colocada sobre la mesa. Tiene usted una cabeza cicládica en el escritorio. Sí, dijo Baulieu sin dejar de escribir. ¿Está relacionada con su profesión? Cuénteme, dijo el médico con suavidad. No tiene ojos porque sus pacientes ya no ven, ni boca porque no pueden hablar, sólo nariz, para respirar. El médico levantó la vista hacia William antes de pasar la mano por el mármol. Cuatro mil años de silencio, musitó. Vamos a devolverle a su amiga, no se preocupe en exceso. Descanse un poco usted también, parece agotado, le dijo Baulieu antes de acompañarlo hasta la puerta.

Pienso para *Belphégor* y un vaso de Martini negro para él. William guardaba silencio en la cocina. Al día siguiente, por la mañana, se iba a Berlín y aún no había encontrado sustituto para dar de comer al gato. Nadie en quien confiara lo suficiente como para dejarle las llaves y, sobre todo, para que cuidara del animal. Ninguno de sus compañeros de trabajo se tomaría la molestia de atravesar París para ir a alimentar a *Belphégor*. Dejaría varios cuencos llenos en distintos lugares del piso. El gato se los iría comiendo durante su ausencia. Según Laure, no había que hacer eso, pues el animal lo engulliría todo de golpe y luego vomitaría. Pero esta vez no le quedaba otra opción. Después de beberse otro vaso de Martini, puso los cuencos sobre la encimera y, cuando ya se disponía a prepararlos, bajo la atenta mirada de *Belphégor*, sonó el timbre.

Pelo castaño. Vaqueros y mocasines negros. Camisa blanca. Abrigo oscuro y bufanda azul. El hombre lo miraba, a todas luces sorprendido. Hola..., dijo William. Hola..., respondió Laurent. Hubo un silencio y a continuación Laurent se lanzó con prudencia: Venía a ver a Laure... Laure Valadier. El gato salió al rellano y fue a su encuentro. Laurent se inclinó, hola, *Belphégor*, dijo con una sonrisa, acompañando el saludo con una caricia. El gato se dio la vuelta con agilidad y lo rozó con la punta de la cola. ¿Es usted amigo de Laure? Laurent observó a William. No exactamente un amigo, cómo decirlo..., suspiró incómodo. Se disponía a dar una larga explicación cuando William lo interrumpió: Entiendo. No hace falta que me responda, creo saber quién es usted, Laure me dijo que había alguien en su vida... Entre, si conoce al gato, conocerá el piso. Yo soy William, un amigo de Laure, trabajamos juntos. Yo me llamo Laurent. Los dos hombres se estrecharon la mano y luego la puerta se cerró.

Lo había previsto todo menos eso. Que un hombre joven, con el pelo rapado, teñido de rubio, vestido de manera un tanto excéntrica, le abriera la puerta y lo invitara a entrar. Desde que había descubierto su apellido, Laurent había llamado varias veces a casa de Laure. Salía en la guía e internet le había proporcionado, tras varios clics, las señas de la única Laure Valadier de la ciudad. En efecto, vivía a varias calles del lugar donde había

encontrado el bolso. La primera vez que marcó el número, se imaginó por este orden que respondería ella, que respondería un hombre —su marido, tal vez—, que comunicaría, que respondería un niño, que le saltaría un contestador con su voz o que le saltaría un contestador con voz de autómeta. Se cumplió la última hipótesis. Laurent no dejó ningún mensaje. Repitió la operación varios días seguidos. La voz de autómeta, falsamente jovial, seguía anunciándole que podía dejar un mensaje después de la señal y guardarlo con la tecla de almohadilla. Nadie descolgaba nunca el teléfono, así que redactó una bonita carta. Se puso manos a la obra al cerrar la librería, constatando que hacía muchísimo tiempo que no escribía una carta. Después de tres páginas en las que contaba con sumo detalle su descubrimiento del bolso, se disculpaba por haberlo abierto para mirar el contenido, explicaba las distintas peripecias de sus pesquisas y acababa narrando la resolución del enigma del llavero gracias a un autor francés que había ido a firmar a su librería. Laurent se sintió literalmente vacío. Escribir, releer, corregir, elegir cada palabra y cada giro, tachar, volver atrás, cambiar un verbo y más adelante un adjetivo, para completar al fin tres páginas satisfactorias, le había requerido una concentración fuera de lo común que le hizo respetar todavía más a los escritores.

Era un edificio de la época de Haussmann, de seis pisos, con la tradicional fachada de piedra amarillenta coronada por un tejado de zinc. Para abrir la pesada puerta de cristal y de hierro forjado pintado de negro, Laurent disponía del llavero de Laure. La llave magnética le permitiría franquear la barrera del código y luego dejaría la carta en el buzón que llevara el nombre de Laure Valadier, que sin duda se encontraría en el vestíbulo. Buscó su nombre en el enorme conjunto de buzones de acero pintado que debía de datar de la década de los setenta y que contenía el nombre de los propietarios o inquilinos. Larnier, Jean-Pierre, entresuelo derecha; Françon, Marc y Eugénie, 2.º izquierda (publicidad no, gracias); C. Bonniot, 3.º derecha; Dirkina Communication, 2.º derecha; Clínica dental, 1.º derecha; Lecharnier-Kaplan, 4.º derecha; Laure Valadier, 5.º izquierda.

Cuando iba a deslizar el sobre por la ranura, vaciló. Si lo echaba al buzón, habría hecho todo aquel camino y habría llevado a cabo todas aquellas gestiones sólo para eso. En el vestíbulo flotaba un olor a *pot-au-*

feu. Todo el mundo, o casi, había vuelto del trabajo a aquella hora de la tarde. Detrás de la puerta del entresuelo oyó un televisor que emitía las noticias. Del primer piso le llegó una risa a través de los tabiques. Era absurdo. ¿De verdad iba a marcharse solo en medio de la noche, esperando que una tarde no muy lejana sonara el teléfono? Cinco pisos más arriba, Laure tal vez estuviera en su casa. El pelo castaño hasta los hombros, la tez pálida, los ojos claros, grises quizá, con un lunar a la derecha del labio superior. Laurent se encontraba demasiado cerca de su objetivo como para quedarse allí, así que guardó el sobre en el bolsillo del abrigo y llamó al ascensor. El aparato, una verdadera antigüedad, de las que ya sólo se encuentran en los viejos edificios de París, llegó con un chasquido. Con unas puertas batientes de madera y un tablero con los botones de cada piso, debía de datar de 1930. Apretó el botón de baquelita negra número cinco. La cabina volvió a emitir un chasquido y arrancó con un ruido de poleas. La puerta del quinto izquierda apenas estaba iluminada por la lámpara de tulipa del rellano. No se veía ningún nombre escrito, sólo un pequeño timbre plateado. Allí estaba, por fin. Laurent iba a llamar al timbre y ella abriría la puerta. Se pasó la mano por el pelo, carraspeó suavemente y luego llamó.

Le abrió William.

He llamado por teléfono varias veces, pero nadie contesta, así que he venido a dejar una nota, dijo Laurent sacando el sobre de su abrigo. William lo miró: Pero ¿no lo sabe? Claro, no puede saberlo, dijo derrumbado. ¿Qué debo saber?, musitó Laurent. Quítese el abrigo, siéntese, ¿quiere tomar algo? ¿Whisky, vodka, zumo de naranja, Martini negro? Yo me estoy tomando un Martini. Un Martini entonces, dijo Laurent. Perfecto, ahora vuelvo. William se alejó por el pasillo. Laurent colgó su abrigo en la percha de la entrada. La iluminación del recibidor era muy suave, y en una de las paredes vio una serie de paisajes pintados al óleo. Los cuadros de pequeño formato, que databan del siglo XIX, estaban colgados encima de un velador. Escenas campestres, de lagos o de bosques, cuyo único punto en común era la ausencia de figuras humanas. Tan sólo el espacio natural y el silencio que la naturaleza desprendía. Encima de los cuadros había un marco con una mariposa azul metalizado cuyo nombre se le escapaba. Sobre el velador, una bandeja que contenía una decena de llaves antiguas, todas ellas doradas. Cogió una; era muy parecida a las viejas llaves de las puertas de antaño, pero estaba bañada en oro, al igual que las demás. Laurent pensó en Barbazul y la llave de oro que abre la puerta de la cámara donde se encuentran las mujeres desaparecidas. Al oír los pasos de William por el pasillo, la dejó en su sitio.

Aquí tiene, le he puesto medio vaso con dos cubitos de hielo, espero que le parezca bien. Ambos estaban sentados en el salón, Laurent en el sofá y William frente a él en una butaca. Laure se encuentra bien, empezó, pero se corrigió enseguida: en fin, bien... podría ser peor. ¿Cuánto tiempo hace que no la ve? Laurent fingió reflexionar; bueno, da igual, lo interrumpió William, la noche del doce le ocurrió algo. Lo siento, lo que le estoy contando es un poco confuso, pero el caso es que atracaron a Laure, le robaron el bolso, se hizo una herida en la cabeza y de momento está en coma, pero parece que volverá a despertar. ¿En coma?, repitió Laurent. Sí, está tardando un poco más de la cuenta en despertar, pero es cuestión de días. Ayer volví a hablar con el médico y confía en que todo irá bien. Por eso nadie contesta al teléfono aquí... Sí, y le robaron el móvil, por

supuesto, además de la cartera y la tarjeta de crédito. Y también dos mil euros, me enteré ayer cuando llamé al banco, pero debería cubrirlo el seguro, eso no importa. No, no es lo más importante, susurró Laurent. Lo que importa es que se despierte, prosiguió William. Le voy a dar los datos del hospital y el horario de visitas. No sé si me dejarán pasar, en realidad no soy de la familia, aventuró Laurent. Yo tampoco, replicó William encogiéndose de hombros. De todas formas, no sé muy bien qué familia puede tener ya, aparte de su hermana, que vive en Moscú, y de sus amigos; no tiene padres, ni marido. Sí, es cierto, dijo Laurent. Ni marido, repitió. ¿Se lo ha contado? Sí, aseguró Laurent. William asintió con la cabeza y bebió un trago de Martini. Tardó muchísimo tiempo en superarlo. Laurent guardó silencio. ¿Se conocieron hace poco?, preguntó. Sí, hace poco... Laurent paseaba la mirada por la decoración de la sala: cuadros, libros, una chimenea con la leña preparada, una araña veneciana, una lámpara moderna y un enorme espejo con un marco dorado extremadamente trabajado. ¿Dónde? Si no es indiscreción... En mi librería, soy librero. Muy propio de ella, dijo William con una sonrisa; hace unas semanas, se cruzó con un escritor famoso, llevaba uno de sus libros en el bolso y le pidió que se lo dedicara, supongo que ya se lo habrá contado. Sí, era Modiano, cerca del Odéon, llovía. Exacto, estábamos acabando una obra en el Senado. Parece usted muy buena persona, me alegra constatarlo, dijo William tras un silencio. Laurent se levantó, disculpe, necesito moverme un poco. Por supuesto, musitó William. Se dirigió hacia una foto enmarcada. William y Laure en el punto más alto del tejado de la ópera Garnier. Vestidos con un mono de trabajo, se habían encaramado a ambos lados del Apolo, que blandía su lira dorada frente a la avenida. Los dos apuntaban con el dedo hacia el instrumento, sonriendo al objetivo.

Al fin podía ver su rostro. Laure tenía el pelo revuelto por el viento y se adivinaba que sus ojos eran claros. Ahí estaba el lunar a la derecha del labio superior, y alrededor del cuello llevaba una cadena de la que colgaba la placa con los jeroglíficos. Tenía las manos finas y en una de las muñecas lucía un brazalete azul. De pronto se había disipado la niebla, sus rasgos se habían definido. Aquella cara era a la vez diferente y muy parecida a la que se había imaginado Laurent. Tengo la misma foto en mi casa, dijo William,

es de hace unos años. Cada uno se encargó de una mitad de la lira de Apolo. Justo al lado, en otra imagen más pequeña, se veía a Laure rodeada por cinco compañeros. Todos ellos estaban de pie sobre los tejados de Versalles y blandían una herramienta. Laure llevaba gafas de sol. A su alrededor, más dorados. Laurent empezaba a comprenderlo: las llaves de la entrada, los monumentos y la obra en el Senado a la que se había referido William. El oro era lo que todo aquello tenía en común. Ya no lleva el colgante con los jeroglíficos, observó Laurent. Lo puso en su llavero, dijo William tomando un pequeño sorbo de Martini; se lo regaló un mecenas por una obra que realizamos en Egipto, hará ocho o diez años. Todos recibimos nuestro nombre y apellido en jeroglíficos. Yo perdí el mío. Hemos viajado juntos a muchos países, Laure me ha enseñado todo lo que sé. Es la mejor doradora del mundo.

Laure, susurró Laurent, sin saber qué símbolos del jeroglífico acababa de pronunciar. Oiga, me incomoda pedírselo, dijo William, pero tengo que ir tres días a Berlín, por trabajo. ¿Podría cuidar de *Belphégor*?

Buscar a una mujer para devolverle el bolso era una cosa, y acomodarse en su casa en su ausencia con su gato en el regazo era otra. Al día siguiente por la noche, Laurent abrió la puerta del piso de Laure con la copia de las llaves que le había prestado William —en vano, ya que en realidad él tenía las originales—. En la cocina, después de darle el pienso a *Belphégor*, Laurent se sirvió un vaso de Jack Daniel's. Bebió un sorbo de aquel brebaje de sabor ahumado. El *bourbon* lo hizo entrar en calor, infiltrándosele en las venas y relajándole todos los músculos. Regresó al salón y paseó la mirada por la estancia con la impresión de estar ocupando aquel piso como si fuera un pasajero clandestino, o más bien como si de hecho no estuviera allí. Resulta tan extraño encontrarse en determinados lugares que uno no puede evitar pensar que se trata de una mala pasada de la imaginación o de un ensueño del que se despertará al cabo de poco. Le parecía que existía otro Laurent, que en aquel mismo momento seguía en su casa, en el piso de encima de la librería, enfrascado en sus rutinas diarias: responder el correo electrónico, preparar la cena o empezar a leer una nueva novela.

El piso de Laure era como un confortable nido, con un mullido sofá en el salón, el parquet cubierto de alfombras y la iluminación dispuesta con esmero. Delante de una de las ventanas había un ficus, cuyas ramas llegaban hasta la chimenea. *Belphégor* adoptó a su visitante vespertino y, tras comerse el pienso de pato, se sentó autoritariamente sobre su regazo, impidiendo que Laurent se moviera del sofá. Sabía que era un honor viniendo de un gato; *Putin*, el de su hija, jamás se había dignado sentarse sobre nadie; en el mejor de los casos, se te ponía delante y te clavaba una mirada intensa que recordaba a la de su homónimo del Kremlin.

Antes de que el gato le mostrara semejante confianza, Laurent se había aventurado por la sala. La impresión de «estar leyendo una carta dirigida a otro», según la fórmula de Guitry, fue aún más intensa que al abrir el bolso. El piso era una especie de bolso gigante con mil recovecos, cada uno de los cuales contenía una parcela de la vida de su ocupante. Con el vaso de *bourbon* en la mano, Laurent pasó de un objeto a otro, de un cuadro a una foto. Había una pared entera recubierta por una gran biblioteca con varias

estanterías dedicadas a los libros de arte, algunos recientes, otros muy antiguos, que Laure debía de haber ido adquiriendo a lo largo de los años. Arquitectura, pintura —y doradura, por supuesto—, pero también catálogos de subastas. En un estante había varios libros de Sophie Calle, entre ellos, una de sus poéticas obras maestras: *Suite veneciana*. En 1980, la fotógrafa decidió en un arrebató artístico seguir a varios hombres por la calle, al azar y sin que ellos lo advirtieran. A la manera de un detective privado, obtenía de aquellos largos paseos imágenes en blanco y negro de hombres de espaldas en lugares diversos, desconocidos a quienes había seguido durante tardes enteras. Un día, tras localizar a una nueva presa, el hombre se le escapó y desapareció entre la muchedumbre. Aquella misma noche le presentaron al tipo en cuestión en una cena, y él le dijo que pronto viajaría a Venecia. En secreto, Sophie Calle decidió reanudar su seguimiento de incógnito hasta las callejuelas y los canales de dicha ciudad. De aquella expedición llevó un diario de a bordo de setenta y nueve páginas y ciento cinco fotos en blanco y negro, que contó con un epílogo de Jean Baudrillard. La búsqueda de Sophie llegó a su fin cuando el hombre se dio la vuelta, la reconoció y le dirigió la palabra. Bueno, no del todo, porque se las arregló para llegar a la estación de París unos minutos antes que él para tomar una última foto. Aun así, la tensión de la pesquisa y la magia se habían evaporado en el momento del encuentro. La vuelta a la realidad marcó el final de la historia.

Laure tenía la edición original, muy difícil de encontrar y también muy cara. En otra estantería estaban las novelas. Laurent encontró varias de Modiano, tanto en edición de bolsillo como en rústica. Sólo para confirmarlo, sacó algunas del estante, con el fin de comprobar que no estaban dedicadas. También había novelas policíacas inglesas, suecas e islandesas. Novelas de Amélie Nothomb; varias de Stendhal; dos de Houellebecq; tres de Echenoz; dos de Chardonne; cuatro de Stefan Zweig; cinco de Marcel Aymé; la obra completa de Apollinaire; *Nadja*, de Breton, en una edición antigua; *El príncipe*, de Maquiavelo, en una edición de bolsillo; algunos libros de Le Clézio; una decena de Simenon; tres de Murakami, y cómics de Jirô Taniguchi. El orden era absolutamente aleatorio. Un libro de poesía de Jean Cocteau estaba al lado de *Saga*, de

Tonino Benacquista, que, a su vez, se encontraba junto a *El cuarto de baño*, de Jean-Philippe Toussaint, cuya cubierta lindaba con un lomo muy abultado de un libro de cuero oscuro decorado con hierros dorados. Laurent lo sacó del estante.

Era un álbum fotográfico de páginas gruesas, con el lomo recubierto de oro. Debía de tener más de un siglo. En las primeras fotos, que se remontaban a los años en torno a 1920, aparecían hombres con bigotes finos y mujeres con peinados y vestidos de época. Escrito a lápiz, debajo de una de aquellas imágenes, se leía: «El tío Edgar y la tía Florence, reunión familiar, Navidades de 1937.» Página a página iba transcurriendo el siglo xx. En una foto de los setenta, una niña con los ojos claros miraba hacia el objetivo, sujetando un zorro de peluche mientras un joven gato siamés la observaba. La niña tenía un lunar encima del labio superior. «Laure con *Sarbacane* de pequeño y *Zorrito*.» Laure con sus padres, Laure de joven, Laure de vacaciones con su hermana, Bénédicte... Laurent sentía que no tenía derecho a hojear aquellas páginas, pero el deseo de volver a ver aquel rostro, que a cada foto le resultaba más y más familiar, era demasiado fuerte. Iba a cerrar el álbum cuando llegó a la última página. Después ya no había nada, todo se acababa en 2007 con un artículo recortado de un periódico. Se veía la foto de un hombre sonriente, con el pelo corto, posando junto al líder afgano Masud: «Xavier Valadier (1962-2007), nuestro colega y amigo, reportero de guerra, ha muerto en Irak el 7 de diciembre. Las fotos de Xavier Valadier han dado a menudo la vuelta al mundo...» El texto concluía con las palabras: «No te olvidaremos nunca, Xavier; nuestros pensamientos están con tus seres queridos.» Era el hombre al que se había referido William, el mismo que salía en una de las fotos del sobre que había en el bolso. Laurent volvió a colocar el álbum en su sitio y luego se dirigió a la estancia contigua.

El despacho estaba sumido en la oscuridad, así que apretó el interruptor. Un fluorescente crepitó en lo alto de una estantería hasta que se estabilizó. Descubrió otros anaqueles con numerosos DVD e incluso antiguos VHS, así como una pantalla plana enorme colocada en el suelo y, sobre la chimenea, un reproductor de CD y otro de vinilos. Discos de 33 rpm y algunos CD apilados en el parquet. La música clásica se mezclaba con el pop y el rock.

Allí tampoco se seguía ningún orden. David Bowie se codeaba con Rubinstein; Radiohead y Devendra Banhart estaban al lado de Glenn Gould y Perlman. En el gran espejo de encima de la chimenea había postales de todo el mundo, fijadas entre la madera dorada y el cristal. Laurent no tocó ninguna. En el escritorio, un ordenador y un teclado, bolígrafos en desorden y un bloc de notas. Una colección de dados, unos veinte, puestos todos ellos con el seis hacia arriba. Una tirada de dados jamás abolirá el azar, susurró Laurent, cuando una sombra ágil pasó entre sus piernas. El gato. Saltó enseguida a la butaca de cuero negro del despacho y después a la mesa, acercó la nariz a la cara de Laurent y luego se inclinó sobre los dados alineados. Con la punta de una pata, tiró dos al suelo, miró a Laurent y continuó tirando el resto. No, estate quieto, ya basta, le dijo Laurent mientras se arrodillaba para recogerlos. En cuanto Laurent los puso de nuevo sobre la mesa, el gato volvió a empujarlos con la punta de la pata. No, ni hablar, así no podemos jugar, suspiró Laurent; cogió al gato en brazos, cerró la puerta del despacho y lo dejó en el suelo. El animal lo invitó a seguirlo hacia el dormitorio de su dueña. La habitación, completamente blanca, contrastaba con el resto del piso; su luz tenue y difusa hacía que pareciera un iglú. Un viejo armario y una foto de un cielo rojizo enmarcada. Sobre el radiador había un zorro de peluche, bastante viejo, que a todas luces era el *Zorrito* de la foto. El gato subió a la cama, para enseñarle que también era su cama y que tenía derecho a tumbarse allí siempre que lo deseara, como se apresuró a demostrar. Visitaron juntos el baño, cuyas paredes estaban alicatadas con pequeños azulejos de esmalte negro y dorado. En las estanterías había decenas de frascos, productos de belleza, cremas y champús. Laurent cogió el bote de Pschitt Magique, *micropeeling* de nueva generación, sin grano, de acción biológica; renueva la textura de su piel en veinte segundos. Volvió a dejarlo en su sitio para oler el pulverizador de un frasco negro de Habanita. Mientras recorría con la mirada aquel universo íntimo y secreto, le sonó el móvil, que provocó la estampida del gato hacia el salón.

Tu hija dice que pones cinco clavos de olor en la cebolla del *pot-au-feu*, yo digo que sólo hacen falta tres, y Bernard coincide conmigo. Como la cosa está que arde, añadió Claire con un tono ofendido, te ruego que nos

confirmes cuántos clavos pones, por favor. Pásamela, respondió Laurent con calma. ¿Chloé?... Hay que poner cuatro clavos. ¡Hay que poner cinco, tenía razón yo!, gritó la joven. Chloé, he dicho cuatro, rectificó Laurent. Siempre he de tener razón, susurró ella. Laurent cerró los ojos y suspiró. Chloé... Estoy en casa de Laure. Espera, que me alejo, han empezado a pelearse... ¿Estás con ella? No, ya te lo contaré, estoy dándole de comer a su gato. ¿La has encontrado, entonces? No exactamente. ¿Cómo se llama? Valadier, Laure Valadier. ¿Es guapa? Sólo la he visto en fotos. Es doradora. ¿Qué es eso de doradora? Hace doraduras, pone láminas de oro en cuadros y monumentos. Increíble, se entusiasmó Chloé, espera, me llaman, tengo que dejarte, ya me lo contarás todo en la cena del jueves, y luego colgó de golpe.

Cuando Laurent regresó a su casa, el piso nunca le había parecido tan vacío y silencioso.

La segunda noche volvió a tomarse un vaso de Jack Daniel's y luego encendió el fuego en la chimenea. Tal y como habían acordado, William lo llamó al teléfono fijo del piso «a la hora del gato». Cuando le preguntó si había ido a verla, Laurent le contestó: sí. Esta vez la pregunta lo había obligado a superar un obstáculo mayor, el de la mentira. Después se arrellanó en el sofá, y el gato subió a su regazo y se puso a ronronear mientras él lo acariciaba suavemente. Laurent se dijo que todo aquello no podía continuar, que hacía ya mucho tiempo que se había pasado de la raya. El hecho de que aquel acto cívico alabado por el policía lo hubiera conducido hasta el fuego de la chimenea en casa de Laure lo convertía en culpable de allanamiento de morada. Su búsqueda de principiante se había desarrollado como un sueño, y cuando todo acabara —cosa que iba a suceder tarde o temprano—, se preguntaría si aquellos días habían existido de verdad. Entretanto, se sentía a salvo en aquel decorado extraño con luces suaves y no tenía ningunas ganas de volver a su casa. Le parecía no haber experimentado semejante quietud desde hacía años. El tiempo se dilataba al ritmo de la crepitación del fuego de la chimenea y, unos instantes antes de caer dormido, tuvo la convicción de que podría pasar el resto de sus días en aquel sofá, con un gato negro dormido en el regazo, esperando que una mujer desconocida despertara y regresara.

Se encontró en la terraza de una torre de La Défense. Un sueño desapacible que se repetía cada dos o tres años, y que no era exactamente un sueño. La terraza aún debía de existir. En otra vida. Una vida en la que él era Laurent Letellier, consejero patrimonial, gestión privada. Una vida que se había acabado en la planta treinta y cuatro de un rascacielos del distrito financiero, una tarde de verano de finales del siglo xx. Tras una larga reunión, tomaron café juntos, sentados al sol en la terraza del edificio. Sus colegas se habían quitado la chaqueta y aflojado la corbata, algunos incluso se habían puesto gafas de sol. Laurent se separó del grupo y se acercó a la barandilla de acero. Contempló las siluetas en la plaza, precedidas, a aquella hora de la tarde, por sus sombras alargadas. Algunas se movían despacio, otras trotaban como hormigas, seguramente camino de alguna cita

en la que dos minutos de retraso serían inaceptables. El aire le abrasaba la piel, los rascacielos brillaban al sol, cortantes como cuarzos gigantes surgidos de la tierra. Miró hacia abajo, hacia los ciento cuarenta metros de vacío. Pensó que apenas tardaría unos segundos. Sus colegas se quedarían atónitos, a algunos se les caería la taza de porcelana de las manos, otros permanecerían boquiabiertos y mudos. Él dejaría a Claire, la joven a la que acababa de conocer, que reharía su vida con algún tipo mejor que él. Muchos años más tarde, ella evocaría la triste relación entablada con aquel chico que había puesto fin a sus días sin dejar siquiera una nota de suicidio.

Le habría satisfecho plenamente dedicar su vida a la lectura, pero no fue posible. Debería haber elegido su camino antes, saber qué quería hacer después del bachillerato. Tener un «proyecto de vida». Laurent se había dejado arrastrar a los estudios de derecho, que lo habían llevado a trabajar en la banca. Al principio le había resultado agradable que lo reconocieran como alguien prometedor, escalar en la jerarquía, tener responsabilidades y ganarse la vida con holgura. Hasta el día en que había sentido, primero de manera confusa y luego cada vez más clara, que el hombre en quien se estaba convirtiendo era justo lo contrario del hombre que era en realidad. Primero esa discordancia se siente como una carga; en los inicios, el dinero que se gana es una compensación, pero luego eso ya no basta. El desajuste entre el ideal y la realidad es demasiado grande. A la carga le sigue la angustia, y a la angustia, la idea insoportable de estar fracasando en la vida, incluso de haber fracasado ya por completo. Laurent se alejó de la barandilla andando hacia atrás y luego se volvió hacia sus colegas. Los observó, consciente de que acababa de suceder algo muy importante: había pensado con frialdad en arrojarse de un rascacielos de La Défense. Voy a cambiar de trabajo, le anunció a Claire aquella misma noche, sin contarle la extraña pulsión que se había apoderado de él frente al vacío. Voy a abrir una librería. Ella habló mucho con él, le pidió que lo pensara bien. Después ya no le dijo nada más. Laurent negoció una salida amistosa. Acababan de promocionar a Claire, que había hecho caer la palabra «adjunta» de su cargo de directora de marketing de una marca de congelados. Laurent compró el local del café Le Celtique y, aquella misma semana, Claire le anunció que estaba embarazada. Empezaba una nueva vida.

El sueño siempre terminaba igual: se arrojaba por la barandilla y, cuando el estremecimiento de la caída le recorría el cuerpo, se despertaba en el acto. El gato bajó precipitadamente de su regazo. El teléfono del despacho estaba sonando. Laurent se levantó y entró en la habitación. Había saltado el contestador automático. Una tecla con un pequeño sobre dibujado empezó a parpadear y luego se detuvo. Laurent dudó, pero acabó apretando el botón. El altavoz se puso en marcha. Tiene un mensaje nuevo. A las veinte horas y cuarenta y seis minutos: Buenas noches, Laure... Soy Franck, no sé nada de ti, no contestas al móvil, bueno... Sé que metí la pata la última vez, pero... bueno, como tú quieras. Por mi parte, ya no te dejaré más mensajes... Si no me devuelves la llamada, ya no te llamaré más. Para volver a escuchar el mensaje, pulse uno; para guardarlo, pulse dos; para borrarlo, pulse tres.

Laurent miró el aparato y apretó el tres. Mensaje borrado. No tiene más mensajes. Para ir al menú principal, pulse nueve; para otras opciones, pulse dos.

Hélène... Hélène, mira... la curva aumenta. Me quedo con ella, dijo una voz femenina. Avisa al doctor Baulieu, contestó otra voz de mujer, dile que la mano izquierda muestra señales de actividad.

Un hormiguo. Primero impreciso, luego localizado. En la punta de los dedos de las manos y de los pies. Fue recobrando la conciencia de su cuerpo con una claridad creciente. Oía cómo la sangre le latía en las sienes. El universo flotante y suave en el que nadaba se había encogido hasta caber en una habitación. Aunque todo continuara siendo negro, fue consciente de hallarse en un espacio delimitado por unas paredes y un techo. Su espíritu podía desplazarse por él y dar la vuelta bastante deprisa. Un lugar tranquilo e indeterminado, en el que estaba tumbado su cuerpo. Luego abrió los ojos. La visión era turbia, demasiado luminosa y borrosa, como una cámara fotográfica en la que la distancia focal y el objetivo no encajan. Una sombra se acercó a ella, sus contornos eran borrosos, como si se encontrara detrás de un cristal esmerilado. Buenos días, le dijo la sombra, está usted despertándose. La sombra se acercó más, su cara seguía desdibujada pero se iba volviendo perceptible: los ojos, la nariz, la boca y el pelo rubio. Ya había oído la voz de aquella mujer mientras dormía. No se preocupe, le dijo, no padece usted ningún daño corporal, no está herida. Había un desfase entre las palabras y el movimiento perceptible de su boca. El sonido le llegaba con más de un segundo de retraso. Supongo que tiene la visión borrosa, continuó la sombra rubia, no intente hablar, parpadee dos veces si me oye y comprende lo que le digo. Laure parpadeó dos veces. Muy bien, la alentó la sombra. Acaba de salir de un coma, está en el hospital desde hace una semana. ¿Comprende lo que le estoy diciendo? Laure abrió la boca para responder. Chis, dijo la sombra poniéndole el dedo sobre los labios, como si quisiera impedirle que revelara un secreto. Cierre los ojos, dijo con dulzura, y reflexione con tranquilidad, con mucha tranquilidad, sobre lo que acabo de decirle. No padece usted ningún daño corporal, no está herida, repitió la voz, y a continuación puso una mano encima de la de Laure; estoy a su lado, no me iré. Todo va bien.

Soy su médico, dijo la cara con el pelo blanco, algo menos borrosa que la de la mujer. No me conteste. Como le ha dicho la enfermera, se encuentra usted bien. Lleva aquí siete días y tres horas. ¿Puede asentir con la cabeza? Muy bien. Le voy a hacer algunas preguntas y usted me responderá con el mismo «sí». ¿Ve con un poco más de claridad que al despertarse? Bien. ¿Oye mi voz con un desfase? Bien, es normal, irá remitiendo. Mueva el pie izquierdo, muy bien, el derecho, perfecto, el índice de la mano derecha, no, el índice, gracias, el meñique de la mano izquierda, otra vez, muy bien, inspire, espire, perfecto; ahora repita la frase: «el petirrojo raja el jarrón». Adelante. Laure pronunció la frase con voz ronca. Tiene una voz muy bonita, comentó el médico. Laure torció el gesto. Le voy a hacer cuatro preguntas que quizá le parezcan algo absurdas. ¿Lista? Laure asintió con la cabeza. Dígame el nombre de algún peluche o muñeca que le gustara especialmente de niña. *Zorrito*, susurró Laure después de un silencio. Bien, la alentó Baulieu, y *Zorrito* debía de ser un zorro, supongo. Laure dijo que sí con la cabeza. ¿Dónde estaba usted el 11 de septiembre de 2001? En Kuwait... las doraduras... el palacio del príncipe al-Sabah. Baulieu meneó la cabeza. Qué original, comentó, nunca me habían dado esa respuesta. ¿Cómo se llama usted? Laure, Laure Valadier.

Y la última pregunta: ¿sabe por qué está aquí? Mi bolso..., murmuró Laure.

No hables demasiado, dijo William acariciándole la mano, no vayas a cansarte. Gracias por venir. ¿Y *Belphégor*?..., susurró Laure. No te preocupes, está muy bien, Laurent se ha ocupado de todo.

Laurent... ¿Quién es Laurent?

En el preciso instante en que Laure hacía aquella pregunta esencial —a la que William respondió con un silencio inquieto—, Laurent empujaba una puerta de hierro forjado que daba paso a tres grandes patios sucesivos. La noche anterior, los dos habían acordado por teléfono, a «la hora del gato», que se encontrarían al día siguiente por la mañana en el taller para que Laurent le devolviera la copia de las llaves. Mientras buscaba alguna señal que indicara dónde estaba el taller, le llamó la atención un adoquín del patio recubierto de oro, seguido por otro unos metros más allá, y por un tercero aún más lejos. Como en un recorrido de cuento de hadas, bastaba con seguirlos para llegar al tercer patio, ante la gran cristalera del taller Gardhier. Una mujer con el pelo rizado y gafitas doradas estaba fumando delante de la puerta. Llevaba una cazadora, unos pantalones tejanos negros y unas bailarinas blancas. Laurent se acercó a ella. Buenos días, le dijo, y luego cruzó la puerta y se encontró en un enorme vestíbulo con las paredes cubiertas de escaleras, cuerdas y herramientas cuya utilidad ignoraba. ¿Puedo ayudarlo?, preguntó la mujer. Sí, tengo una cita con William. Lo siento, ha salido, dijo echando el humo del cigarrillo en dirección a la luz. Ah, contestó Laurent, desconcertado, tenía que devolverle las llaves de Laure. ¿Laure Valadier? ¿Es usted amigo de Laure? Sí, he estado dando de comer a su gato. Pues William ha ido a verla. Lo han llamado del hospital, Laure acaba de despertarse. ¿Cómo se encuentra?, preguntó Laurent. Creo que bien, pero William no ha dado demasiados detalles, se ha marchado a toda prisa, estaba muy nervioso, en fin, ya lo conoce, ya sabe cómo es William..., añadió con una sonrisa cómplice. Bien, muy bien, musitó Laurent. Todo va bien, añadió a media voz, como si hablara consigo mismo, y luego le devolvió la sonrisa. ¿Puedo pedirle un favor?, aventuró sacando la copia de las llaves del bolsillo: ¿podría devolverle las llaves de Laure? Por supuesto, respondió la mujer mientras aplastaba el cigarrillo. Laurent se

las entregó y se despidió; a continuación, se alejó por el patio siguiendo los adoquines dorados. Sabía qué le quedaba por hacer: poner fin a aquellos tres días fuera del tiempo, a la ilusión de aquella mujer a la que nunca iba a conocer. ¿Cómo encajaría ella que un desconocido hubiera entrado en su casa y hubiera dado de comer a su gato haciéndose pasar por su amante? De hecho, él mismo difícilmente sabría explicarse si alguien, por casualidad, le pidiera que justificara sus actos. A las preguntas: ¿por qué intentó encontrar usted mismo a la propietaria del bolso?, ¿por qué esperó a un escritor en un parque público durante dos mañanas seguidas?, ¿por qué pagó de su propio bolsillo el vestido de la tintorería Aphrodite?, ¿por qué cuando un amigo creyó que era usted el novio de Laure no lo sacó de su engaño?, Laurent tendría una única y repetitiva respuesta, sincera, pero poco satisfactoria: no lo sé.

Entonces, le abrí la puerta a un hombre imaginario que le ha estado dando de comer a un gato real durante tres días, concluyó William. Laure y el doctor Baulieu lo miraban en silencio. ¿Lo has vuelto a ver?, preguntó ella. No, respondió William a media voz antes de soltar una carcajada nerviosa, consciente de que su respuesta acababa de sumirlo un poco más en el absurdo. Lo siento, William, pero no conozco a ningún librero llamado Laurent, suspiró Laure. Bueno, vamos a dejarla, anunció Baulieu, volveré a última hora de la tarde. Y yo mañana por la mañana, añadió William, descansa, le dijo acariciándole la mano. Hay que descubrir quién es, ¿no, William?, ¿me dirás quién estuvo en mi casa? Sí, preciosa, dijo dándole un beso en la frente. No te preocupes, todo va bien. Laure le sonrió y volvió la cabeza hacia el respirador artificial de su vecino. Hacía un ruido que la obsesionaba, a la vez suave y repetitivo. ¿Acaso era ese sonido el que le había sugerido el de la cascada en su sueño? William y el médico salieron al pasillo. No, respondió tajante el médico, adelantándose a la frase que William aún no había pronunciado. Bueno, claro que sí, doctor... No, repitió Baulieu. No se acuerda del hombre con quien tiene una historia. Sufre amnesia, doctor. Ya le he dicho que no, Laure no padece amnesia. Lo lamento, le hemos realizado todas las pruebas, no se me ocurre ninguna explicación para este fenómeno, que, en mi opinión, no tiene nada que ver con la medicina. Se hizo un silencio. William pensó que en aquel momento el doctor Baulieu, cuyo sentido del humor era «bastante especial», no bromeaba en absoluto. Incluso se mostraba un poco frío y parecía impaciente por zanjar aquella pequeña confrontación. Llame a ese hombre y pregúntele quién es. No tengo su móvil, musitó William, de hecho, no sé cómo contactar con él.

Entre el hospital y el taller Gardhier había diecisiete estaciones de metro y un transbordo. A medida que desfilaban las paradas, William iba encadenando hipótesis hasta llegar a las más improbables: de ladrón eventual, Laurent pasó a ser una aparición cuya naturaleza exacta aún estaba por definir. La teoría del malhechor se desmoronó al cabo de tres estaciones. Laurent iba muy bien vestido y no tenía pinta de esconder un

destornillador o una palanqueta debajo del abrigo. Además, sabía el nombre y el apellido de Laure. Es más, sabía el nombre del gato y que Laure se había encontrado a un escritor famoso al que le había pedido una dedicatoria. En fin, que conocía a Laure, aunque ella no se acordara de él. Y Baulieu se negaba a admitir que tenía amnesia. Soy el único que lo ha visto, se repetía William. Todas las explicaciones normales se estrellaban con la ilógica pura. En la quinta estación, tecleó las palabras «escenas retrospectivas» en su iPhone y seleccionó un artículo de Wikipedia: «Término mencionado por primera vez en un estudio realizado en 1965 por el doctor William Frosch en su servicio del hospital psiquiátrico Bellevue de Nueva York. Según sus observaciones, algunos consumidores de LSD manifiestan, varios meses después, trastornos similares a los inducidos por el producto.» William había tomado hongos alucinógenos en tres ocasiones. La última vez se remontaba a cuatro años atrás y se había pasado la noche tumbado en la bañera hablando con la alcachofa de la ducha, que le contestaba. Mantuvieron una conversación filosófica de una intensidad extraordinaria, abordando temas universales como la muerte, la vida en el más allá, la pluralidad de los mundos habitados y la existencia de Dios. La alcachofa le dio respuestas muy precisas a esas cuestiones. Al día siguiente por la mañana tuvo que reconocer que las capacidades intelectuales de su grifería habían decaído radicalmente, ya que ahora se limitaban al agua caliente o fría, a la ducha clásica o al masaje. William decidió no volver a consumir sustancias psicotrópicas nunca más. Sin embargo, en ninguna de aquellas tres experiencias había visto a un hombre materializarse y hablarle. Y el artículo de Wikipedia describía un eventual desorden pasajero en los meses posteriores al consumo, pero no al cabo de años. No, aquello tampoco encajaba. Mientras caminaba por los pasillos para hacer transbordo, se planteó, entre divertido y reticente, el ámbito de lo paranormal. Sentado en uno de los bancos del andén, William pensó que tal vez Laurent fuera la aparición de un ocupante del piso que llevaba muerto desde hacía tiempo; a fin de cuentas, el edificio databa de 1878, según la inscripción de la fachada. Había una película que abordaba el tema, con Bruce Willis y un niño que veía a personas muertas. Al igual que *Ghost*, con Patrick Swayze y Demi Moore, una de las comedias románticas de

referencia, en la que él salía muy atractivo, incluso de fantasma. Aquella hipótesis lo llevó a ficciones hollywoodienses, historias imaginarias nacidas en la mente de los guionistas. Nada real. Llegó el metro y, durante cuatro estaciones, jugó con la idea de que Laurent pudiera ser la manifestación física de un hombre en pleno viaje astral —una especie de lama—, cuyo cuerpo estuviera lejos de allí. Un hombre que poseyera un conocimiento intuitivo de todo: el nombre del gato, el de la propietaria del piso y también de los acontecimientos recientes de su vida. Pero aquella teoría no se sostenía —demasiado confusa, demasiado tibetana— y William no sabía nada de los viajes astrales ni de las capacidades cognitivas de los lamas. En la undécima estación, se acordó de un documental que había visto unos meses antes sobre un sacerdote de principios del siglo xx, el padre Pío. Aquel santo varón no sólo había recibido los estigmas de Cristo, sino que también poseía el don de la ubicuidad, de la «bilocación», como lo llamaban curiosamente en el documental. En efecto, se había visto al padre Pío en distintos lugares al mismo tiempo, lugares a miles de kilómetros de distancia. Los testigos no daban su brazo a torcer. Aunque la Iglesia se mostrara discreta al respecto, contra todo pronóstico había aceptado el acontecimiento. Aquellas cuestiones místicas en pleno vagón de metro llevaron a William a unas palabras que le recorrieron el espinazo con un estremecimiento: ángel de la guarda. Y es que el timbre había sonado justo cuando era presa de un dilema sobre el pienso que debía repartir por el piso, ya que nadie podía sustituirlo durante su viaje a Berlín. El visitante había aceptado dar de comer al gato en su ausencia, como si hubiera acudido al quinto piso del edificio sólo para eso. Para ayudarlos a él y a Laure. Como si ésa fuera su misión desde siempre. William estaba enfrascado en la posibilidad de que se produjeran visitas angélicas en el centro de la ciudad cuando sonó el pitido que anunciaba el cierre de las puertas en la estación donde debía bajar. Se levantó precipitadamente y salió al andén. No, nada de aquello se sostenía, ni los ángeles, ni los lamas, ni las apariciones. Además, Laurent tenía que pasar por el taller aquella mañana para devolverle las llaves, y alguien lo habría visto, por fuerza. Aquel pensamiento lo apaciguó y sus ideas esotéricas se disiparon mientras subía por la escalera mecánica.

Acababa de franquear la entrada del taller cuando se cruzó con Pierre, que sostenía un pesado marco de madera dorada. ¿Qué, la has visto?, dijo Pierre. ¿Cómo se encuentra? Bien, el médico está contento; Laure os envía recuerdos a todos; en principio le darán el alta dentro de cuatro días. Pierre asintió con la cabeza, vuelve de lejos, comentó. Oye, Pierre, ¿ha venido a verme alguien esta mañana? No, no he visto a nadie. William retomó su camino y se acercó a Agathe, que removía una preparación de bol arménico frente a una escultura contemporánea que debía recubrir por completo de láminas plateadas. Agathe se volvió hacia él. Bueno, ¿cómo se encuentra? Bien, ya está consciente, el médico está contento, Laure os envía recuerdos a todos; en principio le darán el alta dentro de cuatro días. Uf, comentó Agathe. Oye, Agathe, ¿ha venido a verme alguien esta mañana? No, no he visto a nadie. François, con la pipa apagada entre los dientes, se acercó a ellos. ¿Qué, la has visto? Sí, está bien, el médico está contento; Laure os envía recuerdos; en principio le darán el alta dentro de cuatro días. Eso sí que es una buena noticia, amigo mío, comentó François. François, ¿sabes si ha venido a verme alguien esta mañana? No, nadie. William cerró los ojos. ¡William!, lo llamó Sébastien Gardhier asomándose desde el altillo del primer piso. ¿Qué, la has visto? Sí, está bien, el médico está contento; Laure está consciente y en principio le darán el alta dentro de cuatro días. Fantástico, dale un beso de nuestra parte, comentó Sébastien Gardhier. William cruzó el taller y se abalanzó sobre Jeanne, que estaba puliendo una doradura con el ágata. Jeanne, le dijo con un tono casi solemne, ¿ha preguntado alguien por mí esta mañana? No, contestó Jeanne. ¿Por qué me miras así? Tienes una cara rara... ¿Y Laure, cómo está Laure? Bien, todo va bien. Todo va muy bien. Amandine, susurró, ¿dónde está Amandine? Ha salido a hacer un recado, no tardará en volver.

William llevaba diez minutos yendo de un lado para otro del patio — con la excusa de tomar el aire— cuando distinguió la silueta de su compañera al otro extremo de los adoquines. ¡Amandine!, gritó precipitándose hacia ella. Amandine se quedó paralizada. Dios mío, no, dijo apretando el puño contra la boca como si quisiera retener las palabras, no

me digas que Laure..., susurró. Al contrario, Laure se encuentra bien, está consciente, pronto le darán el alta. Pero ¡estás loco!, chilló Amandine, me has asustado, creía que había muerto. Lo siento, tartamudeó William, perdóname. Aún estoy temblando, dijo ella mirándose las manos mientras William se deshacía en disculpas. Toma, un tipo ha venido a devolverte sus llaves, concluyó enfadada, hundiendo la mano en el bolsillo de la cazadora.

¿Qué tal?, dijo Baulieu, que entró sin llamar a la puerta. ¿Cómo se encuentra esta mañana? Mejor, contestó Laure. Bien, convino el médico. Se sentó a su lado y le tomó la tensión con mano experta, apretando la pequeña pera del aparato. ¿Ha resuelto el enigma del hombre-misterio?, preguntó sin quitar los ojos del tensiómetro. Creemos que es un vecino, dijo Laure. Baulieu asintió con la cabeza. Doce, cinco... ¿No se marea? ¿No tiene náuseas? ¿Y dolor de cabeza? Un poco, ayer por la tarde. Es normal. Bueno, creo que dentro de nada podrá volver a sus doraduras, dijo con una sonrisa. Sí, todo volverá a ser como antes, susurró Laure, salvo por el hecho de que nunca encontraré mi bolso. Puede comprarse otro... No, nunca podré comprar todo lo que llevaba dentro. No se puede comprar un trozo de vida. Le parecerá una tontería, lo sé, pero es un poco así. Baulieu esbozó una sonrisa fatalista. La creo, dijo, y luego puso una mano encima de la de Laure. Usted es mi última paciente, me alegro de terminar mi carrera con un despertar. Gracias, doctor, murmuró Laure tras un silencio. No, dijo el médico con dulzura, volviendo la cabeza hacia la ventana, soy yo quien le da las gracias a usted. Haga cosas hermosas, Laure, sea feliz, al menos inténtelo, la vida es muy frágil, como usted misma ha podido comprobar. Se levantó y sonrió. Sólo un detalle, añadió mientras enrollaba el tensiómetro, el viejo misántropo que soy no cree demasiado en la teoría del vecino que va a dar de comer al gato de una desconocida. Concluyó la frase con un guiño y salió sin dar más explicaciones.

Sentado detrás del mostrador de la entrada, Laurent consultaba las existencias en el ordenador mientras Maryse, encaramada a la escalera grande, ordenaba un poco los libros de historia. Damien, por su parte, mantenía una animada conversación con uno de sus clientes favoritos: el señor Berlier, un antiguo profesor de matemáticas ya jubilado de la Escuela Normal Superior. Siempre resultaba muy pintoresco ver a aquel señor de aspecto severo, que llevaba corbata y pañuelo, discutiendo con un chico alto con el pelo largo, perilla y un pendiente, que a primera vista parecía más ducho en vinilos de *reggae* que en ensayos filosóficos. Desde hacía una media hora larga, su conversación producía un ruido de fondo bastante agradable. Según los retazos que captaba Laurent, estaban debatiendo a sus anchas sobre el concepto de realidad, mezclando a Descartes con la obra reciente del matemático Misha Gromov. Para el señor Berlier, la realidad no existía verdaderamente, era una fórmula matemática en el fondo del ojo que reconstruía un conjunto de vacío y de átomos. Existe y al mismo tiempo no existe, objetaba Damien. Laurent volvió la cabeza hacia Maryse, que alzó la vista al techo, dando a entender que todos aquellos conceptos le importaban un comino y que podía pasar sin ellos. Un hombre de unos cincuenta años empujó la puerta y se dirigió a Laurent. ¿Tiene *Nostalgia de lo posible*?

Sí, la tengo, contestó Laurent. Como el librero se quedó mirando fijamente al cliente, éste le sonrió algo incómodo. Disculpe, reaccionó Laurent, voy a buscarlo. El texto de Antonio Tabucchi sobre Pessoa. Sin embargo, él no había oído el título del libro, sino una pregunta de verdad hecha por un desconocido. Una pregunta a la que había respondido con sinceridad: «Sí, la tengo.» Y cuando aquel cliente azaroso se hubo marchado con el libro, Laurent se dijo que tal vez aquel hombre había empujado la puerta de la librería con el único fin de poner las palabras exactas al sentimiento que lo embargaba.

¿Se puede experimentar nostalgia de algo que no ha tenido lugar? Los llamados «remordimientos», relacionados con algunos episodios de nuestra vida en que casi estamos seguros de no haber tomado la decisión correcta, tienen una variante más singular, que nos envuelve en una embriaguez

misteriosa y dulce: la nostalgia de lo posible. La nostalgia del encuentro con Laure. En aquel posible que no había ocurrido, Laurent veía una y otra vez el café donde se habían citado. Ella llevaba el vestido de tirantes blanco, su bolso malva y gafas de sol. De hecho, se encontraban un día muy soleado. Hacía buen tiempo y se habían sentado en la terraza. Usted es Laurent, ¿verdad?, le dijo ella. Se sentó y a continuación se quitó las gafas. Se miraron mucho rato, dudando sobre la primera frase que iban a pronunciar, y luego Laure sonrió entornando sus ojos claros. Hablaron largo y tendido, y después pasearon por las calles. Laurent volvía a ver con enorme nitidez la imagen en la que ella caminaba a su lado, bajo los árboles. A través de las ramas, el sol dibujaba una especie de manchas en el asfalto, Laure llevaba unas bailarinas blancas que, al ritmo de su caminar, pasaban de la sombra a la luz. Luego las bailarinas se detuvieron y Laurent levantó la vista hacia ella. Laure lo miraba con demasiada intensidad, y Laurent supo que había llegado el momento de besarse.

Era exactamente lo que sugería Tabucchi en su título: uno pasa al lado de algo importante. Al lado de un amor, al lado de una profesión, al lado de una mudanza a otra ciudad o a otro país. O a otra vida. «Al lado» y, al mismo tiempo, «tan cerca» que, a veces, en instantes de melancolía rayanos en la hipnosis, uno es capaz, a pesar de todo, de captar parcelas de ese posible. Como una frecuencia de radio que emite desde muy lejos. El mensaje es confuso, pero prestando atención se perciben fragmentos de la banda sonora de esa vida que no ha tenido lugar. Uno se oye pronunciar frases que nunca ha dicho, oye sus pasos resonar en lugares adonde jamás ha ido, distingue el oleaje de una playa cuya arena no ha pisado en su vida. Oye la risa y las palabras de amor de una mujer con la que no ha llegado a relacionarse. Le ronda la idea de una historia con ella. Tal vez ella habría estado de acuerdo —incluso es probable—, pero no ha sucedido nada. Por alguna razón desconocida, no hemos cedido al exquisito vértigo que acompaña los pocos centímetros que hay que recorrer hasta el rostro del otro en el primer beso. Hemos pasado al lado de algo, hemos pasado tan cerca de algo que una parte permanece.

Damien y el profesor seguían enfrascados en su rifirrafe, debatiendo sobre la pluralidad de los universos, citando hipótesis formuladas por

investigadores de apellidos de resonancias rusas. Laurent se preguntó si en aquellos universos también habría libreros que cargaran cajas de cartón, hicieran inventarios y, además, encontraran bolsos de mujer. Pensando en esta última posibilidad, se arrellanó en su butaca y contempló la plaza que tenía enfrente. La realidad que se divisaba tal vez no fuera más que una fórmula matemática en el fondo del ojo, ya que los ojos de Laurent no veían ni las rejas, ni los árboles, ni la estatua. Su espíritu estaba en otra parte. En casa de Laure. En el rellano de su piso, para ser más exactos; se acercaba a la puerta, giraba la llave en la cerradura y *Belphégor* salía enseguida para revolcarse a sus pies. Laurent entraba en el piso: los pequeños cuadros, la bandeja con las llaves doradas, el ficus delante de la ventana... Se dirigía a la cocina, se servía un vaso de Jack Daniel's e iba al salón. Sentada en el sofá, Laure se volvía hacia él y le sonreía.

Cuando llegaron delante de la puerta, William le tendió la copia de las llaves y luego carraspeó. Tengo que decirte algo, antes de que entres... Te mentí, para no agobiarte. Laure se volvió hacia él. ¿Le ha pasado algo a *Belphégor*? No, no..., gimió William lanzando un suspiro. Desde luego, era un verdadero desastre, ya había dado a entender involuntariamente que Laure había muerto, y ahora hacía lo mismo con el gato. Le dio tiempo a pensar que necesitaba tomarse unas vacaciones. Tailandia, quizá, o Bali. Lejos, en cualquier caso. Tu gato está muy bien. Todo va muy bien, aseguró. Hubo un silencio. Se trata de tu bolso... Está aquí, ha vuelto. ¿Cómo?, preguntó Laure, pero William no contestó, así que giró la llave en la cerradura y *Belphégor* salió enseguida. ¡Ay, tesoro mío, aquí estoy!, exclamó. Cogió al gato en brazos y entró en el piso. En cuanto puso un pie en el recibidor, experimentó esa sensación que nos invade cuando volvemos a casa tras una larga ausencia. Esos espacios que nos son tan familiares que al final ya ni los vemos parecen ahora despojados de nuestra costumbre de mirarlos. Todo resulta más intenso, como una fotografía que ha recuperado sus colores y sus contrastes originales.

El sol bañaba el salón, y el gato saltó de los brazos de su dueña para ir a revolcarse en el parquet. Laure se volvió hacia William. En tu habitación..., dijo él. Laure se dirigió a su dormitorio y empujó la puerta. El bolso descansaba sobre la colcha blanca, junto al vestido de tirantes, que estaba extendido y en una percha. Encima de las asas de cuero malva había un sobre, en el que, escrito a mano con tinta negra, se leía: «Para Laure Valadier.» William cerró los ojos y se mordió el labio inferior.

La misma tarde en que había recuperado su copia de las llaves, William regresó a dar de comer al gato. Al abrir la puerta del piso, constató un cambio: ninguno de los cerrojos estaba echado, simplemente habían cerrado de un portazo. Algo no encajaba y, sin embargo, todo parecía tan normal que tardó varios minutos en ir al dormitorio y encontrar el bolso, el vestido y la carta. Por supuesto, no pudo resistirse a la tentación de leerla. En parte él era responsable de los acontecimientos que habían concluido con la reaparición del bolso sobre la cama. Quitó la pantalla de la lámpara del

salón y acercó el sobre cerrado a la bombilla para que se transparentara la misiva. Laurent, el librero, no era el último amante de Laure, sino alguien aparecido por azar, un transeúnte que había recuperado el bolso malva en la calle. William se sentó en el sofá y decidió no contarle nada a Laure para no agobiarla. Estaba tumbada en una cama de hospital, apenas acababa de salir de un coma que había durado casi una semana. Entretanto, le pareció que la mejor opción era hacerle creer que el desconocido era un vecino que le había hecho un favor. Y funcionó. En cuanto William fue a visitarla, ella lo interrogó de nuevo sobre el tema: ¿Quién era aquel Laurent, librero, que había ido a su casa a dar de comer al gato? ¿De qué la conocía? ¿Cómo era físicamente? ¿Qué había dicho? William optó por simplificar al máximo la aparición de Laurent: aquel hombre había llamado a la puerta preguntando por ella. Era muy educado. William le había dicho que no estaba en casa, sino en el hospital, y había añadido que debía ausentarse tres días y que no sabía quién le daría el pienso al gato. Entonces Laurent se había ofrecido amablemente, y William no había visto ninguna razón para rechazar el favor. Concluyó la explicación diciendo: Es uno de tus vecinos, Laure, ¿quién quieres que sea? Sí..., acabó reconociendo ella, supongo que tienes razón. Hay gente nueva en el edificio. Podría ser el tipo tan majo del segundo, pero me pareció entender que trabajaba en el mundo del cómic. Exacto, asintió William, debe de trabajar en una librería de cómics. Suspiró para sus adentros, aliviado. No se trataba de eso, y ahora tenía que enfrentarse a la realidad: sí, había dado las llaves del piso de Laure y había confiado aquella maravilla de gato, que era la niña de sus ojos, a un perfecto desconocido. Vio que Laure estaba sentada en el borde de la cama, había abierto el sobre y leía la breve carta que William se sabía de memoria.

Querida Laure Valadier:

Siento haber entrado en su vida hasta tal punto, no era mi intención. Encontré su bolso en la calle una mañana y me entregué al juego de localizar a la propietaria para devolvérselo. Las cosas se fueron sucediendo un poco al margen de mi voluntad.

Sé que ya se encuentra mejor. También sé que no voy a conocerla. He ido demasiado lejos. Como escribe Patrick Modiano, que tanto parece gustarle, en Villa triste: «Hay seres misteriosos —siempre los mismos— que montan guardia en todas las encrucijadas de nuestra vida.» Digamos que, de manera completamente involuntaria, yo habré sido uno de ellos.

Le deseo lo mejor. Adiós.

Laurent

En silencio, Laure iba esparciendo los objetos sobre la cama. El gato andaba por la colcha, olfateándolos con atención. Todo aquello por lo que había llorado y que no pensaba volver a ver más que en su imaginación acababa de reaparecer. Lo primero que reconoció a tientas al introducir la mano en el bolso fue el pequeño espejo de latón con pájaros que le había regalado su abuela al cumplir ocho años: Ya va siendo hora de que este espejo refleje otra vez la imagen de una chica bonita, le había dicho divertida. Era su primer «gran» regalo, y desde entonces siempre lo había llevado consigo. Luego sacó el llavero y el colgante egipcio con su nombre que le habían regalado cuando estuvo trabajando en El Cairo; como la cadena se había roto medio año atrás, lo había fijado a la anilla de las llaves con una pinza de joyero del taller Gardhier. Con la punta de los dedos, sintió el relieve del mechero dorado de su madre; lo llevaba en el bolso para que pudieran utilizarlo sus amigos fumadores cuando no tenían fuego. Lo sacó, hizo girar la ruedecilla y el mechero se encendió. En el fondo del bolso encontró las tres piedrecitas: la pequeña y blanca que había recogido en la isla de Antiparos en 2002, durante el verano que pasó con Xavier en las Cícladas; la gris y alargada que había descubierto en un parque de Edimburgo por el que había estado paseando cuatro años antes, y la negra y redonda procedente de la Bretaña o del sur de Francia, ya no se acordaba... Su agenda estaba allí, al igual que el bolígrafo Montblanc de Xavier. Y la pinza para el pelo con una flor de tela azul que tenía desde los quince años, y que había estado admirando en el escaparate de una tienda durante varias semanas. El plástico no se había roto, cosa que demostraba la calidad irreprochable de los accesorios que vendían en Candice Beauté. Su par de dados rojos de la suerte, de pase inglés, comprados en Londres más de cinco años atrás en una tienda especializada en juegos de mesa y que Laure utilizaba a veces para tomar decisiones. Su pintalabios Coco Shine, de Chanel, rojo pero tirando a coral, y la receta de arroz con ternera que había arrancado de la revista *Elle* en la sala de espera del dentista dos semanas antes, justo cuando éste abría la puerta; debió de darse cuenta, pero no dijo nada. *Accidente nocturno*, de Patrick Modiano. Abrió el libro por las

guardas. Disculpe, siento abordarlo así por la calle, no lo hago nunca, de verdad, nunca, pero... ¿es usted Patrick Modiano? Sí... Bueno... Sí, soy... Soy yo. El móvil ya no estaba, sólo el cargador. Y el monedero tampoco, pero sí la libreta Moleskine roja. Laure la abrió y recorrió sus pensamientos, apuntados al azar durante los trayectos en metro y en las terrazas de los cafés. Los «me gusta» y los «me da miedo». El pienso que tenía que comprarle a *Belphégor*. Un sueño, otro sueño. Luego sacó el sobre con las fotos y encontró la de sus padres, tomada en una carretera del sur de Francia a finales de la década de los setenta, y la de Xavier, de pie en el jardín de la casa familiar, cerca del manzano. Se la había hecho ella justo antes de una de aquellas comidas de verano a las que había vuelto en sueños la semana anterior. Una tercera foto de la casa, tomada desde el fondo del jardín, en la que, si uno se fijaba bien, se veía a *Sarbacane* escondido en el sauce llorón. Laure tendió la mano hacia *Belphégor* y le pasó los dedos por el pelaje al tiempo que cerraba los ojos. Había creído que nunca más volvería a ver aquellas imágenes que conservaba fervorosamente en su bolso y cuyo negativo se había extraviado mucho tiempo atrás. El resguardo de la tintorería ya no estaba en el bolsillo pequeño, pero el vestido reposaba sobre la cama, impecable en su embalaje. Sacó una horquilla del bolso y se recogió los mechones que le caían sobre la cara. Junto al neceser del maquillaje y el libro de Modiano, colocó el botellín de agua Évian aún medio lleno del que había tomado un sorbo en el taxi unos minutos antes de que la atracaran. Las cosas del bolso le parecieron aún más numerosas de lo que recordaba, y a medida que iba sacando objetos, algunos olvidados, tuvo la impresión de haber vuelto a la infancia, al pie del árbol de Navidad, cuando desenvolvía sus regalos tras sacarlos de una bota roja de algodón. Su hermana tenía una bota igual y el mismo número de regalos, pero siempre los abría con mayor rapidez, y luego se quejaba de que Laure debía de tener más que ella porque tardaba más tiempo en vaciar su bota. Después se echó un poco de perfume en la muñeca, se la acercó a la nariz y cerró los ojos. William..., dijo. Su amigo, que estaba en el umbral de la puerta tan inmóvil como una estatua, le respondió con un tenue: ¿Sí? Háblame de ese Laurent.

Me gusta la forma de desaparecer sin dejar rastro de ese hombre.

Me gusta su letra.

Me gusta que sea librero.

Me da miedo que sea un poco retorcido.

Me da miedo no encontrarlo nunca.

La idea de que un desconocido haya estado en mi casa me parece aterradora, pero me gusta pensar que *Belphégor* no se asustó. Eso demuestra que ese hombre no es aterrador (paradoja).

Me gusta la idea de que un hombre se haya esforzado tanto para encontrarme (nadie se había esforzado tanto por mí nunca).

¿Cuántos librereros de París se llaman Laurent?

Le parecía que llevaba mucho tiempo sin encender el fuego de la chimenea, pero no podría jurarlo. Tal vez aquel desconocido la había encendido alguna noche de mucho frío, o tal vez no. Salvo por aquel detalle, el piso no conservaba ningún rastro de la presencia de Laurent. Aquel hombre había pasado por allí como una leve corriente de aire, y sólo el gato guardaba un recuerdo preciso de él. Probablemente *Belphégor* había seguido todos sus movimientos y gestos, pero se negaba a revelar nada. Laurent —pues ése era su nombre— había paseado la mirada por sus objetos, sus cuadros y sus estantes, y por sus libros, desde luego. Y si era librero, ¿quizá los gustos literarios de Laure lo habían convencido de que la búsqueda valía la pena? ¿El ejemplar dedicado de *Accidente nocturno* lo había seducido hasta el punto de querer saber más cosas sobre la mujer que había superado su timidez para abordar a Patrick Modiano por la calle? A aquella hora tardía, Laure se sabía de memoria la carta de Laurent. Al parecer, aquel hombre había recogido su bolso por la calle, pero ¿en cuál? Seguramente se lo había llevado a su casa y había vaciado el contenido. Luego había examinado cada objeto con espíritu de detective a fin de descifrar las pistas. Debía de estar un poco loco. O bien ser muy romántico. O aburrirse mucho. Quizá las tres cosas a la vez, pensó Laure. Sin duda había espulgado su agenda y sobre todo su libreta Moleskine roja. De modo que ahora conocía sus miedos, sabía qué le gustaba, incluso había leído sus sueños. Ninguno de sus amantes había sabido tantas cosas de ella. Sólo Xavier tenía derecho a escuchar algunas de sus listas de «me gusta» y de «me da miedo». Eso sí, seleccionadas de antemano por Laure. Nunca antes de Xavier, ni después de él, ningún hombre había tenido permiso para conocer aquellas páginas. Desde su adolescencia, Laure había perdido la cuenta de las libretas que había llenado. Estaban guardadas con esmero en cuatro cajas de zapatos en el sótano. Pero ahora había un hombre en la ciudad que lo sabía casi todo de ella. Un hombre al que nunca había visto y que, sin embargo, conocía su espacio: había podido examinar a sus anchas cada uno de sus objetos, había acariciado a su gato, sabía qué contenía exactamente su bolso, cuáles eran sus lecturas y cómo era su dormitorio. Aparte de Xavier, los demás hombres

habían tenido acceso a su cuerpo, pero jamás habían abierto la puerta de su alma. No porque no lo desearan: era Laure quien se negaba a entregarse. No lo lograba. Franck, su último amante hasta la fecha, intentó cruzar aquella línea. Se empeñó en ir a su casa. En cuanto llegó, *Belphégor* se escondió debajo del sofá. Franck hizo juicios fuera de lugar sobre los objetos y los cuadros. La colección de dados del despacho le pareció «rara». Laure aprovechó que se alejaba para echarlos: le salió un uno y un dos. ¿Tienes libros de Sophie Calle? Esta tía está un poco chiflada, ¿no? Laure no contestó. A medida que transcurrían los minutos, sentía que iba poniéndose más tensa y que se le endurecía la mirada. Sabía que no podía contar con sus ojos pálidos, que bajo el efecto de la ira podían volverse tan acerados e impresionantes como los de un lobo. Cuando Franck se refirió a William, elaborando una teoría que pretendía ser espiritual sobre las mujeres y sus «compañeros maricas» que, según él, veían a sus amigas como sustitutas de sus hermanas o de su madre, Laure comprendió que no se acostarían aquella noche. Además, Franck era un amante bastante mediocre. Le montó el numerito de la migraña y del cansancio repentino y lo mandó a su casa. El gato salió de debajo del sofá, a todas luces furioso por haber tenido que permanecer allí más de una hora, y luego se tumbó en un rincón sin dignarse mirar a su dueña.

Encontrar a una mujer a partir de su bolso robado. Ninguno de los hombres que conocía se habría aventurado a semejante empresa. Ni su padre, ni Xavier. Seguramente Xavier también habría sacado los objetos de un bolso de mujer abandonado y los habría mirado, pero ¿habría hallado el rastro de su propietaria sin un documento de identidad o un número de teléfono? Por cierto, ¿cómo logró Laurent llegar a su casa? William le dijo que oyó el timbre, abrió la puerta y se lo encontró en el rellano. Laure estaba convencida de que en ninguno de los objetos de su bolso —exceptuando el monedero robado— figuraba su nombre, y aún menos su dirección. Laurent dijo que había llamado varias veces por teléfono; su número salía en la guía, desde luego, pero para averiguarlo era necesario saber su apellido. La única pista de la que disponía era la dedicatoria del libro de Modiano, de la que sólo se podía deducir su nombre. Aunque aquel hombre hubiera demostrado paciencia a raudales y razonamientos dignos de

los mejores investigadores de la policía judicial, nada podía revelarles más que su nombre de pila. Incluso había llegado a recoger el vestido de tirantes en la tintorería, sin duda cotejando la fecha de la agenda con la del resguardo; era una buena idea, pero en la tintorería Aphrodite no sabían su apellido ni su dirección.

De hecho, sé tanto de él como él sabía de mí al principio: sólo su nombre, pensó Laure mientras se metía en la bañera llena de espuma. *Belphégor* saltó al borde y se quedó en una esquina, como si fuera una estatua, sin apartar los ojos de ella. Tú sí que lo has visto, lo sabes todo. Dime algo, le imploró. El gato entornó sus ojos dorados y observó a su dueña. Laure pensó en la diosa egipcia Bastet, porque *Belphégor* había adoptado exactamente la misma postura. Cerró los ojos; se había pasado los últimos días en el hospital soñando con aquel instante. Se decía que, en el momento en que se deslizara en su bañera debajo de la espuma de flor de acacias, todo habría terminado. El agua ardiendo le rodeó los pechos y la espuma subió hasta su cuello; luego dejó que la cabeza se escurriera, hasta que sus orejas se sumergieron también. Los sonidos exteriores se habían acallado, el calor la envolvía en un silencio acolchado. De manera instintiva, se pasó la mano entre los senos, pero no encontró nada. Desde que se le había roto la cadena, ya no llevaba nada alrededor del cuello. Había guardado como oro en paño, en un cajón de su dormitorio, el pequeño huevo de esmalte rojo Fabergé que heredó de su madre. Y el colgante egipcio lo había puesto en su llavero.

Laure abrió los ojos y se incorporó en la bañera. ¡El colgante con los jeroglíficos! Era lo único que llevaba su nombre.

Chloé miró a su padre; parecía contrariado y un tanto ausente. No apartaba los ojos del estante de los sacos de pienso para gatos, en especial de la hilera donde había cinco paquetes azules de la marca Virbac «*Adult Cat: de pato, with duck*». Claire estaba de viaje y Bertrand, en una sesión de fotos, así que había reclutado a Laurent para la visita anual de *Putin* al veterinario. El gato, encerrado en su transportín sobre el regazo de Chloé, soltaba bufidos intermitentes que su dueña acallaba enseguida pasando los dedos por la rejilla. Quizá había sido un poco dura la otra noche, al decirle que era «un desastre» por terminar de aquella manera la historia del bolso. Se había decepcionado mucho cuando se enteró de que su padre había puesto fin a aquella búsqueda tan bonita —en la que ella había participado un poco— con una carta a la que Laure ni siquiera podría responder. Laurent se había mostrado inflexible: no, no podía añadir su teléfono ni su correo electrónico al final de la carta. Tenía que desaparecer para no verse obligado a contestar a las preguntas, del todo legítimas, que le haría la propietaria del bolso sobre su comportamiento. ¿Excesiva prudencia masculina? ¿Desconocimiento del carácter femenino y de sus posibles embelesos? Laurent había optado por una solución que le permitía una salida elegante, pero que cerraba para siempre el paréntesis de su aventura.

¿Allí también había un gato?, preguntó Chloé. Parecía que evocara un país lejano al que nunca regresaría, como los exiliados que rememoran la tierra de su infancia. Sí, contestó Laurent con sequedad. ¿Cómo era? Negro. ¿Y cómo se llamaba? *Belphégor*, respondió Laurent. No, el gato no, ella. Valadier.

Putin, anunció con claridad el veterinario cuando entró en la sala de espera. Dos señoras con sendos perritos levantaron los ojos de sus revistas y se miraron. La primera arqueó las cejas con un ademán consternado; la otra negó con la cabeza: Pobre animal, susurró. En cuanto lo sacaron del transportín, el gato puso cara de diablo y le lanzó un bufido al veterinario. Siempre se alegra de verme, comentó el doctor con un tono falsamente jovial, menuda publicidad hace de nuestra profesión. Laurent se había acercado a unas fotos de varios animales que había clavadas con chinchetas

en una pared. Entre un husky y un gato noruego, había un gato negro, inmóvil como una estatua, que miraba al objetivo y parecía esperar con paciencia.

Laure se sentó en la terraza de un café y pidió un cortado. Si fuera fumadora, seguramente habría encendido un cigarrillo con el gesto concentrado que adoptan los consumidores de nicotina para dar la primera calada. Doce librerías, y ni un solo Laurent que se correspondiera con el que buscaba. Releyó la descripción que había apuntado a partir del retrato de palabra que le hizo William: más bien alto, delgado, con el pelo castaño, los ojos marrones, y de unos cuarenta y cinco o cuarenta y siete años. La víspera había hecho la lista de las librerías de su distrito, descartando de entrada L'Île en Livre y Fleur de Mots, donde compraba y conocía —por el nombre o de vista— a todos los libreros y dependientes. Partía de la premisa de que el ladrón no debía de haber cruzado todo París para abandonar el bolso en la calle, así que Laurent podía ser un librero del barrio o, como mucho, del distrito. El camarero le llevó el cortado y Laure le echó el sobre de azúcar. Había empezado por Au Fil des Pages, una librería situada a cinco calles de su casa.

Buenos días; mi pregunta le parecerá curiosa, pero ¿alguno de los libreros que trabaja aquí se llama Laurent? Laure había pronunciado aquella frase al menos ocho veces. Con una voz dulce, acompañada de una sonrisa, como si deseara excusarse de antemano por una petición un tanto extravagante. Había encontrado a cuatro Laurent. La primera vez, cuando una joven rubia le contestó: Sí, por supuesto, voy a llamarlo, sintió un estremecimiento. La dependienta se levantó de detrás de la caja y desapareció tras un estante. ¡Laurent!, gritó dirigiéndose hacia una escalera, preguntan por ti. Ahora viene, precisó al volver, antes de atender a otro cliente. Un hombre de unos cuarenta años, con el pelo castaño y unas gafitas de acero, se acercó a ella: Buenos días, ¡por fin nos conocemos!, exclamó tendiéndole una mano. ¿Ha encontrado la librería fácilmente? Laure guardó silencio, incómoda, y después, sin dejar de mirarlo, le dijo sonriendo que no era tan sencillo llegar hasta allí. Lo sé, lo sé, le confesó el hombre con un gesto contrariado, desde que están de obras en el cruce, se nos ve mucho menos, pero lo importante es que ha llegado. Le voy a enseñar dónde hemos puesto los libros de bolsillo, dijo invitándola a

seguirlo. Hay que vigilarlos bien, porque son los que suelen robar más a menudo, pero, bueno, usted ya debe de saberlo. Su otra especialidad está justo al lado, en esta mesa, aquí, y en aquellos cinco estantes: la novela negra. Me dijo en su correo que conoce bastante a los autores americanos, me parece perfecto, pero a mí también me gusta la novela policíaca francesa. ¿Qué ha leído recientemente? Laure lo miró. Pues... persona equivocada, dijo con una sonrisa confusa. *¿Persona equivocada?*, repitió el librero frunciendo el ceño. No, no me suena, ¿quién lo ha escrito?

El pobre no debió de entender nada de su historia del bolso, y Laure se marchó al tiempo que se disculpaba. En L'Enjolivre, ningún librero se llamaba Laurent, tampoco en La Compagnie des Mots, L'Arbre à Mots y La Belle Plume. El propietario de Chat à Lunettes, en cambio, respondió con una amplia sonrisa: ¿Laurent...? Soy yo. Eso sí, tenía unos sesenta años, el pelo blanco y llevaba unas gafas de plástico con la montura azul cielo. Laure tuvo que contar otra vez la historia del bolso recuperado gracias a un librero llamado Laurent, que además le dio de comer a su gato, pero no dejó sus señas para encontrarlo. Lo siento, le debe de parecer todo muy confuso, se disculpó Laure, que en aquel momento decidió excluir al gato de la historia, ya que resultaba demasiado difícil de explicar de buenas a primeras a un desconocido. Al contrario, está todo muy claro, hay historias mucho más complejas sobre gatos y bolsos, replicó el dueño de la librería. Como ésta, por ejemplo, escuche bien: Al dirigirme a Notre-Dame, vi a un hombre con siete mujeres. Siete mujeres cada una con siete bolsos. Cada bolso contenía siete gatas. Siete gatas con siete gatitos. ¿Cuántos van a Notre-Dame?

... Cuarenta y nueve veces cuarenta y nueve, más siete mujeres, más el hombre... Muchos, respondió Laure. No, dijo el librero, muy pocos. La respuesta es: uno. Sólo yo iba a Notre-Dame, nunca sabremos adónde se dirigían el hombre, las mujeres, los bolsos y las gatas. Ha perdido, pero no sufra, nadie acierta; ¿comemos juntos? Laure declinó educadamente la invitación del dueño de Chat à Lunettes y reanudó su búsqueda. Encontró a dos Laurent más. Uno alto y moreno con el pelo rapado, y otro bajo, barbudo y cano. En las tres últimas librerías de la lista, se contentó con empujar la puerta y echar un vistazo a los libreros presentes. Ninguno de

ellos encajaba con la descripción de William. En L'Arc en Mots sólo había tres mujeres, en Le Cahier Rouge una mujer rubia sentada detrás de la caja y un joven con perilla, y en cuanto a La Boîte à Livres, la llevaba una pareja de hombres, ninguno de los cuales se correspondía con el perfil de Laurent. Se disponía a jugárselo todo en Mots Passants, donde un hombre de unos cuarenta años con el pelo castaño estaba inclinado sobre el ordenador de la tienda cuando sonó el teléfono que tenía al lado. Lo descolgó: Mots Passants, dígame, y añadió enseguida: No, soy Pierre...

El hecho de que Laurent hubiera encontrado el bolso en el barrio no significaba que su librería estuviera allí. Podía vivir en el distrito pero ser propietario de una librería situada en la otra punta de la ciudad. También era posible que sólo estuviera de paso por el barrio. Por otra parte, el ladrón podía haber ido mucho más lejos, quizá tenía una moto aparcada a unas calles de su casa. Tal vez incluso había tomado el metro y había abandonado el bolso a diez estaciones de su domicilio. Laure se preguntó qué habría hecho Sophie Calle con una historia como la suya. Seguramente algo mucho más poético que la tarde que acababa de pasar ella. Poco a poco, Laure se hizo a la idea de que había perdido: el hilo se detenía allí y nunca encontraría al desconocido que citaba a Modiano, que había dado de comer a su gato y que había escrito: «Siento haber entrado en su vida hasta tal punto, no era mi intención.» Puso el bolso malva en su regazo, sacó el monedero que había comprado el día antes y preparó las monedas. Al introducir la mano, sus dedos tocaron sus dados rojos de la suerte. ¿Algún día encontraré a Laurent, el librero?, preguntó en silencio, y a continuación dejó caer los dos dados sobre la mesa de mármol blanco. Laure esbozó una sonrisa fatalista. Aunque, a juzgar por las cifras, el destino se mostrara optimista, la realidad parecía contradecirlo. Tomó su bolígrafo Montblanc y tachó, uno tras otro, los doce nombres de las librerías que había apuntado en su libreta roja.

En el gran despacho acristalado del primer piso, Chloé observaba al dueño del taller en silencio. Es un marco del siglo XVIII, típico, el oro está pasado..., susurraba Sébastien Gardhier mientras inspeccionaba el marco del pequeño bodegón. Tendrías que volver dentro de un mes, ¿les corre mucha prisa a tus padres? Chloé negó con la cabeza. ¿Puedo ir a mirar cómo trabaja la gente en el taller? Sébastien le sonrió: Sí, claro que sí, también puedes hacerles preguntas, pero sobre todo debes mirar. Eso es lo fundamental: hay que mirar, dijo levantando el índice. Así que adelante, y abre bien los ojos, añadió mientras la acompañaba hasta la escalera.

¡Qué feo está ese marco!, declaró la noche anterior en plena cena. Bertrand siguió su mirada hasta el pequeño cuadro colgado en la pared. Por favor, Chloé, le respondió herido en su amor propio, a mí me gusta mucho ese cuadro, era de mi padre. No digo que sea feo, suspiró Chloé, sino que el marco está muy apagado. Es verdad, concedió Bertrand, supongo que no siempre ha sido así. Era un bonito bodegón con una langosta en el centro. Entonces Chloé contó que la madre de una de sus amigas de clase era doradora, y que quizá podría llevárselo. Ese cuadro no es una prioridad, zanjó Claire. Ahora sí que lo es, replicó Bertrand, muy solemne, me alegro mucho de que Chloé se interese por algo mío. Mañana por la mañana lo descuelgas, Chloé, lo envolvemos juntos y se lo llevas a tu amiga. Quizá sea un poco caro, aventuró Chloé a media voz. No importa, prosiguió Bertrand con el mismo tono, que no admitía contradicción alguna, puedo permitirme arreglar el dorado de ese marco perfectamente. Chloé asintió con la cabeza y luego anunció que iba a buscar el postre a la cocina. Claire miró a Bertrand. Aprecio mucho tu gesto, le dijo con dulzura, te lo agradezco. ¿Sabes?, comentó Bertrand mientras le servía más vino, bajo su apariencia a menudo rebelde, creo que tu hija esconde a una verdadera ama de casa. Nos sorprenderá.

Un nombre, un apellido y un oficio. Chloé no tardó ni cinco minutos en localizar la dirección del trabajo de Laure Valadier en internet.

En el taller, donde trabajaban siete doradores, reinaba el silencio. El primero con el que intercambió una mirada era un joven con el pelo rapado

teñido de rubio. Chloé descartó de entrada a los hombres; a aquél, al barbudo de pelo gris que mordisqueaba una pipa apagada y a uno bajito, moreno y engominado. Una mujer con el pelo castaño recogido en una cola de caballo se volvió hacia ella y le sonrió. Tengo permiso para mirar, dijo Chloé con suavidad, acercándose. La mujer colocaba láminas de plata unas junto a otras sobre una gran placa de cristal. El movimiento del pincel, que iba de la mejilla a la almohadilla de gamuza, tenía algo de hipnótico, y cada lámina acababa en el lugar previsto al milímetro. Chloé levantó la vista hacia la mujer. A pesar de que tenía una cara bonita, algo le decía que su padre no podría enamorarse de una mujer como aquélla. Luego observó a su vecina, una rubia con el pelo corto, de aspecto estirado, a la que suspendió de inmediato. Imposible, se dijo para sus adentros. ¿La del pelo ondulado y gafitas doradas podría leer a Modiano, pararlo por la calle para pedirle que le firmara un libro y guardarlo en un bolso de piel malva? Chloé se acercó a ella. Los tejanos descoloridos y las bailarinas blancas le daban un aire más bien afable. ¿Sería Laure? Se encontró con su mirada y le sonrió. ¿Tenía pinta de ser una mujer que se compra un bolso malva? No sabía qué pensar. Llevaba los labios de color rosa nácar y en los párpados una sombra verde agua. Ninguno de los productos de belleza que había visto en el neceser podía irle bien.

Chloé se apartó un paso y, detrás de un biombo recubierto de láminas doradas, se encontró con una mirada pálida. Azul claro o gris. Se acercó poco a poco. Aquella mujer tenía el pelo castaño y le llegaba hasta los hombros. Lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza en forma de palmera, con una pinza en la que destacaba una flor azul entre tres mechones. Un jersey gris, una falda de tubo negra y unos botines de tacón. A medida que Chloé se aproximaba a ella, observó el tono nacarado de su rostro y también, otro detalle: que tenía un lunar encima del labio superior. Aplicaba la lámina de pan de oro sobre la base de una estatua antigua con un único y hábil movimiento de muñeca, aprovechando la electricidad estática, y la adhería de una forma casi mágica a la superficie humedecida. Tomó un cuchillo y, sobre su almohadilla de gamuza fina, cortó la siguiente lámina en forma de triángulo para, a continuación, ponerla en una esquina, donde se fundió perfectamente con la masa. Buenos días, la saludó con dulzura,

¿estás de paso entre nosotros? Sí, he traído un marco de mis padres y quería mirar. Muy bien. Si te fijas, cada uno tiene su almohadilla de gamuza y su cuchillo; hacen falta doce operaciones antes de llegar a la que estoy haciendo yo. Seguro que has dorado un montón de cosas, le dijo Chloé, tuteándola. Los ojos pálidos se alargaron y se volvieron risueños. He dorado un montón de cosas, como tú dices: techos, verjas, tejados... Chloé ya no la escuchaba. Su mirada se había detenido en el cachemir gris del jersey, donde acababa de descubrir la característica punta brillante que se desliza entre las fibras y se resiste a los cepillos: un pelo de gato. Negro. Y cerca de ése, otro y otro. Se inclinó sobre Laure y cerró los ojos: sí, era Habanita. No tenía ninguna duda, era ella, la mujer del bolso malva. Chloé volvió a abrir los ojos cuando Laure se disponía a colocar otra lámina de pan de oro. Se llama Laurent Letellier, le susurró en la nuca, es el librero de Le Cahier Rouge. La mano de Laure se detuvo, la lámina perdió la electricidad estática y cayó revoloteando hasta el suelo.

Miércoles, 29 de enero

No escribía un diario desde que tenía diecisiete años; de hecho, dejé de hacerlo poco después de terminar el bachillerato, no sé por qué. Sin embargo, había llevado uno con mucha regularidad desde los doce o los trece. (Acordarme de buscar mis diarios en las cajas de cartón del sótano.) Recuerdo que en aquella época pegaba toda clase de cosas en sus páginas: entradas de cine o de teatro, de las películas o las obras que había visto, hojas de árbol recogidas durante un paseo o tíquets de lo que había tomado en terrazas de cafés, que incluían la fecha y la hora exactas en las que había estado allí. Creo que pegaba aquellos elementos como si fueran «pruebas de convicción»; pruebas que me ayudaban a situarme en el mundo y, sobre todo, a demostrarme que existía. Supongo que algún día dejé de necesitarlas, porque mi diario se detuvo y no volví a contar mi vida, sólo traté de vivirla. No pretendo en absoluto volver a apuntar día tras día lo que hago durante la jornada. Primero, porque no hago suficientes cosas apasionantes que merezcan ser anotadas escrupulosamente, y, en segundo lugar, porque la libreta roja suele bastarme para tomar notas. Con todo, desde esta mañana siento la necesidad de anotar los últimos acontecimientos. Ya conozco el nombre y la dirección del hombre que me trajo el bolso. Se llama Laurent Letellier. Es el librero de Le Cahier Rouge. Me doy cuenta de que casi escribo palabra por palabra lo que me ha dicho su hija. Esa frase tan inesperada sigue flotando en mi mente. Es como si rebotara con suavidad en mi cabeza, como aquel videojuego de la prehistoria de la electrónica, formado por dos líneas y un punto, en el que había que pasarse el punto desplazando las líneas verticales de cada lado de la pantalla. Estuvimos jugando durante un sábado entero con Natacha Rosen y su hermano David. Eso fue hace más de treinta años. Desconozco qué ha sido de ellos, y es probable que sea la única que en este instante se acuerda de aquel sábado lluvioso en su casa de Garches.

La hija del librero se llama Chloé. He tomado un café con ella en la sala acristalada del taller. Mi abuela habría dicho que es «una personita muy

decidida». Es exactamente eso. Creo que mi padre se arrepiente de no haberte dado su dirección y creo que te gustaría tenerla, me ha dicho tuteándome. Está al corriente de todo. Cuando le he contado que recorrí todas las librerías del barrio, me ha parecido que se alegraba mucho; yo habría hecho lo mismo, claro, me ha comentado pasándose la mano por el pelo con un gesto muy femenino y un poquito altivo (¿yo era así a su edad?). Resulta que estuve en la librería de su padre, aunque es verdad que no pregunté si había algún librero llamado Laurent. Estaba harta de miradas suspicaces y de experimentar una decepción tras otra. ¿Cuándo fuiste a Le Cahier?, me ha preguntado ella. Ha sacado una agenda de La Pléyade y ha aclarado que se la da su padre cada año y que podría conseguirme una si quiero. Luego ha soltado una frase que le he pedido que repitiera: ¿El jueves? Es el día que llevamos a vacunar a *Putin*. (Chloé tiene un gato que se llama *Putin*; se ha negado a decirme por qué.) A continuación se ha levantado y me ha dicho que tenía que ir a clase. Me ha hecho prometer que nunca le hablaré a su padre de su visita. Se lo he prometido.

También me ha preguntado si tengo marido e hijos. Le he contestado que no, que no tengo hijos, y que mi marido murió, que lo mataron en un atentado, muy lejos, en Bagdad. Chloé me ha mirado asintiendo con la cabeza, muy despacio, en silencio. Me ha gustado que me sostuviera la mirada; cuando lo cuento, la gente acostumbra a bajar los ojos y luego me mira con cara de lástima, y me dan ganas de soltarles una bofetada.

Jueves, 30 de enero

He llamado al timbre y he oído su voz. Eran poco más de las ocho de la noche. La persiana de la librería estaba cerrada. En el interfono del edificio había varios nombres y, por supuesto, el de «L. Letellier». ¿Sí?, ha dicho la voz. Quería contestarle: Soy Laure Valadier... Seguramente se habría hecho un silencio, y luego me habría dicho que subiera. O quizá habría bajado él. Pero no me han salido las palabras. De repente, he preferido darme un poco más de tiempo, así que mi respuesta ha sido: Lo siento, me he equivocado. No se preocupe, buenas noches, ha respondido la voz, y luego un chasquido

ha cortado nuestra conversación. Me he quedado delante de la puerta acristalada del edificio y he observado el vestíbulo. A la derecha hay una puerta que debe conducir a la librería; la tienda de diseño Arcane 17, que está debajo de mi casa, tiene una igual. He mirado la escalera y el suelo de mosaico pensando que el hombre que no conozco pero que me conoce tan bien ve cada día ese espacio. Chloé me dijo que no siempre había sido librero, que antes se dedicaba a hacer inversiones, que trabajaba para un banco y que un día lo dejó todo. Me gusta la idea de que alguien pueda cambiar de vida de ese modo; yo hago lo mismo desde que tenía veinticuatro años. He vuelto a la parada de taxis con el extraño pensamiento de que, a pesar de todo, habíamos hablado sin que él lo supiera. Su voz, incluso deformada por el interfono, era agradable, y su «buenas noches» me ha acompañado durante la cena en casa de Jacques y Sophie. Todo el mundo me pide que le cuente la historia del coma y del atraco, estoy un poco harta. Ni siquiera se lo he dicho a mi hermana, que me ha escrito: *No news? ¿Todo bien?*, por correo electrónico. Le he contestado: Sí, todo bien, ¿y tú? Aún no sé si le contaré lo que ha pasado estos últimos quince días. Cada vez comparto menos cosas con Bénédicte y, cuando evocamos el pasado, no guardamos los mismos recuerdos para nada. A veces, incluso me da la impresión de que no tuvimos los mismos padres.

Viernes, 31 de enero

Hoy he hecho de Sophie Calle. Me he plantado delante de la librería, me he sentado en un banco de la plaza y he estado observando el escaparate de *Le Cahier Rouge*. Había tres personas dentro: un chico alto con perilla y el pelo largo, una mujer rubia de unos sesenta años y Laurent. Encaja perfectamente con el retrato que William hizo de él, que está excitado como un crío ante la idea de que sepa su dirección. Me da la tabarra para que empuje la puerta de la tienda. En efecto, Laurent es «más bien alto, delgado, con el pelo castaño, los ojos marrones, y de unos cuarenta y cinco o cuarenta y siete años»; yo confiaba en las dotes de William para describir a un hombre. Al principio, sólo lo he visto de lejos porque no quería

acercarme al escaparate. Sé que sabe cómo es mi rostro. A las once, el dependiente del pelo largo y la perilla ha salido a la plaza a encontrarse con un chico con capucha que le ha vendido hierba. Estoy convencida de que era eso, una pequeña transacción rápida y precisa al pie de la estatua. Ignoro si Laurent conoce las inclinaciones de su empleado, pero la mujer rubia lo ha fulminado con la mirada cuando ha vuelto a entrar, negando con la cabeza con aire resignado; ella sí conoce su pequeño secreto. A la hora del almuerzo, Laurent ha salido y he decidido seguirlo. Ha enfilado por la rue de la Pentille y luego se ha metido por Passe-Musette. Yo iba detrás a cierta distancia y sólo lo veía de espaldas. He pensado que debería haber traído la Nikon 51 de Xavier, la única de sus cámaras que sé utilizar. Así habría podido hacer fotos y después enviárselas con un anónimo a la dirección de la librería. Se ha sentado en una terraza para almorzar, en un café cerca del mercado de L'Espérance. Yo he aguardado en una esquina de la calle y luego me he sentado dos mesas detrás de él. El camarero le ha dicho bromeando que era todo un acontecimiento verlo a la hora de comer. Han mantenido una breve conversación, de la que he deducido que Laurent sólo va allí muy temprano, por la mañana. He pedido una ensalada César y una copa de vino blanco; pego aquí la cuenta. Eran las 13.38 horas y el chico que me ha servido aparece en el tíquet como: camarero 2. Ensalada César: 9,30 euros. Copa de vino: 4,20 euros. Café: 2,20 euros. Total: 15,70 euros.

Laurent ha tomado carne con salsa y una copa de vino tinto, y también un café. Se ha pasado la comida leyendo un libro con una extraña cubierta blanca. Debe de ser una de esas ediciones que reciben los libreros antes de que se publiquen. Tenía un lápiz en la mano y subrayaba frases. Si me inclinaba, podía ver su perfil. Laurent tiene la nariz muy recta y la boca perfilada; hoy no se había afeitado. También tiene los ojos dulces, casi un poco tristes, que de repente se han alargado y se han vuelto risueños cuando el camarero ha hecho una broma que no he oído. Siempre me han gustado los hombres cuyos ojos pasan de la melancolía a la complicidad en unos segundos. Xavier era así, y mi padre también. Había una rubia con un traje de chaqueta gris sentada a dos mesas de él, leía un dossier y en dos ocasiones ha levantado la cabeza hacia Laurent mientras daba una calada a su cigarrillo Vogue con un aire inspirado. Era de ese tipo de mujeres que

saben despertar el interés de los hombres al instante, en dos sonrisas, mientras les piden el pimentero o el salero. No tengo azúcar, ¿podría traerme azúcar?, le ha dicho al camarero alzando la voz. Laurent, que no había utilizado su sobre, ni siquiera ha levantado los ojos del libro; poco después, el chico ha llevado el azucarero a la mesa de la mujer. Oportunidad perdida, he pensado sonriendo. Así pues, como la mayoría de los hombres que no son realmente guapos pero sí seductores, Laurent no es para nada consciente de su encanto. La mujer se ha marchado sin echar ni una pizca de azúcar en el café.

Me da miedo que me guste ese hombre.

Sábado, 1 de febrero

Me he cortado el pelo. La última vez que lo hice fue después de dispersar las cenizas de Xavier en el cabo de la Hogue. Ya no me acuerdo del nombre de la peluquería a la que he ido, cerca de Barneville, ni siquiera de la cara de la chica que me ha atendido. Bueno, sea como sea, ahora lo llevo muy corto... Pero me parece bien. Le he pedido a Catherine que me diera mi pelo, me lo ha puesto en una bolsa de plástico. Lo he quemado en la chimenea.

Domingo, 2 de febrero

Nada.

No tendría que haberme cortado el pelo.

Lunes, 3 de febrero

La librería está cerrada, qué tonta, tendría que haberlo pensado. Iré mañana.

Martes, 4 de febrero

Iré mañana.

Miércoles, 5 de febrero

Con todas las páginas que he escrito, acabo de llegar al final de la libreta roja; de hecho, ahora estoy llenando el reverso de la contracubierta. En fin, ya sólo puedo apuntar unas líneas más. Estoy sentada en el banco de la plaza, los dos dependientes se han marchado, Laurent sigue en la librería, lo veo desde aquí, está encaramado a una escalera al fondo de la tienda. Esta vez voy a entrar.

Laurent apenas volvió la cabeza hacia la puerta que acababa de tintinear. Con la ayuda de una pinza y de un trapo, intentaba sellar la junta de una tubería de agua en la que se había producido una fuga que había empapado una parte de los libros de bolsillo. Algo debía de haberse roto cuando se restableció el suministro tres semanas antes. El agua se había ido filtrando poco a poco, inundando la parte trasera de los estantes sin que nadie se diera cuenta. Buenas tardes, busco un libro... Pues está usted en el lugar indicado, contestó Laurent mientras apretaba con todas sus fuerzas la brida de cobre. Un libro del que no sé el autor... ¿Y la historia, quizá?, prosiguió Laurent examinando el tubo. La brida apenas se había movido un milímetro. Laure se quitó el gorro de lana y se desanudó la bufanda. Es la historia de un librero que una mañana encuentra un bolso de mujer en la calle, se lo lleva a su casa, saca todo lo que contiene y decide buscar a la propietaria, lo consigue y, cuando ya ha dado con ella, huye tontamente. Laurent se quedó de piedra en la escalera y luego, muy despacio, se volvió hacia ella.

Tras un largo silencio, con el corazón acelerado, respondió: Ése no lo tenemos. Creo que aún no está escrito. Acababa de ocurrir lo que no esperaba que pudiera suceder y que, pese a todo, deseaba que ocurriera: Laure Valadier se había materializado en la librería. ¿Cómo había dado con él? Aquella pregunta ya no tenía importancia, la cuestión era que ella estaba allí; de hecho, ya casi nada tenía importancia, ni la hora de cerrar ni la

tubería con la fuga. En el antebrazo llevaba el objeto que había sido el tormento de Laurent durante las últimas tres semanas, el objeto que conocía de memoria y que había acabado convirtiéndose en algo suyo. Bajó un peldaño, luego otro y otro, hasta llegar a su altura. Aquellos ojos pálidos lo escudriñaban, llevaba el pelo corto, y una sonrisa a la vez cómplice y enigmática se dibujaba en sus labios. No sé qué decir, confesó Laurent con suavidad. Yo tampoco, respondió Laure, así que voy a empezar por el principio, por lo que dice la gente cuando se conoce; bajó la mirada y acto seguido levantó la vista hacia él: Hola, Laurent.

La primera frase que apuntó Laure Valadier en su nueva libreta Moleskine roja fue: «Me gusta besar a Laurent.»

Aquel beso tuvo lugar cuarenta y ocho horas después de conocerse, al pie del edificio de Laure, en el mismo sitio en el que un hombre le arrancó el bolso veinticuatro días antes.

Mientras cerraba los ojos y abrazaba a Laurent, cinco pisos más arriba, *Belphégor* se afilaba las uñas en una butaca del salón, al igual que *Putin* cuatro distritos más allá, y los dos gatos experimentaron el mismo hormigueo de placer en las patas delanteras. Cuando Laurent la estrechó contra él, Pascal Masselou añadió tres nuevos nombres femeninos a la carpeta «Objetivos» y tomó nota de una preocupante bajada del 25,3 por ciento en su carpeta «Stock». Mientras Laure apretaba el interruptor de la luz del vestíbulo, Chloé chateaba por MSN con un chico de un curso superior que llevaba gafas y se llamaba Alexandre, tras haber descubierto durante una actividad extraescolar que a él también le gustaban los poemas de Stéphane Mallarmé. Cuando las puertas del ascensor se detuvieron con un chasquido en el rellano del quinto piso, Frédéric Pichier rompió las cuarenta páginas del libro que tenía entre manos y decidió escribir al fin una novela contemporánea: la historia de un profesor de francés de un instituto del extrarradio que sigue el ascenso profesional de su alumna Djamila, sin sospechar siquiera que en aquel preciso instante germinaba en su imaginación el futuro premio Goncourt. Mientras Laure metía la llave en la cerradura y abría la puerta, cosa que desencadenó la salida inmediata de *Belphégor* al rellano, William esperaba en la terraza de un café a Julien, un antiguo amante al que le había perdido la pista diez años antes y que acababa de ponerse en contacto con él por Facebook. Al verlo acercarse, se dijo que quizá Julien había sido siempre el hombre de su vida. A tres distritos de allí, con la pluma suspendida en el aire, Patrick Modiano llevaba media hora preguntándose si debía poner una coma después de la primera palabra de la última frase de su nueva novela. Cuando Laurent y Laure se tumbaron en la cama del dormitorio blanco, Modiano seguía enfrascado en su problema de puntuación. En el momento en que Laurent le

puso los labios en el cuello, Laure se quitó con la punta del pie derecho la bailarina izquierda, que cayó con un ruido sordo en el parquet. Luego hizo lo mismo con la otra bailarina. En el instante en que ésta se unió a la primera con el mismo ruido sobre el mismo listón del parquet, Patrick Modiano decidió no poner la coma.



ANTOINE LAURAIN nació en París a principios de los años setenta. Tras estudiar cine, empezó su carrera dirigiendo cortos y escribiendo guiones. Su pasión por el arte lo llevó a trabajar como asistente de un anticuario en París, experiencia que inspiró su primera novela, *Ailleurs si j'y suis*, que obtuvo el Premio Drouot en 2007. *Le chapeau de Mitterrand*, que publicó en 2012, fue aclamado de forma unánime por la crítica y el público en Francia y obtuvo numerosos premios. *La mujer de la libreta roja*, su quinta novela, lleva vendidos más de cuarenta mil ejemplares y está en proceso de traducción a quince idiomas.